

Izan ere, gizartearen jarrera ezinbestekoa da terrorismo-fenomeno osoa aztertzeko orduan: sorreran, garapenean eta amaieran. Eta hori are garrantzitsuagoa da Euskadin, antolatutako herritar gutxi batzuek terrorismoaren alde egin baitute.

Euskal gizartea, oro har, oso beligerantea izan da terrorismoaren aurka. Urteen buruan jarrera ere aldatuz joan da; frankismoan gehiengoak ulertu egiten zuen, trantsizioan “zerbait egingo zuen” uste zuten batzuek, eta azken hogeita hamar urteetan beldurra eta axolagabetasuna izan dira nagusi.

Une honetan, terrorismoak jarduerak behin betiko utzi dituela, gizartearen gehiengoaren iritzia kezkatzen gaitu, uste baitu ETA amaitu egin dela, armak eman ez baditu eta taldea desegin ez bada ere, eta ematen du etorkizunera begiratu nahi duela gertatukoaren memoriaren kezka izan gabe. Kezkatzen gaitu ikusteak gizartea ez duela ikusi edo nahiago duela ez ikustea oraindik euskal herritar gutxi batzuek gorroto handia sentitzen dutela eta oso fanatikoak direla, eta oso zaila da bizikidetzatza demokratiko osoa eraikitzea halako baldintzekin.

Hori guztia dela eta, gai horren inguruan hausnartzea garrantzitsua da; zenbait ikuspegi ezberdin eta osagarri aztertuko ditugu, bakean eta askatasunean biziko duen eta gizarte- eta politika-aniztasuna errespetatuko duen euskal gizarte integratu eta tolerantia eraikitzeko bidean laguntzarren.

EDITAN



COLABORAN



XII SEMINARIO FERNANDO BUESA  
XII. FERNANDO BUESA MINTEGIA



## XII SEMINARIO FERNANDO BUESA XII. FERNANDO BUESA MINTEGIA

La sociedad vasca ante el terrorismo  
Pasado, presente y futuro

Euskal gizartea terrorismoaren aurrean  
Iragana, oraina eta etorkizuna

La actitud de la sociedad es fundamental a la hora de analizar todo fenómeno terrorista: en su génesis, en su desarrollo y en su final. Y esto es más importante aún si cabe en el caso del País Vasco, donde una minoría significativa de ciudadanos organizados la ha apoyado.

La sociedad vasca ha sido, en general, muy poco beligerante contra el terrorismo. Es cierto que la actitud ha ido variando en el transcurso de los años, desde la comprensión mayoritaria en el franquismo, pasando por el “algo habrá hecho” en la transición, hasta la mezcla de miedo e indiferencia que la ha caracterizado en los últimos treinta años.

En estos momentos de cese definitivo del terrorismo nos preocupa la actitud de la mayoría de nuestra sociedad que da el terrorismo por acabado sin que ETA se haya desarmado ni disuelto y parece querer mirar al futuro sin preocuparle la memoria de lo acontecido. Nos encontramos ante una sociedad que no es consciente o que prefiere no ver que aún queda mucho odio y mucho fanatismo en una importante minoría de vascos, siendo muy difícil construir una convivencia plenamente democrática en esas circunstancias.

Por todo ello es importante reflexionar sobre esta cuestión con visiones diferentes pero complementarias, con el objetivo de tratar de aportar luz en el camino de la construcción de una sociedad vasca en paz y en libertad, integrada, tolerante y respetuosa con su pluralismo social y político.



Sociedad  
2014

www.fundacionfernandobuesa.com  
www.valentindeforonda.ehu.es  
gizartea



## XII SEMINARIO FERNANDO BUESA XII. FERNANDO BUESA MINTEGIA

### La sociedad vasca ante el terrorismo Pasado, presente y futuro

### Euskal gizartea terrorismoaren aurrean Iragana, oraina eta etorkizuna

Editan:

- FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA  
Calle Los Herrán 46 C-Bajo / 01003 Vitoria-Gasteiz  
T.: 945 234 047 - F.: 945 233 699  
info@fundacionfernandobuesa.com  
www.fundacionfernandobuesa.com
- INSTITUTO UNIVERSITARIO DE HISTORIA SOCIAL VALENTIN DE FORONDA  
Edificio LAS NIEVES Eraikina - Anexo Institutos  
Nieves Cano, 33 / 01006 Vitoria-Gasteiz  
T.: 945 014 311 - F.: 945 234 956  
valentindeforonda@ehu.es - inst.valentindeforonda@ehu.es  
www.valentindeforonda.ehu.es

Año: 2015

Tratamiento editorial / Coordinación de contenidos

- Eduardo Mateo Santamaría (Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa)
- Antonio Rivera Blanco (Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda)

Transcripciones

- Esan Traducciones

Dirección creativa / Diseño

- 2ados / Comunicación Global y Organización de Eventos, S.L

Impresión

- Gráficas J. Martínez

© De los textos, los autores

© De las imágenes, los autores

© Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

© Instituto universitario de Historia Social Valentín de Foronda

ISBN: 978-84-606-9535-6

DL: SA-453-2015

# Índice

• introducción	5
Eduardo Mateo Santamaría y Antonio Rivera Blanco	
• presentación	19
Sara Buesa Rodríguez	
<i>Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa</i>	
José María Ortiz de Orruño Legarda	22
<i>Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda</i>	
• ponencias	
Mesa 1. “El ciudadano corriente en otros dramas históricos”	
• Isabel Piper	27
• Walter L. Bernecker	41
Mesa 2. “La sociedad vasca y el terrorismo: un análisis histórico, sociológico y político”	
• Izaskun Sáez de la Fuente	67
• Luis Castells	80
• Kepa Aulestia	110
Mesa 3. “Algunos sectores sociales vascos y su experiencia con el terrorismo”	
• Javier Vitoria	121
• M <sup>a</sup> Luisa García	127
• Ander Landaburu	132
• Luisa Etxenike	141
Mesa 4. “La relación de las víctimas del terrorismo con su entorno social”	
• Patxi Elola	149
• Pili Zabala	156
• Paúl Ríos	167
• Fabián Laespada	172
• clausura	
Jesús Loza Aguirre	183
<i>Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa</i>	
Antonio Rivera Blanco	186
<i>Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda</i>	



A large, stylized leaf graphic in shades of green and brown, pointing to the right. The word 'introducción' is written in white lowercase letters on a dark brown rectangular background that overlaps the leaf.

# introducción

A large, stylized leaf graphic in shades of green, pointing to the right, located in the lower-left quadrant of the page.

Con esta publicación presentamos los contenidos del XII Seminario Fernando Buesa, celebrado los días 16 y 17 de octubre de 2014 en el salón de grados del edificio Las Nieves, en el campus de la UPV-EHU de Vitoria-Gasteiz, bajo el título de “La sociedad vasca ante el terrorismo. Pasado presente y futuro”. Estas jornadas fueron organizadas conjuntamente por la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa y por el Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda.



## Objetivos y perspectivas

Este XII Seminario Fernando Buesa quiso analizar el papel de la sociedad ante el terrorismo. Porque la actitud de la sociedad es fundamental a la hora de analizar todo fenómeno terrorista: en su génesis, en su desarrollo y en su final. Y esto es más importante aun si cabe en el caso del País Vasco, donde una minoría significativa de ciudadanos organizados lo ha apoyado.

La sociedad vasca ha sido, en general, muy poco beligerante contra el terrorismo. Es cierto que la actitud ha ido variando en el trascurso de los años, desde la comprensión mayoritaria en el franquismo, pasando por el “algo habrá hecho” en la transición, hasta la mezcla de miedo e indiferencia que la ha caracterizado en los últimos treinta años y terminando en importantes muestras de reacción y de rechazo.

En estos momentos de cese definitivo del terrorismo nos preocupa la actitud de la mayoría de nuestra sociedad que da a este por acabado sin que ETA se haya desarmado ni disuelto y que parece querer mirar al futuro sin preocuparle el conocimiento ni la memoria de lo acontecido. Nos encontramos ante una sociedad que no es consciente o que prefiere no ver que aún queda mucho odio y mucho fanatismo en una importante minoría de vascos, siendo muy difícil construir una convivencia plenamente democrática en esas circunstancias.

Por todo ello es importante reflexionar sobre esta cuestión con visiones diferentes pero complementarias, con el objetivo de tratar de aportar luz en el camino de la construcción de una sociedad vasca en paz y en libertad, integrada, tolerante y respetuosa con su pluralismo social y político.

## Presentación

Como máximos responsables tanto de la Fundación Fernando Buesa como del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, inauguraron el XII Seminario Sara Buesa y José María Ortiz de Orruño. Sus intervenciones introductorias figuran en el primer bloque de esta publicación.

## Participantes

A continuación se desarrollaron las cuatro mesas en las que se dividió el XII Seminario y que estaban compuestas por las siguientes ponencias y participantes:

### Mesa 1. “El ciudadano corriente en otros dramas históricos”

**Modera:** Pello Salaburu (Catedrático de Filología Vasca – UPV-EHU)

- **“Memorias de la violencia política en Chile: 1973- 2014”**  
**Isabel Piper** (Doctora en Psicología Social – Universidad de Chile)
- **“Alemania y su pasado dictatorial. Culturas de la memoria en un país dividido y reunificado”**  
**Walther L. Bernecker** (Catedrático de Historia Contemporánea - Universidad de Erlangen-Nürnberg)

### Mesa 2. “La sociedad vasca y el terrorismo: un análisis histórico, sociológico y político”

**Modera:** Txema Portillo (Profesor de Historia Contemporánea - UPV-EHU)

- **Izaskun Sáez de la Fuente** (Doctora en Sociología y Ciencia Política por la UPV-EHU)
- **Luis Castells** (Catedrático de Historia Contemporánea en la UPV-EHU)
- **Kepa Aulestia** (Analista político)

### Mesa 3. “Algunos sectores sociales vascos y su experiencia con el terrorismo”

**Modera:** Eva Domaica (Periodista Cadena SER)

- **Javier Vitoria** (Teólogo)
- **M<sup>a</sup> Luisa García** (ex Presidenta del Consejo Escolar de Euskadi)
- **Ander Landaburu** (Periodista)
- **Luisa Etxenike** (Escritora)

### Mesa 4. “La relación de las víctimas del terrorismo con su entorno social”

**Modera:** Idoia Estornés (Historiadora y escritora)

- **Patxi Eloia** (Víctima de ETA)
- **Pili Zabala** (Víctima del GAL)
- **Paúl Ríos** (Lokarri)
- **Fabián Laespada** (Gesto por la Paz)

## Clausura





Para cerrar el XII Seminario, Jesus Loza y Antonio Rivera, en representación de la Fundación Fernando Buesa y del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda respectivamente, lo clausuraron con unas intervenciones que intentaron resumir todo lo acontecido en las diferentes jornadas y mesas que conformaron el mismo.

## Tratamiento editorial

Esta publicación ofrece las intervenciones de los participantes en este XII Seminario. La base para ello parte de la transcripción de sus exposiciones. El trabajo de edición ha intentado adaptar las intervenciones orales a las exigencias de un texto escrito (con la colaboración de los autores), pero sin renunciar al carácter con el que se formularon.

No obstante, y ya que las diferentes ponencias fueron grabadas, se pueden visionar las mismas accediendo a la siguiente dirección:

[www.fundacionfernandobuesa.com/web/seminario-sociedad-vasca-terrorismo/](http://www.fundacionfernandobuesa.com/web/seminario-sociedad-vasca-terrorismo/)

En el cierre de esta introducción deseamos recuperar las palabras de Fernando Buesa, pronunciadas en este caso durante una de sus últimas intervenciones en el pleno del Parlamento Vasco (18.02.1999). En aquella ocasión Fernando Buesa intervenía en el Debate y resolución definitiva de la proposición no de ley formulada por el Grupo Parlamentario Socialistas Vascos-Euskal Sozialistak relativa a las coacciones a cargos públicos (número de expediente: 06\08\03\00\0007):

*(...) Hay y sigue habiendo, como antes de la tregua, continuas coacciones y amenazas a cargos públicos (concejales principalmente) para impedirles el libre ejercicio de la representación política de los ciudadanos que los han elegido. Hay y sigue habiendo, como antes de la tregua, amenazas a sectores sociales y personas claves en el funcionamiento democrático de una sociedad: a periodistas para coartar su libertad de información, a jueces y tribunales para condicionar su independencia a la hora de impartir justicia. Hay y sigue habiendo, como antes de la tregua, intentos de extorsión a empresarios, bajo amenaza de atentar contra su vida y sus bienes si no contribuyen económicamente a ETA. Y hay y sigue habiendo,*

*como antes de la tregua, actos de vandalismo y sabotaje contra sedes de partidos políticos, bienes y establecimientos de cargos públicos, Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, y empresas públicas y privadas.(...)*

*(...) Por eso, señor Presidente, señorías, el Grupo Parlamentario Socialistas Vascos ha planteado a la Cámara en el debate de hoy la aprobación de dos proposiciones no de ley, de dos resoluciones. La primera en la que pedimos a esta institución, al Parlamento Vasco, que apoye y ampare a todos los cargos públicos coaccionados, amenazados o que se ven amedrentados por el mantenimiento de sus legítimas ideas o por razón del ejercicio de sus cargos.*

*Lo hacemos porque esa es una cuestión de libertad. No es una cuestión sólo de seguridad o sólo de solidaridad: es de libertad. El ejercicio libre de la representación política es inviolable y sagrado, y por eso pido el amparo del Parlamento y el compromiso de las autoridades competentes para que promuevan las condiciones y remuevan los obstáculos que vienen impidiendo esa libertad. Y no estoy pidiendo otra cosa que cumplamos lo que dice el artículo 9 del Estatuto de Autonomía y la obligación de los poderes públicos de hacer justamente esta tarea.*

*Y la segunda resolución que propongo que apruebe el Parlamento pide una declaración de esta Cámara que es pertinente para la consolidación de las expectativas de paz: la exigencia de la renuncia y condena de la violencia como medio para conseguir reivindicaciones políticas. (...)*

### **Eduardo Mateo Santamaría**

(Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa)

### **Antonio Rivera Blanco**

(Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda)



**A**rgitalpen honen bitartez, XII. Fernando Buesa Mintegiaren edukiak aurkeztu nahi dizkizuegu. Mintegia 2014ko urriaren 16an eta 17an egin zen Vitoria-Gasteizko Las Nieves eraikineko Gradu Aretoan (UPV-EHU), eta “Euskal Gizartea Terrorismoaren aurrean. Iragana, oraina eta etorkizuna” titulua zuen. Fernando Buesa Blanco Fundazioak eta Valentín de Foronda Gizarte Historiarako Institutuak antolatu zituzten aipatutako jardunaldiak.

## Helburuak eta aukerak

XII. Fernando Buesa Mintegiak aztertu nahi zuen gizarteak zer funtzio duen terrorismoaren aurrean. Izan ere, gizartearen jarrera ezinbestekoa da terrorismo-fenomeno osoa aztertzeko orduan: sorreran, garapenean eta amaieran. Eta hori are garrantzitsuagoa da Euskadin, antolatutako herritar gutxi batzuek terrorismoaren alde egin baitute.

Euskal gizartea, oro har, oso beligerantea izan da terrorismoaren aurka. Urteen buruan jarrera ere aldatuz joan da; frankismoan gehiengoak ulertu egiten zuen, trantsizioan “zerbait egingo zuen” uste zuten batzuek, azken hogeita hamar urteetan beldurra eta axolagabetasuna izan dira nagusi eta, azkenean oso garrantzitsuak izan dira terrorismoaren aurkako ekintzak eta errefusapena.

Une honetan, terrorismoak jarduerak behin betiko utzi dituela, gizartearen gehiengoaren jarrera kezkatzen gaitu, uste baitu ETA amaitu egin dela, armak eman ez baditu eta taldea desegin ez bada ere, eta ematen du etorkizunera begiratu nahi duela gertatukoaren memoriaren inguruko ezagutza eta kezka izan gabe. Kezkatzen gaitu ikusteak gizarteak ez duela ikusi edo nahiago duela ez ikustea oraindik euskal herritar gutxi batzuek gorroto handia sentitzen dutela eta oso fanatikoak direla, eta oso zaila da bizikidetzatza demokratiko osoa eraikitzea halako baldintzekin.

Hori guztia dela eta, gai horren inguruan hausnartzea garrantzitsua da; zenbait ikuspegi ezberdin eta osagarri aztertu ditugu, bakean eta askatasunean biziko duen eta gizarte- eta politika-aniztasuna errespetatuko duen euskal gizarte integratu eta tolerantzia eraikitzeko bidean laguntzearen.

## Aurkezpena

Sara Buesak eta José María Ortiz de Orruñok, Fernando Buesa Fundazioko eta Valentín de Foronda Gizarte Historiarako Institutuko arduradun nagusiak direnez, XII. Mintegiko hasiera-ekitaldia egin zuten. Sarrera moduan egindako hitzaldiak argitalpen honen lehen atalean daude.



## Parte-hartzaileak

Jarraian, XII. Mintegiko lau mahaiak gauzatu ziren, eta ondoko ponentziek eta parte-hartzaileek osatu zituzten aipatutako mahaiak:

### 1. mahaiak: "Herritar arrunta beste drama historiko batzuetan"

Moderatzailea: Pello Salaburu (Euskal Filologiako katedraduna - UPV-EHU)

- **"Indarkeria Politikoko memoriak Txilen: 1973- 2014"**  
**Isabel Piper** (Gizarte Psikologian doktorea – Txileko Unibertsitatea)
- **"Alemania eta horren diktadura-iragana. Banatutako eta berriz batutako herri baten memoriaren kulturak"**  
**Walter L. Bernecker** (Historia Garaikideko katedraduna- Erlangen-Nürnberg-eko Unibertsitatea)

### 2. mahaiak: "Euskal gizartea eta terrorismoa: azterketa historiko, soziologiko eta politikoa"

Moderatzailea: Txema Portillo (Historia Garaikideko irakaslea - UPV-EHU)

- **Izaskun Sáez de la Fuente** (Soziologian eta Politika Zientzietan doktorea UPV-EHU)
- **Luis Castells** (Historia Garaikideko katedraduna UPV-EHU)
- **Kepa Aulestia** (politikako analista)

### 3. mahaiak: "Euskal gizarte-sektore batzuk eta terrorismoarekin izan duten esperientzia"

Moderatzailea: Eva Domaica (SER irratiko kazetaria)

- **Javier Vitoria** (Teologoa)
- **M<sup>a</sup> Luisa García** (Euskadiko Eskola Kontseiluko presidente ohia)
- **Ander Landaburu** (Kazetaria)
- **Luisa Etxenike** (Idazlea)

### 4. mahaiak: "Terrorismoaren biktimen gizarte-ingurunearekin duten harremana"

Moderatzailea: Idoia Estornés (Historiagilea eta idazlea)

- **Patxi Elola** (ETAren biktima)
- **Pili Zabala** (GALen biktima)
- **Paúl Ríos** (Lokarri)
- **Fabián Laespada** (Gesto por la Paz)

## Amaierako ekitaldia

XII. Mintegiaren amaiera-ekitaldian, Jesus Lozak eta Antonio Riverak, Fernando Buesa Fundazioa eta Valentín de Foronda Gizarte Historiarako Institutua ordezkatzuz, mintegiko jardunaldietan eta mahaietan gertatutako guztia laburtu zuten euren mintzaldietan.

## Lanketa editoriala

Argitalpen honek XII. Mintegian parte hartu zituzten hitzaldiak jaso ditu. Mintzaldi horien transkripzioak izan dira lan horren oinarria. Edizio-lanaren bidez, hitzezko esku-hartzeak idatzizko testura egokitzen saiatu gara (egileen laguntzarekin), baina hitzaldien izaera alde batera utzi gabe.

Hala ere, ponentzia guztiak grabatu zirenez, ondoko helbidean sar zaitezke ikusi ahal izateko:

[www.fundacionfernandobuesa.com/web/2014-xii-mintegia-euskal-gizartea-terrorismoaren-aurrean-iragana-oraina-etaetorkizuna/](http://www.fundacionfernandobuesa.com/web/2014-xii-mintegia-euskal-gizartea-terrorismoaren-aurrean-iragana-oraina-etaetorkizuna/)

Sarrerarekin amaitzeko, Fernando Buesaren ondoko hitzak berreskuratu nahi ditugu, hots, Eusko Legebiltzarreko osoko bilkuran egindako azken esku-hartzetako batean esandakoak (1999.02.18). Egun hartan, kargu publikoak behartu izanari buruz Euskal Sozialistak Legebiltzar Taldeak egindako legez besteko proposamena eztabaidatu eta ebazteko puntuan hartu zuen parte Fernando Buesak (espediente-zenbakia: 06\08\03\00\0007):





(...) *Su-etenaren aurretik bezala, kargudun publikoen aurkako behartzeak eta mehatxuak egiten jarraitzen dute (batez ere, zinegotzien aurka), herritarrek hautatu badituzte ere, euren ordezkaritza politikoa askatasunez egikari ez dezaten. Su-etenaren aurretik bezala, gizarte baten funtzionamendu demokratikoan giltzarri diren zenbait gizarte-sektoreren eta pertsonaren aurkako mehatxuak daude: Kazetariei, euren informazio-askatasuna mugatzeko; epaileei eta epaitegiei justizia emateko orduan euren independentzia baldintzatzeko. Su-etenaren aurretik bezala, enpresaburuak estortsioa egiteko saioak badira, eta ETArri diruz laguntzen ez badiote haien bizitzaren eta ondasunen aurkako atentatua egitearekin mehatxatzen dituzte. Eta su-etenaren aurretik bezala, alderdi politikoen egoitzak, kargudun publikoen ondasunak eta establezimenduak, Segurtasun Indarrak eta zenbait enpresa publiko eta pribatu saboteatzeko ekintza bandalikoak badira. (...)*

(...) *Horregatik, presidente jauna, legebiltzarkide jaun-andreak, Euskal Sozialistak Legebiltzar Taldeak bi legez besteko proposamen, bi ebazpen eztabaidatu eta onartu nahi ditu gaur Legebiltzarrean. Lehenengoan, erakunde honi, Eusko Legebiltzarrari, ideia legitimoen alde egiteagatik edo karguak egikaritzeagatik behartutako, mehatxatutako edo beldurtutako kargudun publiko guztien alde egiteko eta horiek babesteko eskatzen diogu.*

*Askatasun-arazo bat delako eskatzen dugu. Ez da soilik elkartasunarekin edo solidaritatearekin zerikusia duen gauza bat: askatasunarekin du zerikusia. Ezin da ordezkaritza politikoa askatasunez egikaritzeko eskubidea bortxatu, eta eskubide hori sakratua da. Hori dela eta, Legebiltzarraren babesa eta eskumena duten agintarien konpromisoa eskatzen dut, askatasun hori galarazten dituzten oztopoak ezabatzeke baldintzak susta ditzaten. Autonomia Estatutuaren 9. artikulua xedatutakoa baino ez dut eskatzen, botere publikoek lan hori egiteko beharra dutelako.*

*Eta Legebiltzarrean proposatzen dudan bigarren ebazpenaren bidez, Legebiltzarraren adierazpena eskatzen dut, ezinbestekoa baita bake-itzaropenak finkatzeko: indarkeria aldarrikapen politikoak lortzeko bitarteko modu izateari uko egiteko eta kondenatzeko exijitu behar duela. (...)*

**Eduardo Mateo Santamaria**

(Fernando Buesa Blanco Fundazioa)

**Antonio Rivera Blanco**

(Valentin de Foronda Gizarte Historiarako Institutua)



2014  
Sociedadad

gizartea



- **Sara Buesa Rodríguez.** Vicepresidenta de la Fundación Fernando Buesa
- **José María Ortiz de Orruño.** Director del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda



Para acceder al vídeo de la presentación:  
<https://goo.gl/btNQIM>

# presentación



## SARA BUESA RODRÍGUEZ

Vicepresidenta de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

**E**gun on, ongi etorri. Eskerrik asko gurekin egoteagatik gogoetak partekatzeko elkargune honetan.

Buenos días, bienvenidos, bienvenidas, muchas gracias por venir, por compartir vuestro tiempo y vuestros pensamientos con nosotros en este XII Seminario Fernando Buesa.

Gracias también al Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda por su valiosa colaboración y por facilitar año tras año este tándem que nos permite propiciar este espacio de reflexión.

En la sociedad vasca hemos padecido el terrorismo durante más de treinta años y frente al mismo ha habido distintas actitudes. Una parte de la sociedad ha apoyado/justificado el terrorismo de ETA. Esto era así especialmente en los años ochenta, cuando al asesinato, a la amenaza o a la extorsión le acompañaba el “algo habrá hecho”, el aislamiento social y el vacío por parte de los propios vecinos.

Afortunadamente hoy estamos en otro escenario, pero todavía hay quienes legitiman el uso de la violencia terrorista. Quizás no tanto en el presente, pero sí en el pasado, como estrategia necesaria.

En los tiempos más duros, sólo unos pocos valientes se atrevieron a dar un paso al frente y a posicionarse contra el terrorismo. A ellos quiero transmitirles mi





profundo agradecimiento, ya que fueron la punta de lanza que ayudo a despertar conciencias y a movilizar poco a poco a la sociedad hasta conseguir la derrota de ETA. Mientras tanto, la mayoría de la sociedad no aprobaba el terrorismo, pero ha estado anestesiada, mostrando una terrible falta de empatía.

Hemos convivido tanto tiempo y de forma tan intensa con el terrorismo que nos hemos acostumbrado a ello, y hemos desarrollado tolerancia con él, nos hemos acostumbrado a vivir como normales cosas que para nada lo eran.

Además, el miedo ha mantenido un velo silencioso sobre todo lo que estaba sucediendo. El terrorismo, la amenaza, el asesinato, han sido temas tabú, de los que no se ha hablado en ningún sitio durante muchos años, ni en la calle, ni en las escuelas, ni en las casas... En un mecanismo psicológico de pura supervivencia la gente se ha sumergido en su burbuja de la vida cotidiana aislándose de lo que estaba sucediendo fuera, al otro lado de la puerta, en la calle, en el bar, tan cerca y tan lejos.

No se trata de culpabilizar a nadie. En este seminario veremos que lo que nos ha sucedido aquí ha sucedido también en otros sitios, en otros contextos. Pero vale la pena reflexionar sobre ello, mirarnos cada uno a nosotros mismos con honestidad y preguntarnos: ¿dónde estaba yo?, ¿cuál fue mi actitud? Y es que, tomando las palabras de Elie Wiesel, ante las atrocidades tenemos que tomar partido, porque el silencio estimula al verdugo. Si el miedo nos paraliza es como si ya estuviéramos muertos.

Desde mi experiencia como víctima puedo decir que para mí fue tremendamente valioso el apoyo social de todas las personas que salieron a la calle a manifestarse, a acompañarnos en nuestro duelo, a arroparnos con su presencia y sus gestos de apoyo. Tengo grabados a fuego todos y cada uno de esos gestos que nos dieron ánimo y fuerza en aquellos días. Muchas veces he pensado lo terrible que tiene que ser pasar por esto en soledad. Después de todo, yo he tenido la suerte de contar con ese valioso apoyo social.

Al mismo tiempo, os confieso que sentí también el estigma de ser víctima. Durante mucho tiempo caminé mirando al suelo, sintiendo que había algo en mí que no estaba bien visto, que había que ocultar o disimular. Me ha costado mucho caminar con la cabeza alta, levantar la mirada y mirar fijamente a los ojos, sin miedo y sin vergüenza.

Actualmente la actitud que percibo de manera generalizada en la sociedad es la de querer pasar página. El alivio por el cese de la violencia de ETA es sin duda un refuerzo muy fuerte. Parece que el nudo de opresión que teníamos en el pecho se ha soltado y ya podemos respirar, y parece que con eso nos basta. Para mí no es suficiente. No me conformo con que no vaya a haber más asesinatos. Yo tengo un pensamiento que me impulsa, y que seguro que todos vosotros compartiréis conmigo, que es que quiero que mis hijos vivan en un mundo mejor del que he vivido yo, un mundo en el que la violencia no tenga nunca cabida. Quiero que mis hijos tengan un corazón limpio, unos profundos valores basados en una ética y en el respeto a los derechos humanos. Quiero transmitirles que en la vida hay injusticias, que habrá momentos duros en los que se sientan frustrados, puede incluso que maltratados, pero que jamás, nunca, ningún conflicto, ninguna causa, ninguna injusticia legitima el uso de la violencia.

Estos aspectos es necesario que nos los trabajemos también en la sociedad vasca, porque la violencia ha calado de tal manera en nuestros huesos que somos una sociedad enferma, con principios y valores frágiles. Es necesario hacer pedagogía social, deslegitimar por completo el uso de la violencia, instaurar una cultura de paz y construir un cuerpo sólido de valores. Y para eso es necesario hablar, hablar de lo que tanto tiempo hemos callado, reflexionar, compartir, trabajar. Todos tenemos algo por hacer, desde diversos sectores, como los medios de comunicación, el ámbito de la cultura, el mundo empresarial, la iglesia vasca, las plataformas cívicas y sociales... Y también cada uno, cada una, en un plano individual, a nivel de nuestras familias, de nuestro entorno... Todos somos responsables de construir nuestra sociedad, nuestra convivencia.

Por todo esto, nos parece muy pertinente dedicar este seminario al papel de la sociedad vasca ante el terrorismo. Como en otras ocasiones, comenzaremos por estudiar y extraer aprendizajes de otras experiencias que han tenido lugar a lo largo de la historia, para luego reflexionar sobre nuestra propia experiencia y sobre nuestro papel en la realidad actual. Al fin y al cabo nuestro presente algún día será también historia, historia que ha de servir como legado, como aprendizaje para que lo que aquí ha sucedido no pueda volver a suceder nunca.

¿Cómo es posible que una minoría fanática haya podido mantenerse durante tanto tiempo en pleno siglo XX haciéndonos tanto daño a todos los vascos? ¿Qué necesitamos en la sociedad vasca para cerrar bien el problema del terrorismo?





## JOSÉ MARÍA ORTIZ DE ORRUÑO LEGARDA

Director del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda

**E**gun on, buenos días. Yo quisiera agradecer en mi nombre, y sobre todo en nombre del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, la invitación de la Fundación Fernando Buesa para colaborar en la organización de este XII Seminario de la Fundación. Esta invitación supone para nosotros un honor y un placer. Supone un honor por el prestigio de la institución que nos convoca. Y supone un placer también porque siempre lo es encontrarse con viejos amigos, volver a colaborar, y también, por qué no decirlo, porque el tema que vamos a abordar conecta perfectamente con una de las líneas de investigación que estamos desarrollando en el Instituto. Una línea de investigación que gira en torno a la violencia política, la memoria y las víctimas.

El objeto de este XII Seminario, ya se ha dicho, es reflexionar y analizar la actitud de la sociedad vasca ante el terrorismo. Analizar esa actitud en el pasado, en el presente y en el futuro. Y lo hacemos desde la convicción de que el terrorismo ha producido un enorme trauma en la sociedad vasca, una fractura interna que es preciso superar. Hay muchísimas definiciones de terrorismo, pero yo me quedo con la de Paul Wilkinson, que lo identifica como un tipo de violencia pública que pretende obtener del gobierno, o de los gobiernos, un rédito político. Sus víctimas, las víctimas del terrorismo, son instrumentalizadas para trasladar un mensaje macabro al conjunto de la población. Es un tipo de chantaje político dirigido a

todos los ciudadanos. A partir de esta definición creo que se comprende mejor el objeto de este seminario y de seminarios anteriores. Concretamente el año pasado pasamos revista a cómo y por qué recordar. ¿Cómo? Pues con verdad, con justicia y reparación. ¿Por qué recordar? Para no repetir. El año anterior la reflexión giró en torno a las políticas públicas de memoria.

Este año, al reflexionar sobre la actitud de la sociedad vasca con respecto al terrorismo, proponemos un doble ejercicio. Por una parte, de introspección -lo decía Sara hace un momento-, de mirarse hacia dentro, de analizar comportamientos pasados de los distintos estamentos, de los distintos grupos sociales, para no volver a repetir los mismos errores. Pero junto con la introspección queremos también mirar hacia delante, y proponemos un ejercicio de prospectiva, de mirar hacia el futuro, de imaginar procesos sociales y mentales necesarios para superar ese trauma, para que este pasado efectivamente pase y podamos transitar de la memoria al olvido.

Quisiera terminar esta brevisima intervención dando la bienvenida a todos cuantos han hecho posible este seminario. Empezaría por los asistentes, por los técnicos y, también, por supuesto, por los profesores y profesoras que en algunos casos han venido de muy lejos, pero también por los ponentes y participantes en las mesas redondas previstas. En fin, un saludo y un agradecimiento a todos aquellos que van a hacer de estas jornadas, yo así lo espero, un profundo ejercicio de reflexión que nos ayudará a construir una sociedad mejor, una sociedad más cohesionada, más unida y más libre. Muchísimas gracias.



2014  
Sociedadad

gizartea



# ponencias



## Mesa 1. “El ciudadano corriente en otros dramas históricos”

Modera: Pello Salaburu (Catedrático de Filología Vasca – UPV-EHU)

- **“Memorias de la Violencia política en Chile: 1973- 2014”**  
**Isabel Piper** (Doctora en Psicología Social – Universidad de Chile)
- **“Alemania y su pasado dictatorial. Culturas de la memoria en un país dividido y reunificado”**  
**Walther L. Bernecker** (Catedrático de Historia Contemporánea - Universidad de Erlangen-Nürnberg)



Para acceder al vídeo de la presentación:  
<https://goo.gl/uu3PcR>

## ISABEL PIPER

Psicóloga por la Universidad Diego Portales y doctora en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona. A su vez, es magíster en Psicología Social y diplomada en Estudios Superiores Especializados en Psicología Social por esa misma universidad catalana.

Actualmente es coordinadora de Postgrado del Departamento de Psicología y pertenece al Claustro Académico de dicho Departamento. Además es coordinadora del Subprograma Memoria, Historia y Derechos Humanos del Programa Domeyko Sociedad y Equidad.

Es especialista en Psicología Social y, como tal, ha participado en investigaciones y publicado diversos artículos científicos sobre derechos humanos, memoria colectiva y lugares de memoria.

Entre sus publicaciones destacan: 2013. *Espacio y recuerdo: Archipiélago de memorias en Santiago de Chile*. Ocho Libro Editores; 2011. *Geografías de lugares de memoria en Santiago de Chile*; 2010. *Winnipeg, el exilio circular*. Santiago; 2005. *Memoria y Derechos Humanos ¿prácticas de dominación o resistencia?* Santiago: Ediciones ARCIS-CLACSO; 2002. *Políticas, Sujetos y Resistencias: Debates y críticas en Psicología Social*. Santiago: Editorial ARCIS; 1998 (con M. I. Castillo). *Voces y Ecos de la Violencia*. Santiago: CESOC; 1997 (con E. Lira). *Subjetividad y Política: Diálogos en América Latina*. Santiago: CESOC; 1996 (con E. Lira). *Reparación, Derechos Humanos y Salud Mental*. Santiago: CESOC; 1996 (con M. I. Castillo). *Jóvenes y Procesos Migratorios: ¿quedará siempre esa ausencia?*, Santiago: CESOC.





## Reflexiones críticas en torno a memorias de la violencia política en Chile: 1973-2014

Muy buenos días. Muchas gracias por estar aquí. Muchas gracias a la Fundación Fernando Buesa por la invitación a esta preciosa ciudad. Quiero contar que yo, a pesar de que soy chilena, hice mis estudios de doctorado en Barcelona. Por eso tengo mucho cariño a las comunidades autonómicas de Cataluña y el País Vasco, y me gusta mucho visitarlas.

Voy a hablar del caso chileno. Aunque se verán aspectos comunes de lo que sucede en mi país y la realidad vasca, lo que quiero es hablar de algunas de nuestras experiencias y tratar de posicionarme críticamente a lo que han sido las políticas de la memoria en Chile. No pretendo saber qué sucede acá ni señalar cuáles podrían ser las soluciones frente a los problemas de la violencia y la memoria colectiva en el País Vasco. Sólo quiero reflexionar en torno a los efectos -algunas veces positivos y otros negativos- de algunos discursos y acciones que hemos realizado quienes nos hemos dedicado a la lucha por la memoria. Porque hoy, a cuarenta y un años del golpe militar, y después de veinte de gobierno democrático, nos vamos dando cuenta de que a pesar de haber hecho muchas cosas respecto de la memoria, la reparación y la elaboración social de los traumas, y respecto de la violencia, hay demasiadas cosas sin resolver. Hemos tenido muchos logros paradójicos, que aunque significan grandes avances por un lado, por otro no nos ayudan a la construcción de una sociedad más justa donde la violencia no quepa, o donde lo que prime sea una cultura de la paz y los derechos humanos.

Los procesos de memoria colectiva son una dimensión fundamental en la construcción de la democracia y de una cultura del respeto por los derechos humanos. Y esto es así, efectivamente, por una parte por la función normativa de la memoria, es decir, porque recordar la violencia del pasado podría permitir que esta no vuelva a ocurrir en el futuro. Pero no solamente por eso, sino también porque la memoria es un escenario de conflictos de sentido, en el cual se negocian y se construyen significados, tanto sobre nuestro pasado como sobre nuestro presente y los futuros que estos hacen posible.

La fuerza simbólica de la memoria está en su carácter productor de sujeto, de productor de relaciones y de imaginarios sociales. Este poder es lo que la convierte en una potencial fuente de resistencia, de inestabilidades y de transformaciones. Pero el sólo hecho de recordar y de olvidar, o de olvidar determinados acontecimientos no garantiza nada, sino que el carácter transformador de la memoria depende de la capacidad de sus prácticas, de tensionar las versiones hegemónicas imperantes en un determinado orden social, y de poder permitir el desarrollo de una sociedad cuyos significados vayan cambiando, sean dinámicos y logren ir reconociendo sus propios cambios.

Y este es, precisamente, el desafío que asumimos en nuestro trabajo, al que, como bien decía mi presentador, llamamos Psicología Social de la Memoria, y lo hacemos analizando las acciones en las cuales nos hemos implicado al recordar, y problematizando las versiones del pasado, qué acciones producen (Piper, Fernández e Iñiguez, 2013). También buscamos reconocer en las luchas por las memorias colectivas un proceso complejo e imprescindible para las sociedades que han sufrido en su pasado recientes conflictos políticos violentos. Aunque el ejercicio de dicha violencia acabe, las luchas por la memoria permanecen vivas por décadas, o incluso más tiempo, y son un importante espacio de acción política. Los campos en los que se libran estas batallas son múltiples y cambiantes. Me importa señalar que cuando hablo de batallas, de luchas y conflictos estoy hablando de batallas por la memoria y de luchas por el sentido. Es decir, estoy moviéndome en el campo de lo simbólico.

Las luchas por la memoria se dan, entre otras cosas, en torno a la cuestión de qué, para qué y cómo debe recordarse. Para eso en Chile, y en otros países latinoamericanos, se crearon diversas estrategias entre las cuales están las Comisiones de la Verdad. Muchas de las sociedades que han vivido dictaduras o enfrentamientos armados han organizado este tipo de comisiones con el fin de dar término al conflicto e iniciar el camino de la reconciliación y la convivencia pacífica. Aunque su desarrollo efectivo varía mucho dependiendo del tipo de



realidad social y política en la que se producen, sus objetivos suelen ser dos. Por un lado, buscan construir una versión consensuada y común de lo ocurrido, que opere como una verdad compartida en la sociedad. Por otro, buscan registrar las historias de las personas que han sufrido la violencia política, para calificar cuál de ellas efectivamente puede ser designada como víctima y así poder optar a las medidas de reparación que ofrecerá el Estado. En Chile hubo dos comisiones de este tipo. La primera de ellas, la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, investigó la violación de los derechos humanos con resultado de muerte, principalmente detenidos/as desaparecidos/as y ejecutados/as políticos, dejando fuera a quienes sufrieron la represión y sobrevivieron. La segunda, la Comisión Nacional Contra la Prisión Política y la Tortura, investigó las situaciones de prisión política y tortura.

Otra de las formas que adoptan las luchas por la memoria son las conmemoraciones y en Chile se organizan cada año muchas de ellas. De hecho son tantas que suele ser imposible no sólo asistir a todas ellas, sino incluso saber de su existencia. Sus formas son diversas y la mayoría son organizadas por asociaciones de víctimas, de defensa de los derechos humanos u otras entidades sociales. Las conmemoraciones suelen utilizar espacios que son significativos para la colectividad que recuerda, ya sea porque allí ocurrió algún acontecimiento relacionado con el pasado que se conmemora, como un asesinato o un enfrentamiento, o porque en ese lugar se erige algún objeto memorial, como un monumento o un muro de nombres.

Al igual que las conmemoraciones, las marcaciones territoriales buscan instalar en el espacio público ciertas visiones del pasado. En el Chile de la postdictadura hemos sido testigos del surgimiento de muchos de estos sitios, la mayoría por iniciativa y voluntad de agrupaciones de familiares y amigos/as de los y las desaparecidos/as y muertos/as que dichos lugares recuerdan. Su construcción busca materializar una relación particular entre pasado, presente y futuro, apropiándose y habitando ciertos espacios mediante acciones de recuerdo que le dan un sentido de pasado. La construcción y uso de lugares de memoria forman parte de las batallas por el pasado.

Podríamos mencionar otras formas de lucha por la memoria, tales como las que se dan en el campo de la educación informal -en el cual las organizaciones sociales realizan actividades educativas vinculadas a la visita a sitios de memoria- o bien en la implementación de programas educativos en escuelas por iniciativa del Estado. También están la creación de diversos tipos de artefactos culturales, tales como exposiciones, obras de teatro, películas, novelas, etc.; la creación y conservación de archivos; y, por último, aunque no menos importante, el desarrollo de las memorias de la violencia política como un campo de producción académica.

Mientras los debates sobre el pasado se mantienen vigentes, construimos activamente interpretaciones que, como he dicho, son diversas, cambiantes, y tienen importantes efectos en nuestro presente y en nuestro futuro. A través de esos debates nos pensamos como sociedad, nos constituimos como sujetos sociales complejos y profundizamos en nuestras democracias. Por el contrario, cuando las batallas por la memoria concluyen, cuando se conforma una memoria única compartida por todos y con pretensiones de ser un relato definitivo sobre el pasado, entonces lo que se produce es un cierre, una cristalización de la memoria en un relato que poco a poco pierde su carácter efectivo, que deja de conmovir, que fija sentidos y que construye sujetos atrapados en identidades inmóviles. Y es precisamente lo que está ocurriendo actualmente en Chile, y me atrevo a aventurar que también en nuestros países vecinos del Cono Sur, en Uruguay y en Argentina.

Las memorias de las víctimas del terrorismo de Estado, que en un comienzo emergieron como memorias disidentes, o como versiones disidentes, se convirtieron en el relato hegemónico del pasado reciente. Como dice el historiador Peter Winn en una historia que acaba de publicar sobre los procesos de memoria colectiva en el Cono Sur, la lucha contra el olvido fue ganada, y lo que se ha consolidado como la memoria hegemónica es el terrorismo de Estado en una versión reconciliada, factible de ser aceptada por distintos sectores, incluso opuestos, de la sociedad. La violencia política pasó a ser aceptada por todos y todas como una tragedia compartida que no debe repetirse nunca; estamos todos de acuerdo en eso. En otras palabras, una reconciliación social alrededor del compromiso del que, al menos en el Cono Sur, se ha llamado “nunca más” (Winn, 2014).





La figura central en este proceso es la víctima. Las comisiones de la verdad las identifican y califican como tales, posibilitando entonces que sean, como decía antes, sujetos de las políticas de reparación. Además, estas comisiones escribieron su historia y legitimaron el sufrimiento de las víctimas como la verdad consensuada sobre las violencias de la dictadura y sus efectos traumáticos en la sociedad chilena. Las conmemoraciones las recuerdan colectivamente por medio de rituales que preservan las memorias de sus vidas, y sobre todo de sus muertes, convirtiendo las fechas y lugares en las que estas ocurrieron en hitos de la memoria colectiva. Los lugares de memoria marcan estos sitios ofreciéndoles a los y las ausentes un espacio en el cual seguir habitando en la sociedad, y a sus familiares un lugar donde recordarlos, e interpellando a todos a no olvidar a las víctimas del terrorismo de Estado. Los archivos conservan los testimonios de lo ocurrido. Y al igual que los lugares de memoria, son utilizados como parte de las estrategias educativas que buscan transmitir a las nuevas generaciones aquello que nunca más tendría que volver a ocurrir, que es la violencia política.

Todo esto ha implicado y ha supuesto avances muy importantes para nuestra sociedad. Ha contribuido a la reparación de las víctimas y a la elaboración de sus traumas, y ha instalado en la sociedad chilena la convicción de que es necesaria una cultura del “nunca más”. Pero, me pregunto: ¿ha permitido profundizar y consolidar nuestra democracia?, ¿ha contribuido a construir una sociedad más justa?, ¿ha contribuido a construir una sociedad menos violenta en la cual se respetan los derechos humanos? Y lamentablemente debo de decir que no. No basta con defender una cultura del nunca más, sino que es necesario preguntarse: nunca más, ¿qué?

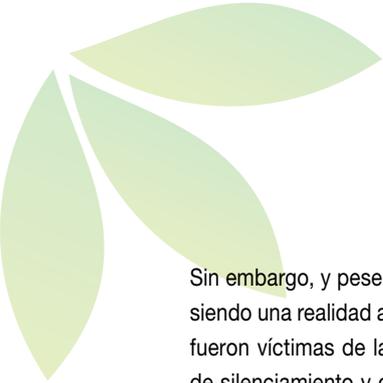
Los discursos de la memoria son claros. Nunca más desapariciones, nunca más torturas, nunca más asesinatos. Es decir, nunca más violencia política. Y todos los sectores sociales están de acuerdo con esta declaración que ha devenido en una posesión universal desde el punto de vista moral. Sin embargo, esto, que es claro en relación a las políticas hacia el pasado, hacia la memoria y la reconciliación, no es tan claro cuando se trata de pensar las garantías ciudadanas del presente, por ejemplo, de quienes se manifiestan contrarios al orden establecido que son violenta y sistemáticamente reprimidos. Tampoco es tan claro respecto de los sectores sociales económicamente excluidos, o de los pueblos indígenas, que luchan por conservar su memoria e identidad.

O tampoco es tan claro respecto de quienes están reclusos en las cárceles chilenas, en las que se sigue practicando la tortura (Winn, 2014).

Sostengo que limitar las políticas de la memoria a la reparación de las víctimas y a la reconciliación entre sectores contrapuestos de la sociedad ha tenido el efecto de excluir de la discusión pública el debate serio y reflexivo en torno a la violencia política ejercida en democracia, limitándonos a condenarla moralmente y a defender un nunca más que excluye las prácticas actuales. Pero no puede pensarse que la violencia política en Chile es sólo un hecho del pasado y exclusivo de la dictadura. Diversos organismos nacionales e internacionales han denunciado sistemáticamente la existencia de violencia policial hacia quienes participan en manifestaciones políticas, de torturas hacia los detenidos y las detenidas por motivos políticos de los pueblos originarios, y esto sólo por mencionar alguno.

El retorno a la democracia no implicó el fin de la violencia política en Chile. Es más, esta sigue siendo una práctica recurrente por parte del Estado. Esta continuidad también existe en el campo de lo simbólico, en el campo de la intersubjetividad, de la manera de significar la violencia, y que proviene del Estado, y de su impacto en la vida política de nuestro país. Aunque la violencia se ha manifestado de distintas maneras en la sociedad, el carácter aparentemente arbitrario de su uso durante la dictadura militar de Pinochet generalizó la experiencia de la amenaza de muerte y la tortura como una posibilidad real vinculada a la acción política. Una cosa que aprendimos y naturalizamos chilenos y chilenas es que la muerte es una posibilidad real vinculada a la acción política. O sea, el decir “si yo participo políticamente, entonces eso implica necesariamente arriesgar mi vida”.





Sin embargo, y pese a que la amenaza, el miedo y la violencia política siguen siendo una realidad actual, las políticas de la memoria se focalizan en quienes fueron víctimas de la violencia del pasado, y esto tiene importantes efectos de silenciamiento y de exclusión. Aunque la idea del “nunca más” devino en hegemónica, su realidad parece haberse reducido a un nunca más a las violaciones a la integridad corporal y de las libertades políticas de la clase media educada y de la clase obrera organizada. O sea, un nunca más muy restringido. Por otro lado, también fue aceptado por la derecha en la medida en que también se trata de un “nunca más” de que nunca más se vea amenazado su derecho a la propiedad, como habría hecho el gobierno de la Unidad Popular, liderado por Salvador Allende (Winn, 2014).

Pero aunque la memoria de las víctimas haya predominado y contribuido a una hegemonía caracterizada por las denuncias reiteradas del “nunca más”, se sabe que no sólo fueron las víctimas directas de la represión los únicos protagonistas de la historia de violencia política en nuestro país. Sin embargo, el protagonismo que tienen en las políticas de la memoria las asociaciones de víctimas y sus experiencias directas con la violencia, ha contribuido a aplacar la importancia de las memorias de otros grupos, que recuerdan desde otros lugares sociales distintos a los lugares de la víctima.

Se conocen y se han investigado largamente las memorias de las víctimas directas, la memoria de sus familiares más cercanos, sus testimonios, sus dolores y su trauma. Se conocen también, aunque en menor medida, los relatos, interpretaciones y justificaciones de quienes ejercieron la violencia. Pero se sabe muy poco de esas otras memorias elaboradas por grupos o sectores de la sociedad que, aunque experimentaron los procesos de cambio y las disputas del periodo, no tuvieron una participación directa, o al menos no fueron sus víctimas directas. Me refiero, por ejemplo, a las amas de casa, o a los empleados y las empleadas públicos, que por haber manifestado una opinión política fueron sancionados e incluso despedidos, y que no volvieron a encontrar trabajo por defender una cierta posición política. Me refiero también a aquellas militantes que, a pesar de no haber sido directamente violentadas, sí sufrieron años de amenaza y de miedo. O a los jóvenes, que por ser muy pequeños en esa época,

o bien por haber nacido después del fin de la dictadura, no vivieron en carne propia su violencia. La otredad de estas memorias se define, al menos en parte, por referirse a sujetos sociales que no han sido activos en las luchas y disputas por la memoria en el espacio público. Sus memorias permanecen en el campo de lo privado, pero no por ello podemos decir que han olvidado. Sus memorias permanecen silenciadas, pero no por ello podríamos decir que tienen menos importancia en la construcción de nuestra realidad social.

Lo que quiero decir es que es indispensable ir más allá de las versiones de las víctimas e incorporar la multiplicidad y la diversidad de las memorias sobre la violencia política que circulan en nuestra sociedad. Sin embargo, estas que estoy llamando otras memorias, no son consideradas por las políticas públicas, ni son estudiadas desde el campo académico, ni forman parte de los archivos, ni están presentes en los lugares de memoria. Son las grandes excluidas de los procesos de paz y reconciliación. Y aunque esto las hace invisibles no les quita su carácter efectivo. Son subjetividades colectivas que durante algún tiempo han aceptado incluso el no tener un lugar propio en la memoria social. El pluralismo de la memoria adquiere, desde este punto de vista, un carácter estratégico, ya que no sólo se trata de agregar nuevas categorías, sino que se trata de ampliar el espectro de sujetos constructores de memoria y constructor de realidad social.

Aunque el proceso de visibilización y hegemonización de las memorias de las víctimas ha implicado grandes beneficios para la democracia, el hecho de que se haya conformado una memoria única también tiene el efecto de excluir estas otras memorias. La legitimación de las víctimas como las voces autorizadas para hablar de la experiencia del pasado les ha permitido un reconocimiento social muy importante, que ha posibilitado que puedan narrar su historia, la que había sido sistemáticamente negada por las autoridades y por los sectores dominantes de la sociedad. Pero el considerarlas como un sujeto homogéneo hace muy difícil reconocer la existencia de distintos tipos de víctimas, con su diversidad de vivencia y con su diversidad de memorias. Por otro lado, la existencia de una voz autorizada para hablar del pasado tiene el efecto de silenciar estas otras voces. Es el caso de quienes habiendo vivido en las épocas





de conflicto violento no protagonizaron aquellas experiencias que han sido legitimadas como violentas y cuya memoria ha devenido en hegemónica. El sociólogo chileno Norbert Lechner se refiere a estos sujetos como “testigos de un naufragio ajeno” y como portadores de una memoria banal, o una memoria no dramática. Se trata de una memoria de dolores y de miedo, pero que son dolores y miedos muy cotidianos, que no tienen discursos legitimatorios, que asumen lo acontecido como parte de su vida normal y natural. Una normalidad que en ausencia de sangre visible no deja reflexionar en relación a las causas y a los efectos de la violencia (Lechner, 2002).

Esta misma sensación, la de ser testigo de la violencia de otros/as, es lo que le ocurre a las nuevas generaciones cuando se enfrentan a los relatos hegemónicos, ya sea a través de testimonios, de actos conmemorativos, de lugares de memoria o de otros dispositivos. Estos artefactos de memoria parecen tener tal autoridad sobre los hechos del pasado que deja a los jóvenes sin voz propia. Es muy común encontrarse en discusiones sobre el tema en que los jóvenes se sienten que no tienen el derecho a hablar. Dicen “yo no puedo hablar de la dictadura porque no lo viví” o “yo no puedo hablar de eso porque no sé, no había nacido “. Los jóvenes se sienten obligados a aprender de la memoria de otras personas que, con todas las buenas intenciones, tratan de transmitirles lo que vivieron y sus propias experiencias. Y la situación no deja de ser paradójica. Las víctimas esperan que las nuevas generaciones no olviden la violencia del pasado. Esperamos que se hagan cargo de nuestro legado, y esperamos que sostengan este nunca más. ¿Para qué? Para que esta violencia no vuelva a ocurrir. Sin embargo, a estas nuevas generaciones les quitamos toda posibilidad de agencia en la construcción de sus propias memorias. Lo que les pedimos es que hagan propias memorias que les son ajenas, sin que esto llegue a ser un proceso bidireccional, es decir, sin apropiarnos nosotras de sus memorias, y sin que exista diálogo entre las generaciones. Y, claro, es evidente que las memorias de quienes no vivieron directamente los hechos son distintas a las memorias de los protagonistas directos.

Para quienes nacieron una vez recuperada la democracia, los hechos pertenecen a un pasado cada vez más remoto, anterior a su propia existencia como grupo y como generación, y, por tanto, la configuración de su memoria es indirecta, es una configuración mediada que tiene rasgos propios. Es un pasado que se significa como algo ajeno, que parece pertenecerle a otro o a otras, y es desde esa distancia

afectiva que se construyen sus memorias de la época. Las distintas memorias generacionales se cruzan, conviven y se confrontan en el presente, protagonizando acciones intergeneracionales que no sólo constituyen una sucesión de memoria, sino que también dan lugar a un fuerte debate entre ellas (Aróstegui, 2006).

Los relatos sobre el pasado son contrapuestos por sujetos diversos. Por lo tanto, no podemos esperar que sus memorias no sean también múltiples, diversos e incluso contrapuestas. Dado que estos sujetos coexisten en un mismo contexto histórico y social, también lo hacen las memorias que construyen sobre una época o acontecimiento determinado. He aprendido que en el País Vasco conviven memorias de quienes vivieron el franquismo con aquellas personas que nacieron durante y después de la transición. Vinyes (2009) sostiene que se trata de un pasado sin experiencia y que, por ende, no puede dejar de pasar. Un pasado que permanentemente es revivido, creando posibles opciones de resignificación y reapropiación para las generaciones más jóvenes, que lo usan como una ayuda más para comprender su presente.

Voy a resumir para ir concluyendo. Lo que he planteado es que la memoria se construye como narrativas diversas sobre el pasado a partir de las condiciones del presente. Las distintas memorias se ponen en diálogo y entran en conflicto al disputar un estatus de legitimidad y de verdad sobre el pasado al que aluden. En Chile, luego de décadas de disputa pública, las memorias de y sobre las víctimas de la violación de los derechos humanos han devenido en hegemónicas. Sin embargo, existe un amplio espectro de otras memorias de diversos sujetos sociales que se diferencian de las memorias de las víctimas y que participan también de la construcción del presente. Estas memorias, menos visibles y sin expresión organizada en lo público, inciden en las acciones, tanto de individuos como de grupos, ya que a partir de ellas las personas interpretan la realidad, construyen opiniones y toman decisiones frente a las condiciones del presente. Son memorias de menor visibilidad y de menor reconocimiento, que participan en el proceso de memorialización de una forma menos clara y menos precisa, pero que tienen importantes efectos psicológicos, sociales y políticos.

Una de las cosas que hemos aprendido en nuestras investigaciones sobre las memorias de la violencia política en Chile es que es imprescindible considerar la existencia de múltiples y diversas memorias. También que es necesario analizar



el tema con una mirada amplia, asumiendo la multiplicidad y la diversidad de las memorias colectivas, y construyendo políticas de la memoria que sean inclusivas, que garanticen el derecho de recordar de sujetos sociales que son diversos, pero que habitamos en una misma sociedad.

Una y otra vez nos hemos encontrado con la necesidad de ampliar la mirada, al menos, en tres sentidos. En primer lugar, incluir no sólo a las víctimas y activistas de asociaciones de derechos humanos, sino también a ciudadanos y ciudadanas que participan en la construcción de versiones no hegemónicas del pasado desde posiciones de sujeto que no han sido suficientemente visibles en el ámbito de las memorias públicas. En segundo lugar, nos hemos visto en la necesidad de extender el campo temporal de los estudios de la memoria, incorporando aquellos momentos en los que la violencia parece no ejercerse activamente. Y, por supuesto, incluir las violencias políticas que ocurren en los presentes democráticos, que van adquiriendo otras formas, que son quizás formas distintas del terrorismo, que son formas a las cuales no les hemos puesto nombre, que todavía no logramos comprender totalmente, pero que es necesario incorporar a la comprensión global del fenómeno de la violencia política. Por último, hemos aprendido la importancia de incorporar un enfoque generacional que permita entender como sujetos activos de memoria a aquellas generaciones nacidas hacia finales de la dictadura, o bien en la postdictadura, poniendo sus memorias en diálogo con las generaciones que sí vivieron dicho periodo. Imagino que eso es un desafío más hacia el futuro, para ustedes, no en relación a la dictadura, pero sí en relación a las situaciones de terrorismo que probablemente cuando les empiecen a contar a sus hijos/as cuáles son las memorias de esta sociedad empiece este debate de la transmisión entre generaciones.

Para concluir, quiero decir que en la práctica de recordar se entrelazan palabras, silencios, imágenes, artefactos, cuerpos, lugares, entre otros, y que es precisamente la relación entre ellos la que contribuye a construir nuestras memorias. Las acciones, nuestras acciones, reproducen interpretaciones del pasado, pero al mismo tiempo contribuyen a transformar las condiciones que harán o no posibles nuevos campos de sentido. Y es eso precisamente lo que le otorga a la memoria su poder de transformar las relaciones sociales.

Desde el punto de vista teórico entendemos la memoria como un conjunto de acciones reiteradas contenidas a ciertas normas constructoras de identidades, en las cuales confluyen, o más bien se desdibujan, los límites entre la artificialidad y lo real. La memoria se apoya en un contexto específico para su significación, y funciona como un sistema histórico y culturalmente definido. La memoria tiene a su vez dos potenciales: el potencial de fijación y el potencial de transformación, constituyendo, por lo tanto, un espacio privilegiado para entender los procesos de disputa y construcción de versiones del pasado, de versiones del presente y de posibilidades de futuro.

A través de nuestras investigaciones sobre diversas prácticas de memoria y su repetición ritual, de símbolos, de estéticas y de discursos, hemos sido testigos, y probablemente partícipes, de cómo las víctimas se han constituido en sujeto social pleno de significado. Pero como nos dice Butler (2002), pese a que la *performance* sustituye al sujeto, nunca lo determina por completo, y justamente ahí es donde se ancla su capacidad política y transformadora. Acciones de recuerdo, como conmemoraciones, construcción y uso de lugares de memoria, son al mismo tiempo prácticas hegemónicas y espacios posibles de transformación. La problematización de la categoría de víctima y de las políticas centradas en la reparación del trauma resulta indispensable para resignificar la primera y para ampliar y complejizar las posibilidades de articulación para acciones políticas de transformación social que devengan en políticas del recuerdo que garanticen el derecho, y no el deber, de la memoria ciudadana. Porque la memoria es nuestra, la hacemos nosotros y somos quienes tenemos el poder de transformarla.





## Bibliografía citada

Amnistía Internacional (2013). Informe 2013 Amnistía Internacional. *El estado de los Derechos Humanos en el mundo*. Edición en español. Madrid: Editorial Amnistía Internacional (EDAI).

Aróstegui, J. (2006). "Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia". <http://es.scribd.com/doc/191930453/Arostegui-Julio-Violencia-sociedad-y-politica-La-definicion-de-la-violencia#scribd>

Comisión Ética Contra la Tortura [CECT] (2012). *La tortura es el miedo a las ideas de los otros*. Informe de Derechos Humanos 2012. Santiago de Chile: Editorial Quimantú.

Butler, J. (2002) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Paidós: Buenos Aires, Argentina.

Instituto Nacional de Derechos Humanos [INDH] (2011). *Situación de los Derechos Humanos en Chile*. Informe anual 2011.

Instituto Nacional de Derechos Humanos [INDH] (2012). *Situación de los Derechos Humanos en Chile*. Informe anual 2012.

Instituto Nacional de Derechos Humanos [INDH] (2013). *Situación de los Derechos Humanos en Chile*. Informe anual 2013.

Lechner, 2002 "Las sombras del mañana: La dimensión subjetiva de la política". Ed. LOM. (2006). "Los patios interiores de la democracia". En *Obras escogidas 1*. Ed. LOM, 337- 470.

Piper, I.; Fernández, R.; Espinoza, A. (2013). "Construcción de relatos generacionales sobre nuestro pasado reciente (1970-1990) en el escenario de cuatro lugares de memoria de Santiago". Proyecto FONDECYT regular No 1110162. Universidad de Chile, Departamento de Psicología.

Urrutia, M. & Villalobos-Ruminott, S.(2008). "Memorias antagonistas, excepcionalidad y biopolítica en la historia social popular chilena". En *Revista De-Rotar*, 1 (1), pp. 3-27.

Vinyés, R. (2009). *El Estado y la Memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*. Barcelona: Editorial del Nuevo Extremo.

Winn, P. (ed.) (2014). *No hay mañana sin ayer*. Ed. LOM.



## WALTHER L. BERNECKER

Catedrático, nacido en 1947, estudios de historia, germánicas e hispanística en la Universidad Erlangen-Nürnberg; 1973-1977 y 1979-1984 profesor asociado en la Cátedra de Historia Contemporánea de la Universidad de Augsburgo; 1984/85 "Visiting Fellow" en el "Center of Latin American Studies" de la Universidad de Chicago; 1986 "Habilitación"; 1988-1992 Cátedra de Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad de Berna (Suiza); desde 1992 Cátedra de Estudios Internacionales en la Universidad Erlangen-Nürnberg.

Otras funciones: Presidente de la Asociación Alemana de Profesores de Español (1996-2012); Presidente del Centro Bávaro para América Latina (2007-2009); Presidente de la Federación Internacional de Asociaciones de Profesores de Español (2004-2007); 1998-2001 Decano de la Facultad de Economía y Ciencias Sociales; 2002/2003 Cátedra Extraordinaria Guillermo y Alejandro de Humboldt (México D.F.).



Publicaciones: (junto con H. Pietschmann) *Geschichte Spaniens seit dem Mittelalter*. Stuttgart (4a edición) 2005; (junto con S. Brinkmann) *Kampf der Erinnerungen*. Nettersheim (4a edición) 2008; *Spanien-Handbuch. Geschichte und Gegenwart*. Tübingen 2006; (ed. junto con Günther Maihold) *España: del consenso a la polarización. Cambios en la democracia española*. Madrid / Frankfurt am Main 2007; (junto con Torsten Eßer y Peter A. Kraus): *Eine kleine Geschichte Kataloniens*. Frankfurt am Main 2007; (junto con Horst Pietschmann y Hans Werner Tobler) *Eine kleine Geschichte Mexikos*. Frankfurt am Main 2007; (ed.) *Spanien heute*. Frankfurt am Main (5a edición) 2008; (junto con Sören Brinkmann): *Memorias divididas. Guerra Civil y Franquismo en la sociedad y la política españolas*. Madrid 2009; *Geschichte Spaniens im 20. Jahrhundert*. München 2010; (ed., junto con Hans Werner Tobler): *Die Welt im 20. Jahrhundert bis 1945*. Wien 2010.

## “Alemania y su pasado dictatorial. Culturas de la memoria en un país dividido y reunificado”

Muchísimas gracias. Agradezco, en primer lugar, a la Fundación y al Instituto Valentín de Foronda la invitación. Vengo con mucho gusto porque en cierta manera vuelvo a mi patria. Yo me he criado en el País Vasco. He vivido aquí más de doce años y, cuando vuelvo, pues, no voy al extranjero; voy a casa.

Bien, yo voy a hablar sobre el caso alemán. Uno de los anteriores presidentes de la República Federal de Alemania, el socialdemócrata Gustav Heinemann, afirmó una vez que los alemanes tenían “una patria difícil”. Con esta constatación se refería también, y ante todo, a los doce años de dictadura nazi y a los problemas para las generaciones posteriores relacionados con este período de la historia alemana.

En lo que sigue subdividiré mi intervención en tres apartados. En el primero me ocuparé de lo que podríamos llamar la conciencia de culpa en Alemania. En el segundo hablaré de la cultura de la memoria alemana. Y en el tercero el tema serán los lugares de la memoria en las dos Alemanias: la República Federal y la República Democrática, y la Alemania reunificada.

Llego al primer apartado, la conciencia de culpa. Desde hace casi setenta años los alemanes siguen luchando con su carga histórica, y quizá no haya otro país en Europa que haya autoanalizado más su pasado reciente, su conciencia colectiva y las consecuencias a derivar de su historia como Alemania. Hasta hoy día importantes decisiones políticas se toman también en función del pasado histórico. Si Alemania ha actuado, por poner unos ejemplos, como motor de la unificación europea, uno de los argumentos ha sido que el país debía demostrar que estaba firmemente implantado en las estructuras de Occidente y no tenía intención de volver a emprender una vía diferencial.

Cuando se debatía arduamente la conveniencia de enviar aviones alemanes Tornado en el marco de la OTAN y bajo los auspicios de la ONU a la ex Yugoslavia, los opositores a tal decisión argüían que Alemania, por motivos ético-históricos, tenía la obligación de mantenerse fuera del conflicto. Y si después de la reunificación hubo una ardua polémica sobre si Berlín debería





volver a ser la capital alemana, o si el gobierno debiera seguir en Bonn, ello se debía a que Berlín simbolizaba, y simboliza en cierta manera, para muchos el centralismo prusiano alemán, el centro de decisiones agresivas y militaristas, mientras que Bonn representa la tradición democrático-liberal.

La sociedad alemana sigue estando altamente influenciada por el lastre de su historia. Todas las fechas conmemorativas, todos los actos públicos de políticos lo demuestran a diario. También países extranjeros concuerdan en esta apreciación. Si se analiza, por ejemplo, el resurgir de movimientos derechistas y nacionalistas en la Europa de nuestros días, las miradas críticas se concentran ante todo en Alemania, pues Alemania es el país del que se teme, o hasta hace poco se temía, un renacer de actitudes que podrían ser peligrosas para la paz en el mundo.

Indudablemente la explicación para esta postura crítica hacia Alemania no hay que buscarla en la historia de los últimos setenta años sino en la fase anterior, en el período del Imperio de 1871, y ante todo, del Tercer Reich, responsable de la hecatombe que significó la Segunda Guerra Mundial, y del Holocausto del pueblo judío. Después de la Segunda Guerra Mundial fueron primero los aliados victoriosos los que empezaron con el proceso de lo que se ha llamado desnazificación. El Tribunal de Núremberg fue el más espectacular. Desafortunadamente, gran parte de la población alemana no lo interpretó como un mecanismo justo para castigar a los máximos responsables de actos criminales, sino como venganza de los vencedores.

Si bien en los años que siguieron a la fundación de la República Federal en 1949 prosiguió el proceso de desnazificación, ahora bajo la responsabilidad de tribunales alemanes, gran parte de la sociedad alemana occidental estaba ocupada en la reconstrucción material del país y se negaba a asumir responsabilidad de lo ocurrido. Poco a poco iban saliendo a la luz del día los crímenes cometidos contra judíos, contra los Sinti y los Roma, los llamados gitanos, y otros pueblos. Una reacción generalizada fue afirmar que no se sabía, que no se había sabido nada de estas atrocidades, o bien que en un Estado totalitario como el nazi no se había podido hacer nada en contra sin arriesgar la propia vida. Muchos de los pequeños y grandes nazis siguieron en sus puestos, jueces del Tercer Reich siguieron dictando sentencias, profesores de dudosa convicción democrática siguieron impartiendo clases, omitiendo, siempre que podían, en sus clases de historia la peligrosa fase del Tercer Reich, en la que muchos de ellos habían estado implicados de alguna manera.

No fue sino en los años 60 que el movimiento estudiantil en su variante alemana se rebeló también contra el conservadurismo de los gobiernos democristianos, contra la problemática postura de la generación de los padres, abogando por una preocupación intelectual más profunda con el período del Tercer Reich y la problemática del autoritarismo alemán que hizo posible la dictadura nazi, esclareciendo las responsabilidades de las élites y de la sociedad civil en general. Fue entonces cuando en los colegios empezó a analizarse a fondo este lúgubre período de la historia nacional, cuando se escribieron detalladas historias locales identificando claramente a los actores, cuando algo más tarde la película estadounidense “Holocaust” impactó enormemente en la sociedad y, ante todo, en la juventud alemana. La historia de la dictadura nazi se hizo omnipresente en la conciencia colectiva del país y la nueva política exterior del gobierno socialdemócrata-liberal, bajo el Canciller Willy Brandt, hacia Europa del Este, recalcó la responsabilidad histórica alemana frente a los vecinos en Europa, que fueron víctimas de la agresión nazi en la Segunda Guerra Mundial.

Indudablemente ha sido en la historiografía seria donde mejor se puede apreciar, desde un principio, la disposición a criticar las posturas adoptadas en las primeras fases después del año 1945. Toda la historiografía alemana de la posguerra ha sido influenciada profundamente por el derrumbamiento del Tercer Reich. Los historiadores se han ocupado continuamente de la pregunta: ¿por qué el fascismo en su versión más perversa pudo llegar al poder en Alemania y ejercer un dominio de doce años sobre los alemanes en buena parte, por lo menos durante algún tiempo, con la aquiescencia de estos? Hasta hoy en la investigación sigue prevaleciendo el teorema del desarrollo especial, o del camino singular alemán, es decir, de una tercera vía diferenciada del desarrollo en los Estados democráticos de la Europa occidental.

Un segundo gran problema fue la acentuada crisis de la conciencia histórica en los años 50 y 60. El comportamiento ahistórico de amplias capas de la sociedad alemana se debía tanto a la convicción de que la historia había perdido su significado como a la intención de no querer encarar el pasado reciente. La tarea consistía, pues, en elaborar una base para la recuperación de la conciencia histórica que no omitiera simplemente los años de la dictadura nacionalsocialista.

La ruptura con las tradiciones idealistas de la historiografía alemana tuvo lugar a comienzos de los años 60, cuando el historiador Fritz Fischer publicó sus



investigaciones sobre las causas de la Primera Guerra Mundial y las metas perseguidas por Alemania en la guerra. El punto crucial del debate que se entabló entre los historiadores alemanes, y gran parte de la sociedad alemana, fue la pregunta acerca de quién era culpable y responsable del estallido de la Primera Guerra Mundial. Fischer acusaba al gobierno del Imperio alemán de haber preparado metódicamente una guerra ofensiva con la intención de llegar a ser potencia mundial, y la euforia bélica nacionalista de la Primera Guerra Mundial se correspondía, en esta visión, con el posterior ascenso del nacionalsocialismo. Con estas tesis, Fischer deshizo una serie de tabúes existentes entre los historiadores alemanes y la sociedad en general, ya que la política alemana desde Bismarck aparecía ahora como una mezcla de nacionalismo, de militarismo y de política exterior agresiva, es decir, como la directa prehistoria del nacionalsocialismo.

Retrospectivamente se puede decir que la polémica en torno a la responsabilidad alemana con respecto al estallido de la Primera Guerra Mundial fue el final de la historiografía tradicional de historia política nacional. De entonces en adelante se llegaría a una revisión fundamental de las tradiciones historiográficas alemanas. Las raíces del desastre de 1933 o la toma del poder por Hitler se buscarían de ahora en adelante en las peculiaridades de la tradición política alemana desde comienzos del siglo XIX, y toda la historia moderna alemana fue sometida a un análisis crítico y a reinterpretaciones fundamentales.

A finales de los años 70 empezaron a oírse de nuevo voces que decían que en los últimos lustros se había insistido demasiado en la crítica de las tradiciones autoritarias y nacionalistas en la sociedad alemana. Y desde principios de los años 80 se puede apreciar un cambio de rumbo en la historiografía y en la sociedad alemanas hacia posiciones más conservadoras. Estas críticas conservadoras esperan de la historiografía que no ponga continuamente en tela de juicio las tradiciones midiéndolas en ideales abstractos, sino que haga aportaciones para fundamentar una nueva identidad nacional de los alemanes. Si bien la función de la historia no es solamente crítica para con posiciones ideológicas, sino también conservadora en el sentido de facilitar al individuo una orientación positiva en la sociedad, no se puede negar que el renacimiento del pensamiento conservador corría parejo con el ambiente político en la República Federal de Alemania, marcadamente más conservador en los años 80 y 90 que en los 70.

En la última década la investigación histórica ya no ha estado dominada por la pregunta acerca de cómo el fascismo pudo llegar al poder en Alemania; más bien se ponía en tela de juicio si la prehistoria del nacionalsocialismo seguiría siendo el paradigma prevaleciente. Se hacía hincapié en que en Alemania había muchas continuidades en la historia, no sólo una conducente directamente a la toma del poder político por los nazis.

Una tendencia que ha cobrado gran importancia en la historiografía y publicística alemanas de la posguerra es la que ha venido a llamarse “historia del tiempo presente”. La intención perseguida por la historia del tiempo presente fue, en un principio, no tanto científica como moral o moralizante, ya que se trataba de enjuiciar los crímenes del Tercer Reich que poco a poco iban saliendo a la luz. El carácter moral del enjuiciamiento del nacionalsocialismo desembocó en pedagogía política. Crítica moral y función política con la intención de educar al pueblo alemán hacia la democracia se complementaron y formaron una de las características en los comienzos de la historia del tiempo presente. La consecuencia científica de este interés moralizante fue que el objeto de investigación seguiría siendo durante décadas el Tercer Reich y el problema de la continuidad en la historia alemana. Esto significó que los historiadores se ocuparon del fracaso de la democracia, del sistema totalitario y de la reconstrucción democrática después del año 1945, ante todo en la parte occidental de Alemania.

A lo largo de las décadas, las concepciones en el tratamiento del nacionalsocialismo dejan entrever un cambio significativo en el horizonte político de los investigadores. Así, en los primeros años después de 1945 se resaltó mucho más que en los lustros posteriores el carácter totalitario del nacionalsocialismo, y la tendencia a interpretaciones globales y moralizantes fue mucho mayor que hoy. También la investigación sobre la historia de la República Federal sentía sobre sí la carga moral y política del Tercer Reich, un aspecto que la diferencia claramente de otras historias nacionales europeas. La República Federal se autodeclaraba sucesora legal del Imperio alemán, es decir, también del Tercer Reich, con todas las consecuencias histórico-políticas, psicológicas y morales, mientras que para los historiadores de la República Democrática Alemana la historia del tiempo presente empezó, y ello es característico, con el año 1945, reclamando exclusivamente para ellos las tradiciones progresistas de la historia alemana. La República Democrática Alemana, la RDA, nunca ha asumido parte de la



responsabilidad por el Tercer Reich, aduciendo su antifascismo y la resistencia comunista contra Hitler.

La discusión política y moral sobre la dictadura nazi sigue teniendo gran importancia en la sociedad alemana, como lo demuestra claramente la polémica entre los historiadores alemanes comenzada a mediados de los años 80 sobre la singularidad de los crímenes nazis. En esta polémica se han visto involucrados no sólo historiadores, sino también periodistas, políticos, politólogos, representantes de las iglesias y de muchas entidades públicas del interior del país y del extranjero. ¿Sobre qué versaba esta nueva polémica? No se trataba de presentar nuevas fuentes o resultados de investigación, sino de la pregunta sobre si los crímenes y asesinatos del Tercer Reich podían ser relativizados, comparándolos con crímenes de otras dictaduras en el mundo, liberando así el período entre 1933 y 1945, e interpretando esos años como una fase normal en la historia del Estado nacional alemán.

La polémica surgió al publicar el politólogo Ernst Nolte unos artículos en los que afirmaba que la política nazi de exterminio de razas -ante todo el exterminio de los judíos, pero también de los gitanos y de otros pueblos- tenía como ejemplo la política de exterminio de clases practicada por los bolcheviques en la guerra civil rusa, y después en la fase estalinista, siendo la política nazi una reacción surgida del miedo frente a los exterminios bolcheviques y los llamados actos asiáticos de Stalin. Nolte preguntaba si el “Archipiélago Gulag” no fue más originario que Auschwitz, si los asesinatos clasistas de los bolcheviques no eran el antecedente lógico y fáctico de los asesinatos racistas de los nazis. El Holocausto debía ser visto, pues, como una reacción y como resultado de un dilema psicológico, y no como expresión de la vía diferencial alemana. Probablemente, afirmaba Nolte, entre Auschwitz y el Gulag existía un nexo causal. En todo caso, los crímenes de Auschwitz podían compararse con otros crímenes cometidos por otras dictaduras en otras épocas y otras regiones del globo. Con estas tesis, que debían servir para historizar la campaña de exterminio del nacionalsocialismo, empezó la relativización del régimen nazi, poniendo en duda la singularidad de sus crímenes.

Como reacción a estas tesis, que pronto fueron asumidas por otros historiadores conservadores alemanes, el filósofo Jürgen Habermas acusó a sus representantes diciendo que querían tomar a la ligera los crímenes nazis para así crear una nueva conciencia nacional, fundamentando de esta manera intelectualmente el

giro o el cambio político del año 1982, es decir, del gobierno socialdemócrata de Helmut Schmidt al gobierno democristiano de Helmut Kohl. Habermas establecía claramente la conexión entre interpretación histórica y finalidades político-ideológicas en la sociedad alemana. El filósofo hablaba de tendencias apologéticas en la historiografía alemana del tiempo presente, diciendo que los historiadores gubernamentales eran planificadores de ideología, que querían eliminar el pluralismo de interpretaciones históricas para formular una identidad convencional que se volvía a basar en la conciencia nacional. Rápidamente la polémica subió de tono, llevando a enfrentamientos entre los intelectuales alemanes. De una u otra manera, gran parte de la sociedad alemana se vio involucrada en esta confrontación. Al mismo tiempo, se reconocía públicamente que el debate sobre el nacionalsocialismo en la historia alemana era necesario y que debía ser continuado, ya que era de importancia para la autoconciencia histórica y política de los alemanes.

¿Qué queda de este debate político-histórico de los años 80? Son dos aspectos los que merecen ser destacados. El primero, la polémica mostró la cercanía con posiciones neonazis de aquellas interpretaciones que explicaban el antibolcheviquismo de los nazis como defensa europea de las hordas asiáticas de Oriente, y que veían un nexo causal entre el “Archipiélago Gulag” y la política de exterminio nazi. Siguiendo esta argumentación, la fuente de todos los males en todas las dictaduras del siglo XX podría encontrarse en la Unión Soviética. El anticomunismo garantizaría continuidad y establecería relaciones de identificación. La relación, construida artificialmente, entre la lucha de Hitler contra los judíos y los crímenes de Stalin ignoraba además la corresponsabilidad de las élites alemanas en cuanto a la ejecución de la guerra de exterminio nazi motivada por la ideología racista.

Y el segundo punto: uno puede preguntarse por qué fueron justamente las tesis de Nolte las que desataron tal tormenta histórico-política. Ello se debe a que ningún otro tema de la reciente historia alemana está relacionado con tantas cuestiones centrales y fundamentales del pasado y presente, y tiene tantas implicaciones para el futuro. Historiadores conservadores afirmaban que la República Federal de Alemania era un país sin historia. Y según ellos, ganaría el futuro quien fuera capaz de llenar la memoria, de acuñar los conceptos y de interpretar el pasado. Por tanto, se trataba de la pregunta de qué valores



originarían el consenso y la paz interna. Según esta tendencia interpretativa, el pluralismo de los valores e intereses lleva a la guerra civil, como al final de la República de Weimar, si no es distensionada por el crecimiento económico; y lo que crea sentido y coherencia son, en esta interpretación, la nación y el Estado.

Los argumentos en este debate no fueron, en primer lugar, científicos, no iban dirigidos a historiadores, sino a un público general. Eran más bien políticos, orientados hacia el presente y no hacia el pasado. La polémica de los historiadores fue ejemplo de un debate político con relaciones históricas. Este tipo de disputas muestran claramente la íntima conexión existente entre interpretaciones del pasado, comprensión del presente y proyecciones hacia el futuro. Es una conexión que forma a la historia como disciplina científica. En general, la disputa sobre el Tercer Reich ha sido, aunque agresiva e hiriente, necesaria, contribuyendo a formar la conciencia político-histórica en la República Federal.

Llego al segundo apartado: culturas de la memoria en Alemania. En la actualidad el interés por la memoria, tanto en los círculos académicos, políticos o ciudadanos, se ha convertido en Alemania casi en una obsesión. Hoy el problema ya no es el olvido, sino la forma de recordar y las consecuencias que implican esas diferentes formas de recordar. Alemania ha sido un lugar excepcional para la exploración del trabajo de la memoria histórica moderna. El Tercer Reich, el Holocausto y los siguientes cuarenta años de división en dos países, con tan diferentes versiones de la historia del siglo XX, enfrentan a los académicos con problemas fundamentales relacionados con el recuerdo, el silencio y la negación. De hecho, el problema de la explicación y la historización de los extremos históricos del genocidio ha definido el tópico de la memoria en Alemania.

El trabajo de la memoria consiste en la reconstrucción incesante de un pasado común a la luz del presente, atribuyéndole cada vez nuevos significados y contribuyendo a la construcción, también constante, de las identidades, sean individuales o colectivas, de la sociedad que está inmersa en el recuerdo. La pérdida de la memoria significa también la pérdida de la identidad. Ascenso y superación de dictaduras modernas son interpretados como características por excelencia del siglo XX en Europa. Una de las enseñanzas centrales de la historia de la República Federal de Alemania y de la Alemania reunificada para ocuparse exitosamente con pasados dictatoriales es, junto a un arrepentimiento

activo y la Transitional Justice, una intensa labor de memoria y la investigación histórica de todos los aspectos del régimen dictatorial nacionalsocialista. Incluso hay quien afirma que esta lección de ejemplar obstinación histórica por parte de la política alemana es un modelo que puede ser exportado.

Este modo alemán de afrontar el pasado se opone en otras partes de Europa a formas generalmente menos rígidas de encarar la herencia de la dictadura. Estas otras formas, que incluyen una relativización retrospectiva, o incluso el olvido deliberado del pasado, parecen ser menos concienzudas comparándolas con la práctica alemana, pero eso no significa que necesariamente sean menos exitosas. Lo que en Alemania se repudia como una mentalidad de punto final, en otras sociedades es interpretado como curación de viejas heridas.

La memoria del nacionalsocialismo en Alemania es un caso muy interesante por una serie de razones que lo hacen casi único. En primer lugar, por el carácter de ruptura radical y traumática que el nazismo representó en la historia alemana. En segundo lugar, el hecho de que el régimen nazi cometió en nombre de Alemania y del pueblo alemán unos crímenes especialmente monstruosos. Por eso, la sombra de Auschwitz y de los campos de concentración se extiende sobre toda una parte de la historia de la memoria de Alemania, y la memoria nazi se ha convertido en el recuerdo de sus crímenes. El problema de la memoria local, que tanto ha hecho para el desarrollo de la investigación histórica, es que se enfrenta al hecho de que el régimen nazi contó con el apoyo de una gran parte de la población alemana. Esta situación crea un problema político y moral de corresponsabilidad, ya que la responsabilidad por los crímenes no puede ser atribuida única y exclusivamente a un restringido grupo de jefes nazis, sino que se extiende a aquella parte de la población que apoyó al régimen.

Para el caso alemán se puede afirmar que lo que más tarde se denominó en la discusión pública como la superación del pasado tuvo sus comienzos en las medidas de los aliados inmediatamente después de 1945. Consistieron en tres mecanismos que hasta hoy forman el núcleo de toda superación del pasado: procesos penales, descalificación de personas comprometidas e investigación aclaratoria.

En la primera fase de la posguerra correspondía a las pretensiones aliadas en el lado alemán un amplio debate sobre la culpa, en el cual, no obstante, desde



un principio dominaban conceptos vagos y políticos, como suerte o catástrofe. Pero con la fundación de la República Federal, en el año 1949, la ciudadanía del Estado germano-occidental se constituyó bajo el signo de una crítica vehemente a los procedimientos aliados. El primer consenso germano-occidental de la posguerra se formó rechazando la superación del pasado ordenado desde arriba, que además se complementaba con un anticomunismo generalizado. La pregunta que por entonces se hacían muchos alemanes rezaba: ¿había llegado la historia alemana después de la catástrofe nazi de 1945 de verdad a su punto final?, ¿qué puntos de sujeción históricos seguían existiendo en un momento en el que Alemania y Europa estaban destrozados?

Los alemanes de a pie, que tenían que luchar a diario contra el caos existente, no se interesaban demasiado por este tipo de preguntas, pero los intelectuales sí. La receta de muchos historiadores germano-occidentales en la inmediata época de posguerra decía: insistir en las buenas tradiciones alemanas antes de Hitler y no auto-obscurer el Estado alemán. En Alemania oriental tuvo éxito la tesis del camino equivocado de una nación, insistiendo al mismo tiempo en que la RDA, que estaba en ciernes de constituirse, había abandonado definitivamente este camino equivocado. “Resucitado de entre ruinas y encarado hacia el futuro”, así empezaba el himno de la RDA.

Desde comienzos de los años 60 empezó en la República Federal, con grandes esfuerzos y conflictos, un encaramiento activo del pasado nazi. Poco a poco la conciencia política pública asumió que la República Federal procedía de un régimen criminal. Y cuanto más ponía de manifiesto la República Federal las hipotecas de su procedencia, hablando y debatiendo sobre ellas políticamente, tanto más recibió desde el extranjero reconocimiento y legitimidad. Otros estados sucesores del Tercer Reich rechazaron, más o menos exitosamente, asumir los aspectos problemáticos y poco nobles de su pasado. A corto plazo las cosas se les hacían así más fáciles, pero a largo plazo se crearon muchos problemas y desventajas. Esto es válido para la República Democrática Alemana cuyo antifascismo abstracto y ordenado no logró impedir que al final el régimen estuviera completamente deslegitimado. Y también para Austria, donde el país se autoadjudicó el papel de haber sido la primera víctima de la expansión del Tercer Reich, ignorando durante décadas el entusiasmo austriaco por la anexión y la receptividad del país para el nacionalsocialismo. Mucho más tarde que en la

República Federal empezó allí el debate sobre cómo enjuiciar el pasado. Pero una vez empezado, este se desarrolló de manera más turbulenta que en Alemania.

En Europa, después de la guerra, se podía tener a lo largo de cuatro décadas la impresión de que únicamente la República Federal tenía una prehistoria onerosa. La convicción asumida por la inmensa mayoría de los alemanes de que su pasado dictatorial conllevaba una responsabilidad especial para el presente y para el futuro se convirtió en la base moral de la República Federal. El cambio del olvido al recuerdo es hoy en día un principio político en Alemania. Representa un consenso en la política de la historia que no puede ser menospreciado o desatendido por ninguna persona, si no quiere ser excluida del seno de la sociedad alemana. No es de extrañar la ambigüedad que reina acerca de la memoria en Alemania. Después de todo, mientras los vencedores de la historia han erigido memoriales a sus triunfos, y las víctimas los han erigido a su sufrimiento, pocas veces una nación ha tenido que enfrentarse al hecho de erigir memoriales a las víctimas de sus propios crímenes. Ha sido una nación a la que en cierto modo se ha obligado a recordar el sufrimiento y la devastación que causó en nombre de su pueblo. Pero, ¿cómo puede un Estado incorporar sus crímenes contra otros en su memoria nacional?, ¿cómo recordar a las víctimas desde el punto de vista de los perpetradores?

La lucha de Alemania con la memoria de su pasado nazi está reflejada en casi todos los aspectos de su sentimiento nacional, desde las deliberaciones, como dije, sobre el retorno del gobierno a Berlín hasta su ambivalencia sobre la persecución de los criminales nazis. Desde el meticuloso proyecto de los museos en los antiguos sitios de los campos de concentración, hasta una nueva generación de artistas que repudian las formas monumentales de esos memoriales, aún relacionadas con el arte nazi o con el de la dictadura comunista. Incluso la búsqueda de un día nacional de recuerdo a las víctimas, un día que intente unificar a los alemanes en la reflexión memorialística de su pasado, provocó más miedo que orgullo.

Al principio, inmediatamente después de la guerra, las cosas habían sido muy diferentes. Al comienzo de la Guerra Fría la moral tuvo que ceder al pragmatismo. ¿Qué significa esto? La República Federal en el año 1949 se planteaba la pregunta: ¿democratización e integración social de las élites funcionales del nacionalsocialismo, es decir, del grupo involucrado intermedio, o examen crítico y sin restricciones del pasado, así como castigo de los crímenes?



En una especie de gran coalición los alemanes se decidieron por la primera opción, pues la necesidad generalizada de justificarse y una voluntad común de liberarse de culpa y de responsabilidad unían a la mayoría de los alemanes. Del Holocausto no se hablaría hasta el final de los años 50 y comienzos de los 60. En público apenas se trataba del Tercer Reich. Sólo minorías, por lo general grupos de víctimas, se atrevían a perturbar la defensa del pasado y a atribuir la culpa a otros. En manuales populares de historia de aquel tiempo, el nacionalsocialismo surgía como una irrupción no explicable, como un castigo, o como un destino, donde Hitler aparecía como un demonio. Además, se equiparaba la dictadura nacionalsocialista y la dictadura comunista de Alemania del Este. Después de la construcción del Muro de Berlín, en el año 1961, la RDA les parecía a muchos un campo de concentración. La compensación de las víctimas del nacionalsocialismo se hizo de mala gana. Israel recibió compensaciones, pero junto a la ayuda había demasiado cálculo y demasiada política exterior, de manera que no logró convencer moralmente. Se pagaba donde la reputación internacional de la República Federal lo exigía, es decir, en Occidente. Víctimas de Europa oriental no recibieron nada.

El ambiente, y con él el recuerdo, sufrieron cambios aproximadamente a partir del año 1958, cuando escándalos antisemitas estremecieron la República. Las reacciones frente a estos escándalos tuvieron toda una serie de consecuencias. Los Ministros de Cultura aprobaron nuevas reglas para las clases de historia, el legislador creó el crimen penal de incitación del pueblo, y por iniciativa de los grupos de víctimas finalmente empezaron a construirse monumentos conmemorativos. Además, los Ministros de Justicia de los Länder instalaron la Institución Central para documentar los crímenes nacionalsocialistas, promoviendo de esta manera la persecución de los victimarios nazis. Intelectuales como Ralph Giordano criticaron abiertamente el trato que se le daba al pasado nazi en Alemania, y un conflicto generacional radicalizó aún más el trato de ese pasado. Los debates sobre la prescripción en el Parlamento Alemán, que se realizaban desde 1965, tuvieron una amplia resonancia pública, igual que el proceso contra Eichmann, en Jerusalén, o el proceso sobre Auschwitz en Frankfurt.

Desde el cambio de gobierno en el año 1969, el recuerdo del nacionalsocialismo en la Segunda Guerra Mundial se politizó y polarizó cada vez más. Willy Brandt había sido opositor al régimen nazi y se veía a sí mismo como Canciller de una Alemania liberada. Pero la oposición cristianodemócrata alegó que no se podía

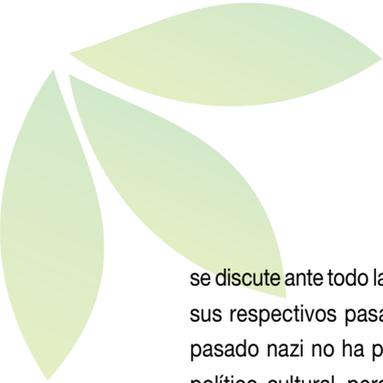
celebrar la capitulación del año 1945. Muchos conservadores rechazaron la cultura izquierdista de la memoria diciendo que este comportamiento continuo de penitente traumatizaría para siempre el sentimiento nacional de los alemanes.

La existencia de dos Alemanias durante cuatro décadas, con características políticas y económicas tan diferenciadas, permite confrontar el funcionamiento de dos memorias colectivas muy diferentes, pero que hacen referencia al mismo pasado, para apreciar así las diversidades en que cada sociedad puede recordar una misma situación traumática. Mientras que en la República Federal la confrontación con el pasado fue un proceso continuo, con diferentes interpretaciones entre numerosos grupos, el Partido Unitario Socialista, en la RDA, declaró que con la revolución antifascista y democrática de los años 1945 a 1949 el nacionalsocialismo había sido eliminado definitivamente del territorio de la RDA. Por lo tanto, no había necesidad de seguir con debates sobre culpa y responsabilidad. La RDA rechazó todo tipo de responsabilidad judicial, moral o económica por el pasado. Se podía creer que Hitler había sido un germano-occidental.

Según el mito fundacional de la RDA, antifascistas alemanes habían vencido la dictadura de Hitler al lado de la Unión Soviética, y habían creado la Alemania nueva. Los nazis más importantes fueron ajusticiados, y los que en la jerarquía nazi habían estado en los renglones medianos y bajos fueron domesticados por el Partido Comunista en un partido de bloque nacional-democrático que había sido creado expresamente para esta finalidad. El antifascismo fue doctrina de Estado y la justificación inatacable de la existencia de la RDA, en cierta manera en su pretensión de representar exclusivamente a toda Alemania.

Como se sabe, el nacionalsocialismo se diferenció de todos los demás movimientos fascistas por intensificar el antisemitismo virulento o presente en toda Europa hasta la última consecuencia del exterminio total de los judíos. Este era el núcleo esencial de la doctrina nazi y esta importantísima peculiaridad fue negada por la memoria germano-oriental, ya que el Holocausto no encajaba en el sistema clasista de los comunistas alemanes del este.

Desde los años 1989 y 1990, es decir, desde la caída del Muro de Berlín y la reunificación alemana, la situación ha cambiado considerablemente. Siguiendo a la transformación sistémica en Europa del centro y del este, en círculos políticos



se discute ante todo la cuestión acerca de cómo las nuevas democracias encaran sus respectivos pasados comunistas. En el caso de la República Federal, el pasado nazi no ha perdido nada de importancia para su auto-entendimiento político-cultural, pero, al mismo tiempo, este tema en la República Federal va unido a la confrontación con el pasado de la RDA, ante todo en relación con los procesos penales y las actas del Ministerio de Seguridad Estatal, la llamada Stasi.

Por lo tanto, hoy no se puede decir que la superación del pasado sea un asunto exclusivamente de la República Federal y solamente de importancia con respecto al pasado nazi. A lo sumo se podría decir esto en el sentido que la República Federal probablemente tiene la mayor experiencia en el trato de un pasado problemático y la herencia de un régimen criminal. Además, probablemente sea el único país cuya imagen fue acuñada a lo largo de seis décadas por el encaramiento con este pasado.

Las más importantes novedades desde el final del conflicto este-oeste se pueden resumir en seis puntos.

**El primero.** Como consecuencia de una doble memoria histórica del pasado, es decir, del trato con la dictadura parda y roja, la teoría del totalitarismo está nuevamente en auge, tanto en Alemania como en toda Europa. Se pueden reconocer diferentes niveles. Mientras que en el Occidente del continente el nacionalsocialismo es considerado, como antes, la mayor catástrofe posible, este aparece en la parte oriental como una catástrofe menos grave en comparación con el comunismo.

**Segundo.** El pasado nazi sigue siendo en Alemania el decisivo y fundamental hecho referencial negativo. Véase, por ejemplo, el Monumento al Holocausto en Berlín. Pero bajo la presión de la globalización de las memorias, el pasado nazi se convirtió en un argumento político para defender los derechos humanos. La denominación Auschwitz llegó a ser un passepartout, una legitimación para intervenciones militares, lo que quedó plenamente demostrado en la guerra de Yugoslavia. Como en la guerra de los Balcanes se trataba de impedir un genocidio, o bien un segundo Auschwitz, como se decía, el Ministro alemán de Exteriores, el verde Joschka Fischer, pudo convencer mayoritariamente, incluso a su partido verde-pacifista, para que se apoyaran las intervenciones militares.

**Tercero.** Si la política alemana de reparación a los perseguidos del régimen nazi había sido en tiempos del conflicto este-oeste una política a medias, ya que excluía al Este, después del cambio de época de 1989 a 1990 esta política se eliminó finalmente en el año 2000, concediendo reparaciones a los trabajadores forzados del Este en la época del Tercer Reich.

**Cuarto.** Ha habido en Alemania un cambio dramático en el debate sobre las víctimas. Hoy ya no se pone en duda que alemanes también fueron víctimas de la guerra iniciada por ellos. La conciencia de culpa alemana ya no impide tener presente experiencias propias y traumáticas de huida y de desalojo, o de la guerra de bombas.

**Quinto.** En Alemania misma se ha superado el patriotismo negativo, también como consecuencia del cambio generacional. Muy al contrario, hoy se puede hablar de una seguridad identitaria y de un patriotismo alegre de los alemanes. En este sentido, el llamado Cuento de verano del Mundial de fútbol en Alemania en el año 2007 no fue un acto aislado sino un síntoma de cambio.

**Sexto y último.** A diferencia del nazi, el dominio comunista de la República Democrática todavía no tiene un claro anclaje en la cultura política de la Alemania contemporánea. Todavía no ha sido asumido por la sociedad en su totalidad, sino que sigue siendo muy controvertido y con experiencias variadas.

Con esto llego al tercer y último apartado: lugares de memoria en las Alemanias.

En su introducción a la obra colectiva Lugares de memoria alemanes, los editores Etienne François y Hagen Schulze cuentan que cuando se pusieron a adaptar el concepto de Pierre Nora al caso alemán predominaron las dudas, ya que había que considerar las especificidades de la historia alemana, la realidad actual de Alemania y las cuestiones relacionadas con un público alemán. Y, a diferencia de Francia, en el caso alemán no se puede partir de un único canon cultural a nivel nacional, sino que más bien hay que considerar un gran número de rupturas, de interrupciones, de desarrollos divergentes, todo lo cual conlleva una multitud de lugares de la memoria contradictorios y dispares desde el punto de vista regional, confesional y político.

La victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial y los intentos aliados de desnazificación y de re-education deslegitimaron el nacionalismo alemán y la visión de la historia alemana virulenta en amplias capas de la población,



teniendo por consecuencia una crisis de identidad ya que prácticamente no había alternativas identitarias en la tradición de la cultura política alemana. El derrumbe del régimen nazi y la capitulación incondicional socavaron fundamentalmente el nacionalismo alemán como ideología política de integración.

La memoria alemana está fijada en el pasado reciente del siglo XX y los lugares de memoria casi nunca tienen una aceptación homogénea, sino que el acceso a ellos se caracteriza por su interpretación conflictiva. Prácticamente todos los debates sobre monumentos, símbolos, museos históricos, fiestas conmemorativas, etcétera, vienen acompañados de polémicas histórico-políticas.

En el foco de la historia alemana posbélica se encuentra la pregunta acerca de la identidad alemana. Prácticamente ningún tema de la política interna y externa pudo escamotear este debate, que se prolongó durante décadas. El resultado fue más o menos el entierro de la idea de un Estado nacional alemán. La República Federal se entendía a sí misma como una democracia postnacional entre Estados nacionales. La idea nacional se había disuelto en la visión de Europa. El núcleo de la identidad germano-occidental lo debía formar el patriotismo constitucional en la definición de Dolf Sternberger. También los críticos izquierdistas de la República Federal se identificaron bajo este signo con el Estado parcial de occidente, y esto más que nunca en el momento de la reunificación, cuando los germano-orientales mostraron su conciencia pangermánica.

Más que otros casos, el alemán tiene que ser contemplado de una manera abierta, hacia sus vecinos y hacia Europa, debido, por un lado, a las fluctuaciones de las fronteras étnicas, y por otro, a la multiplicidad de regiones y lugares en los que tuvieron que convivir a lo largo de siglos alemanes y no alemanes. Por eso, muchos lugares de memoria deben ser contemplados en cierta manera como lugares que alemanes comparten con otras nacionalidades. Mencionemos como casos paradigmáticos a Carlomagno, Versalles o Stalingrado.

Comparemos las diferentes culturas de la memoria en el proceso de unificación de los dos Estados alemanes. En el trasfondo de este proceso se encuentra la cuestión, discutida por Jürgen Habermas ya en los años 80, acerca de si sociedades modernas pueden llegar a desarrollar una identidad. La población de la antigua República Federal y la de la antigua República Democrática han

vivido en mundos muy diferentes y han tenido experiencias muy diversas. Esas diferencias caracterizan también la percepción de la actual Alemania reunificada. Y hasta hoy siguen repercutiendo en la población las diferentes culturas de la memoria desarrolladas en los dos Estados alemanes.

¿Cómo eran estas culturas de la memoria antes de la caída del Muro de Berlín? La República Democrática se entendía como primer Estado de obreros y campesinos en suelo alemán que había realizado el socialismo real. La RDA se había presentado primero como heredera del antifascismo y de las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero; más tarde, como heredera de todas las tradiciones progresivas; finalmente, como heredera de toda la historia alemana.

El desarrollo de la República Federal fue muy diferente. El orden democrático que integró tradiciones alemanas y europeas recibió el apoyo de la población de Alemania occidental, también por el exitoso desarrollo económico. Primero, la República Federal se veía como un fragmento provisorio, pero a partir de finales de los años 60 tuvo lugar un proceso de autorreconocimiento, y el desarrollo político-social de finales de los años 60 y principios de los 70 contribuyó a que retrospectivamente se hablara de una segunda fundación de la República Federal. Y si la República Democrática Alemana en un principio quizá había podido ser contemplada como una alternativa, esta visión se desvanecía cada vez más. Para la gran mayoría de los alemanes occidentales la RDA era un país lejano, desconocido y poco atractivo. Al antifascismo de la República Democrática, la República Federal opuso como seña de identidad desde los años 50 el antitotalitarismo.

En cuanto al pasado nazi, había una competencia desde diferentes posiciones. En la República Federal había múltiples diferencias entre las ciencias históricas y las culturas de la memoria, mientras la República Democrática se presentaba políticamente de manera homogeneizada. Fue una característica de la República Federal que de manera cada vez más intensa la época nazi, y ante todo el Holocausto, formaran el centro del interés historiográfico. En diferentes fases de la República Federal hubo debates sobre la época nazi y su importancia para el presente.

Las diferencias entre los dos estados alemanes eran grandes. Por un lado, la República Democrática proclamaba haber desarrollado un orden y una nación



socialistas, y por el otro, la República Federal se alejaba en los años 80 de la idea de un Estado nacional incompleto para acercarse a la idea de un Estado posnacional, cuya característica era el patriotismo constitucional. En el orden político-social, mercado y Estado social habían logrado formar una unión. La República Federal se definía como parte del mundo occidental, y la occidentalización de la cultura política era aceptada por grandes capas de la sociedad.

El cambio político del año 1989-1990 se realizó en dos fases. Primero, la caída de la dictadura comunista; después, la reunificación alemana. Los ciudadanos de la República Democrática dejaron caer a su Estado, mientras que los ciudadanos de la República Federal no veían ninguna necesidad de modificar su sistema. También este proceso de adhesión fue asimétrico. En 1989 casi necesariamente la imagen de la RDA se oscureció. Las informaciones que los ciudadanos iban adquiriendo en la fase del cambio de la llamada política de seguridad del Estado germano-oriental, de la Stasi, hizo imposible una defensa de la RDA. Por eso, en 1990 había poco empeño en trasladar supuestos logros de la RDA a la Alemania reunificada. La manera como se realizó la reunificación conllevó para muchos ciudadanos de la ex RDA que sus condiciones de vida cambiaran drásticamente, y muchos de ellos tuvieron serios problemas para adaptarse a las nuevas circunstancias. Muchos germano-orientales pronto se sintieron perdedores, no solamente de la historia, sino también del presente.

En 1989 no sólo se disolvió la RDA; también se volvió obsoleta la cultura de la memoria, con sus lugares conmemorativos y sus rituales. No todo desapareció. Tras algunos cambios, se mantuvieron los lugares nacionales de conmemoración, así como los lugares de la memoria del movimiento obrero. Hasta hoy sigue habiendo centenares de calles Thälmann, y anualmente se sigue honrando la memoria de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo con una marcha al cementerio de los socialistas en Berlín Friedrichsfelde. Pero en términos generales se puede decir que la cultura de la memoria de la ex RDA desapareció a lo largo de los años 90.

Después del cambio de los años 1989-1990 empezó el análisis crítico del sistema de la ex RDA, que ahora se interpretaba como una dictadura. En este contexto fue importante que ya antes se hubiera realizado un análisis crítico del pasado nazi. Del pasado del sistema comunista se ocupó la justicia y se

ocuparon otras instituciones estatales. Además, se instituyeron dos agencias importantes. Una, la Oficina del Encargado de los Documentos de la Stasi, cuyo primer presidente fue el actual Presidente federal Gauck, y las Comisiones de Encuesta del Parlamento alemán. La Oficina Gauck hizo posible que centenares de miles de alemanes pudieran revisar sus actas individuales archivadas en el Ministerio de Seguridad del Estado de la ex RDA. Y las Comisiones de Encuesta del Parlamento Federal clarificaron en los años 90 cuestiones fundamentales histórico-políticas, como las responsabilidades en el sistema comunista, la importancia de la ideología, el papel de la resistencia y de comportamientos de oposición, etcétera. Las Comisiones trataron de manera sistemática de analizar la historia y la estructura de la dictadura comunista y de encuadrarla en el contexto de la historia alemana. Principalmente, la importancia de las Comisiones reside en haber promovido discusiones en la sociedad y en los medios masivos. En los años 90 estas Comisiones fueron uno de los catalizadores de la cultura de la memoria.

En la primera mitad de los años 90, la historia de la ex RDA se convirtió también en un campo importante de trabajo de la investigación histórica. El acceso a un gran número de documentos provenientes del sistema comunista estimuló el interés por la historia de la RDA, que pronto recibiría más atención que la historia de la antigua República Federal.

En los primeros años se investigó ante todo el sistema de dominación comunista. La realidad histórica se contempló mayoritariamente bajo el signo de la polaridad. Polaridad de perpetradores y sistema político por un lado, así como de víctimas y opositores por el otro, lo que llevó a múltiples irritaciones por parte de antiguos ciudadanos de la RDA. Sólo poco a poco se focalizaron los espacios intermedios, evitando la dicotomía y resaltando más las diferenciaciones.

El análisis de la dictadura comunista y sus consecuencias en el fondo intensificó la asimetría entre Este y Oeste. La dictadura del Partido Comunista se discutía en primer lugar como segunda dictadura alemana, es decir, en cierta analogía con la dictadura nazi, y no como un sistema paralelo a la República Federal. Se puede decir que el proceso de análisis crítico de la dictadura comunista ha reforzado la asimetría que ya existía en el proceso de reunificación entre Alemania occidental y oriental. Pero lo que no se puede decir es que los germanos-occidentales hayan



establecido algo así como un tribunal sobre los germanos-orientales. Fueron iniciativas germano-orientales las que llevaron a la creación de instituciones para analizar las estructuras de dominación del Estado comunista. Al principio de este proceso se contemplaba la historia del Estado germano-oriental como un fracaso, mientras que la historia de la antigua República Federal aparecía como una historia exitosa. Sólo poco a poco los historiadores resaltaron aspectos positivos que tienen relevancia para la conciencia histórica y para la identidad de los alemanes en su país reunificado, por ejemplo, el levantamiento del 17 de junio de 1953 y, ante todo, el del otoño de 1989.

Si bien en el análisis de la dictadura comunista prevalecía un consenso antitotalitario, este análisis no fue un catalizador de la unificación; más bien se puede afirmar lo contrario. En este contexto hay que preguntarse por la importancia que tenía y tiene el período nazi para la Alemania reunificada. Tanto la RDA como la antigua República Federal se habían definido en oposición a la Alemania nazi, pero, como ya he dicho, había grandes diferencias entre el antifascismo de la RDA y la manera como se veía la dictadura nazi en la República Federal. Después de la reunificación se ha impuesto mayoritariamente la visión occidental, pues con la RDA desapareció también aquel antifascismo que había servido de ideología legitimadora, caracterizando a la Alemania comunista como heredera de la lucha antifascista.

La República Federal como Estado sucesorio del Tercer Reich hizo suya la responsabilidad jurídica y moral de la política criminal nacionalsocialista, pero al lema de que Auschwitz no debía repetirse se le añadió otro: nunca más otra guerra. Este postulado condujo a una explícita renuncia a intervenciones militares fuera del país. Por cierto, un lema que se ha violado repetidas veces en los últimos años.

En contra del temor expresado por muchos de que la Alemania reunificada podría desprenderse del recuerdo de la época del Tercer Reich, hay que constatar que el pasado nazi adquirió en los años 90 una importancia central para la memoria negativa de la Alemania reunificada. Hoy el pasado nazi está más presente que nunca en la conciencia pública alemana. Los grandes lugares de rememoración se encuentran en el centro de la cultura de la memoria. Hace unos años se inauguró, después de largas discusiones, el Monumento para los

judíos asesinados de Europa. Probablemente este Monumento no se hubiera realizado sin la reunificación, y menos en el lugar en el que se encuentra hoy, en el centro mismo de Berlín. Múltiples debates muestran que la época nazi sigue siendo, también en la Alemania reunificada, el tema principal en materia de política de la historia. Para la relación que tiene Alemania con esta época y sus crímenes es sintomática la conexión: cuanto mayor la distancia temporal tanto mayor la importancia para la actualidad.

El pasado nazi, con el Holocausto como su aspecto más importante, es pues central en la Alemania contemporánea para la conciencia de identidad alemana. Según parece, en Alemania no es posible la restitución de una conciencia nacional tradicional. Sobre el trasfondo de la historia, ante todo de la historia del Tercer Reich, se ha formado una conciencia histórica orientada a la democracia y la sociedad civil. Gran parte de la clase política alemana y de la población alemana han asumido que hay una relación entre aceptación de la culpa por crímenes pasados y la calidad de la democracia.

En conclusión rige, pues, una situación actualmente poco clara. Lo que sí parece claro es que no se puede esperar una conciencia identitaria nacional consistente o monolítica, y esto debido a lo complejo de la historia alemana, que se refleja en una multitud de culturas de la memoria. La sociedad alemana se ve confrontada con múltiples y contradictorias memorias. Por eso, la cultura de la memoria existe en Alemania sólo como un proceso contradictorio. Pero justamente por eso los alemanes podrían abogar por una cultura de la memoria europea, que no debe ni puede reemplazar las diferentes culturas nacionales de la memoria, sino integrarlas en un contexto comunicativo. Esto sería una cultura de la memoria capaz de desarrollar, junto a la diferencia, la conciencia de lo europeo, de lo que es común a Europa.

Muchas gracias.



2014  
Sociedadad

gizartea



## Mesa 2. “La sociedad vasca y el terrorismo: un análisis histórico, sociológico y político”

Modera: Txema Portillo (Profesor de Historia Contemporánea - UPV-EHU)

- **Izaskun Sáez de la Fuente** (Doctora en Sociología y Ciencia Política por la UPV-EHU)
- **Luis Castells** (Catedrático de Historia Contemporánea en la UPV-EHU)
- **Kepa Aulestia** (Analista político)



Para acceder al vídeo de esta ponencia:  
<https://goo.gl/Zd9qXe>

## ponencias



### IZASKUN SÁEZ DE LA FUENTE

Doctora en Sociología y Ciencia Política (UPV-EHU, 2001), es miembro del Centro de Ética Aplicada de la Universidad de Deusto, donde dirige el Máster Universitario en Ética para la Construcción Social y forma parte de su equipo de investigación sobre Ética aplicada a la realidad social - reconocido por el Gobierno Vasco- dentro de la línea “Conflictos y culturas de paz”. Es, asimismo, profesora del Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona.

Sus investigaciones muestran la convergencia entre la ética, la filosofía política y la sociología del hecho religioso a través de tres principales ámbitos de reflexión: la ética sociopolítica, la interculturalidad y la perspectiva de género. Entre sus publicaciones cabe destacar las siguientes: *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución* (Bilbao, DDB, 2002); *Conflictos, violencia y diálogo. El caso vasco* [con Galo Bilbao, Xabier Etxeberria y F. Javier Vitoria] (Bilbao, Universidad de Deusto, 2004); *La laicidad en los nuevos contextos sociales. Un estudio interdisciplinar* [con Galo Bilbao, Juan José Etxeberria y Xabier Etxeberria] (Santander, Sal Terrae, 2007); *Inmigración, identidades religiosas y diálogo intercultural* [con Joaquín Perea] (Bilbao, DDB, 2008); *Género e inmigración. Encuesta de Ikuspegi a la población extranjera 2007* (Vitoria, Gobierno Vasco, 2008); *La opinión pública ante la violencia de ETA. Una mirada retrospectiva* (Bilbao, Bakeaz, 2011); *Gesto por la paz: una historia de coraje cívico y coherencia ética* [con Galo Bilbao y F. Javier Merino] (Bilbao, Bakeaz, 2013).





Buenas tardes a todas y a todos. Agradezco a la Fundación que me haya invitado a participar en esta mesa redonda sobre la sociedad y el terrorismo.

Quería empezar con dos reflexiones para situar al público en el lugar desde donde voy a realizar mi intervención. Como pone en la transparencia, “el que olvida la historia está condenado a repetirla”, o, siguiendo a Mahatma Gandhi, “la más atroz de las cosas malas es el silencio de la gente buena”.

Aunque cada una de las tres personas que estamos en esta mesa vamos a abordar el fenómeno de las relaciones entre sociedad y terrorismo desde perspectivas diferentes, resultarán inevitables los solapamientos y probablemente las coincidencias en muchas de las cuestiones de las que vamos a hablar. Y lo digo porque cuando yo me refiero a la sociología entiendo esta disciplina en términos de sociología histórica y política desde claves éticas. Y bajo esta referencia he estructurado mi intervención en dos grandes partes, respondiendo a lo que la propia organización de estas jornadas me había pedido: a) de dónde venimos, es decir, el pasado; y b) dónde estamos y hacia dónde vamos, o sea, el presente y el futuro.

Para centrarnos en el pasado creo que nos podríamos remontar a dos fenómenos históricos que fueron significativos desde el punto de vista que ahora voy a comentar: el juicio de Burgos y el asesinato de Carrero Blanco. Entonces ETA reforzó su posición entre buena parte de la juventud vasca como símbolo de resistencia frente a una mitificada ocupación legitimada en el imaginario colectivo a través de los estados de excepción. Esta mentalidad antirrepresiva, bastante generalizada en el conjunto de la población, dificultaba ser consciente de la asunción acrítica de un mito que obstaculizaba la deslegitimación social del terrorismo. Este mito no es otro que el que distingue entre la existencia histórica de una ETA buena, la que luchaba contra el franquismo e hizo volar a Carrero Blanco en una situación definida in extremis, que había que superar de alguna manera, y de otra mala, la que ha desarrollado los actos durante la etapa democrática, cuando estos se han multiplicado exponencialmente.

Me vienen a la memoria las agudas reflexiones de Ana Rosa Gómez Moral sobre este asunto:

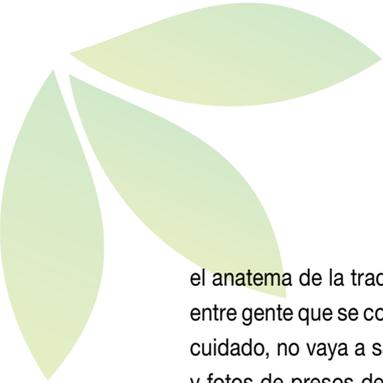
*“Resultaba sencillo caer en la trampa de la percepción, de la que no sólo la sociedad vasca y navarra, sino también gran parte de la sociedad española en general, fue presa, ya que no faltaron los aplausos a algunos atentados, como el de Carrero Blanco, con la falsa idea de que aquello era un acto por la libertad y no, como más tarde demostró, un intento de sustituir una tiranía por otra, una homogeneidad por otra, un ejército por otro. Quien más quien menos lanzó alguna vez su chaqueta al aire al escuchar en las verbenas el estribillo, ‘así voló, Carrero voló, así voló, muy alto llegó’. Se ve que cuando se comparte el objetivo es más fácil, si no arrojarse en sus brazos, sí al menos dedicar una sonrisa cómplice al asesino. O todos tenemos en la memoria la vileza de los fusilamientos de Txiki y Otaegi en septiembre de 1975, pero ¿alguno de nosotros se acuerda del nombre de las 16 víctimas mortales que causó ETA ese mismo año?!”*

Dominaba entonces la percepción de los activistas de ETA, y así aparecían en los sondeos de la época como idealistas y patriotas, o, en todo caso, se les consideraba como seres manipulados por otros, algo así como si sus acciones no reflejaran actitudes personales, directas, o como si se rebajara su responsabilidad compartiéndola con el entorno. De tal manera que en ese momento sólo un 20% de la población vasca les tildaba de locos o criminales. Estamos hablando de mediados y finales de los años 70.

El entorno radical dominaba el espacio público, condicionaba la vida cotidiana del conjunto de la ciudadanía y alimentaba la ideología de la violencia. Su capacidad de control social se veía con especial intensidad en los núcleos pequeños, donde sus redes monopolizaban todos los espacios de socialización. Una mera discrepancia política -en lugares donde determinadas opciones ideológicas sufrían

---

<sup>1</sup> Ana Rosa Gómez Moral (2013), Un gesto que hizo sonar el silencio, Bilbao, Gesto por la Paz.



el anatema de la tradición- se podía convertir en motivo de amenaza, incluso entre gente que se conocía de toda la vida o que era de la misma cuadrilla: “Ten cuidado, no vaya a salir tu nombre en *Egin*”. Proliferaban pancartas de apoyo y fotos de presos de ETA, continuas llamadas a la movilización y a la puesta en práctica de jornadas de lucha para la movilización juvenil. Manifestaciones continuas y multitudinarias y funerales y actos de homenaje en los que abundaban consignas a favor de ETA (*Gora ETA Militarra* o *ETA herria zurekin*), a la que se sacralizaba en su doble condición de héroe y mártir.

Una significativa mayoría de los miembros del autodenominado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) compartían determinados valores, lo que es muy importante desde el punto de vista sociológico. Desarrollaban relaciones intersubjetivas densas, participaban de esa subcultura activista y utilizaban pautas de socialización que coadyuvaban a la reproducción de un imaginario que necesitaba activar el control de las desviaciones para evitar que el hermetismo se rompiera. El MLNV constituía así una micro-sociedad autosuficiente y defensiva, donde la división entre la vida pública y la vida privada era muy tenue, por no decir casi inexistente. En la medida en que la hostilidad frente a esa comunidad crecía, la propia comunidad, desde una conciencia victimista, marcaba aún más los límites de la verdad perseguida, rechazando o filtrando aquello que viniera de fuera.

Mientras, las víctimas eran cosificadas o deshumanizadas utilizando al servicio de ese proceso previo al asesinato toda una serie de epítetos, como español, cipayo, traidor, chivato, *txakurra*, traficante de drogas, confidente policial... resumidos en el eslogan “algo habrá hecho para que le suceda lo que le sucede”. Cuando la violencia impregnaba la vida diaria en el País Vasco, cuando se lloraba a los muertos en silencio, esa expresión, “algo habrá hecho”, permitía exonerar, o al menos subestimar, la connotación violenta del asesinato, del secuestro o de la extorsión, y las víctimas se convertían en seres invisibles en una sociedad cómplice, indiferente, intimidada o falsamente neutral, que miraba para otro lado.

*“Lo peor -recojo de unas declaraciones de Cristina Cuesta- fue vivir en un ambiente social de justificación y de comprensión con aquel crimen que marcó y cambió nuestras vidas para siempre. Convivir entre pintadas de exaltación del terrorismo, cruzarnos cotidianamente con personas que hacían gala de ser amigos de los matones, soportar reacciones de miedo o cobardía de ciudadanos enfermos moralmente, soportar un ambiente de impunidad para el verdugo y de culpabilización para las víctimas, esconder nuestra condición de víctimas, no nombrar, no denunciar en alto².”*

Las continuas oleadas de atentados de la época fortalecieron un discurso que convertía en axiomático el argumento de que ETA era imbatible, la vía policial no era la solución y, por lo tanto, había que negociar con ETA. Y además, junto con eso, se fomentaba la naturalización social de un lenguaje plagado de eufemismos. Un lenguaje que lo que hacía era alimentar la ideología de la violencia subyacente. Voy a poner algunos ejemplos. Se hablaba de lucha armada, en lugar de terrorismo o asesinato. A ETA se la denominaba organización, en lugar de organización terrorista. Se hablaba de acciones armadas o de expresiones de un conflicto político pendiente de solución, en lugar de asesinatos, secuestros o extorsión. Se hablaba de violencia de respuesta frente a la violencia estructural del Estado, en lugar de uso ilegítimo de la violencia frente al uso legítimo por parte de quienes tienen su monopolio. Se decía españoles o *españolazos*, en lugar de enemigos. Se hablaba de impuesto revolucionario, en lugar de extorsión económica. Y se hablaba de jornadas de lucha, en lugar de jornadas de intimidación social.

La proliferación de atentados indiscriminados, la consolidación de las instituciones democráticas a través del Pacto de Ajuria Enea y la incipiente aparición de sectores antiviolencia nos sitúan en un escenario en el cual a finales de los 80 ocho de cada diez vascos reconocían que la violencia no era necesaria para

---

<sup>2</sup> Cristina Cuesta (2000), *Contra el olvido. Testimonios de víctimas del terrorismo*, Madrid, Temas de Hoy, p. 462.



conseguir objetivos políticos. Una afirmación de la que sólo se desmarcaba el electorado de Herri Batasuna. Es verdad que nacionalistas y no nacionalistas compartían un índice prácticamente exiguo de apoyo, pero les diferenciaba el peso de las legitimaciones indirectas. Dos tipos de legitimaciones distintas. Una, la cuestión “fines sí, medios no”, que remitía a la denominada teoría del contexto: aunque los métodos resultaban condenables, los objetivos que subyacían a las acciones armadas eran positivos o deseables; o dicho de otro modo, la violencia era consecuencia de un conflicto político que había que resolver. A su vez, el binomio entre el pasado y el presente se fundamentaba en esa peligrosa diferenciación a la que he hecho alusión al principio de mi intervención entre una ETA buena y una ETA mala.

La caída de la cúpula de la banda terrorista en Bidart, a principios de los años 90, hizo verosímil por primera vez la derrota policial de ETA. En ese marco, la mayoría de los que estamos aquí recordaremos que la organización terrorista y su entorno se decantaron por la fórmula de la “socialización del sufrimiento” con objeto de implicar al conjunto de la sociedad y evitar que el conflicto se terminase convirtiendo en una especie de guerra entre activistas de la banda y policías. Haciendo uso de la violencia callejera o kale borroka como instrumento privilegiado, la “socialización del sufrimiento” se dotó poco a poco de una cobertura ideológica, resultando rentable y creíble en varios frentes. Uno, la persecución y asesinato de cargos públicos no nacionalistas. Sabemos que el de Gregorio Ordoñez en 1995 representó un punto de inflexión en ese sentido. Otro, el acoso al mundo del periodismo y a los medios de comunicación, a profesionales del ámbito académico, de la judicatura, etcétera. Pero también la intimidación, y yo creo que desde el punto sociológico es muy importante, pretendidamente dirigida al conjunto de la sociedad, desde la perspectiva de que nadie iba a poder quedar al margen del “conflicto” que atravesaba Euskal Herria, con el objetivo explícito de que la ciudadanía se sintiera lo suficientemente incómoda como para que intentase presionar a los representantes políticos y que estos hicieran algo al respecto. Una estrategia que se intensificó con las movilizaciones contra los secuestros y después del fracaso de la tregua de 1998.

Recuerdo las palabras de Pedro Luís Arias cuando decía que “su forma de socializar”, hablando de la “socialización del sufrimiento”, “es utilizar no solamente el tiro en la nuca o el bombazo, sino también toda esa dinámica que es la barricada, que es el cóctel molotov, que es romper un escaparate, que es bloquear un barrio, sobre todo los barrios antiguos, por su configuración urbanística, que los efectos los suframos cuantos más, mejor<sup>3</sup>.”

Aunque desgraciadamente las concentraciones contra los secuestros fueron siempre protagonizadas por una minoría, el lazo azul adquirió durante los secuestros de mediados de los noventa una cierta capacidad socializadora fruto de la intersección entre el ámbito político, a través del Pacto de Ajuria Enea, y el ámbito social, liderado en este momento ya por Gesto por la Paz. Incluso aparecían, si recordamos, lazos en prensa, y quienes presentaban los informativos los llevaban puestos. Semejante reacción, y el hecho de que los propios trabajadores de las empresas de las personas secuestradas se convirtieran en los máximos deslegitimadores de los secuestros, le pilló a ETA y a su entorno con el pie cambiado. Les sorprendía y les preocupaba porque su hábitat privilegiado de expresión y de control era la calle. Y reaccionó, como todos sabemos, con intentos de reapropiación por la fuerza, con esas contramanifestaciones, donde se justificaban los secuestros y frente a la reclamación de la libertad de una persona se reclamaba la libertad para Euskal Herria.

Con la intensificación de la violencia en la calle llegaron momentos de verdadera tensión. El crecimiento de jóvenes detenidos por su presunta implicación en estos actos y la incorporación de un número significativo de ellos a la cantera de ETA mostraron desde el punto de vista sociológico la reproducción de la subcultura de la violencia entre jóvenes que habían interiorizado de sus mayores, incluso de sus propios progenitores, esa consigna de “iraultza ala hil” y “aberría ala hil” [“revolución o muerte” y “patria o muerte”].

---

<sup>3</sup> Cfr. Izaskun Sáez de la Fuente (2013), “El drama de la violencia de persecución en el País Vasco” en Galo Bilbao, F. Javier Merino e Izaskun Sáez de la Fuente, Gesto por la Paz. Una historia de coraje cívico y coherencia ética, Bilbao, Bakeaz, p. 169.



Proliferaban los escoltas -aquí hay personas que han sufrido esa situación- y poco a poco se produjo el atrincheramiento de los cargos públicos. Las consecuencias de lo que Gesto por la Paz denominó “violencia de persecución” fueron mucho más allá del asesinato, pero la sociedad en general, y los partidos políticos no directamente afectados, difícilmente la percibían como tal en toda su intensidad. Los testimonios de las personas amenazadas revelan hasta qué punto la violencia de ETA y de su entorno provocó una inversión de las categorías éticas entre víctima y victimario. Porque la sociedad asumió y reprodujo prejuicios inconscientes, como la tendencia a menospreciar determinadas profesiones o a ignorar, o incluso a descalificar, a quienes las ejercían, adoptando estereotipos de menosprecio que relativizaban el sufrimiento de las víctimas y que dificultaban tanto el desarrollo de actitudes empáticas hacia ellas como la deslegitimación social del terrorismo. Porque la mayor perversidad ética consiste en interiorizar, asumiendo la propia lógica de la violencia, que quienes están perseguidos tienen alguna culpa de lo que les pasa.

Testimonios como los de Ana Urtxuegia, en ese momento alcaldesa de Lasarte, ejemplifican la plausibilidad del síndrome de la transparencia, en función de la cual las personas amenazadas resultaban invisibles para la mayoría de la población, y la vida de nuestros pueblos y ciudades continuaba prácticamente igual, a pesar de quienes experimentaban cotidianamente el maltrato y la limitación de su libertad. Ana Urtxuegia decía:

*“Llevo ya muchos años con la estrella de David prendida en el pecho. Son muchos los compañeros que sienten cómo nadie se detiene a hablar con ellos, que no les saludan, o que lo hacen tímida y apresuradamente. El llevar prendido en el pecho el símbolo de la muerte te hace invisible para la inmensa mayoría. Como en la Alemania nazi, nadie huele los hornos crematorios. Somos gentes sencillas, del pueblo, a las que nos han cortado las alas, y mientras la vida sigue en Euskadi. Seguimos creciendo económicamente, somos una sociedad bastante rica, la gente se pasea con normalidad, los campos se llenan, y las manifestaciones por los asesinatos por ETA se vacían. Seguimos siendo transparentes<sup>4</sup>.”*

En ocasiones el establecimiento de esa especie de distancia de seguridad o de “cordón sanitario” con la persona perseguida se realizó también desde un supuesto *buenismo*, que instaba a rendirse, al abandono, cuando la solidaridad debería haberse fundamentado en el apoyo a la labor, fuera esta cual fuera, que la persona amenazada estaba desempeñando.

La dinámica frentista entre nacionalistas y no nacionalistas, que arranca con el frente soberanista de Lizarra tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco y la explosión del “espíritu de Ermua”, se visibiliza con extrema crudeza en algunos acontecimientos que contextualizan el ámbito social al que me estoy refiriendo, como la manifestación posterior al asesinato de Fernando Buesa y su escolta, las elecciones autonómicas de 2001, los rifi-rafes en torno a la Ley de Partidos y las ilegalizaciones, las decisiones políticas y judiciales que ocasionó el Nuevo Estatuto Político para la Comunidad de Euskadi, etcétera, etcétera, etcétera.

Precisamente el rosario de ilegalizaciones influyó significativamente no sólo en la política, sino también en la sociedad vasca. La principal consecuencia no querida de esas ilegalizaciones fue que los amenazados sufrieron todavía una persecución con mayores dosis de virulencia; algunos pasaron de tener un escolta a tener dos. La paradoja consistía en que el entorno del MLNV se afanaba en denunciar el supuesto “*apartheid* jurídico-político” del que estaba siendo objeto, mientras utilizaba la presión y la violencia para combatirlo.

Cuando ETA declaró un alto el fuego definitivo se dibujó una coyuntura radicalmente distinta a la de treguas anteriores. No había procesos negociadores en marcha y los gobiernos central y vasco, bajo la atenta mirada de las víctimas, parecían decididos a mantener la presión policial. Fue el propio entramado del MLNV, que ya había sufrido crisis internas anteriores, quien, consciente de que a medio plazo no le quedaba otro remedio si quería garantizar su supervivencia política, demandó ese “alto el fuego permanente e internacionalmente verificable”.

---

<sup>4</sup> Ana Urtxuegia (2002), “Una estrella de David prendida en el pecho”, Bake Hitzak, 46, pp. 38-39.



¿Y ahora dónde estamos? Me pregunto por el presente y por el futuro. Teniendo en cuenta que a mí me corresponde la parte sociológica, voy a hacer una revisión de cuál es el estado de opinión de la población en relación a algunas de las cuestiones que hoy en día están sometidas al debate público y mediático.

Para la ciudadanía vasca la violencia hoy no es un problema. Se trata de un dato que consolida una tendencia, advertida ya en los sondeos desde el año 2010. Además, algo más de la mitad de la población cree que la predisposición de ETA y de su entorno a poner fin a la violencia es real, y un porcentaje ligeramente inferior opina que la izquierda *abertzale* estaría dispuesta a aceptar las reglas del juego democrático; la discrepancia entre nacionalistas y no nacionalistas en este terreno, entre simpatizantes y votantes de uno y otro signo, es bastante significativa. Pero hay otro dato que a mí me parece todavía más interesante -sobre todo si comparamos las cifras que encontramos ahora con las que, por ejemplo, analizábamos en la segunda mitad de la década de los 90-: la percepción generalizada por parte de la población de que existe un clima de libertad para hablar de política con todo el mundo. Y ha disminuido significativamente también, incluso en el sector no nacionalista, el miedo a participar en actividades relacionadas con la política.

Buena parte del debate público actual se centra en quién tiene que hacer qué y cómo en la cuestión de la paz y de la convivencia en Euskadi. ¿Qué sabe la ciudadanía del Plan de Paz y Convivencia del Gobierno Vasco? Poco, por no decir nada, a pesar del rífi-rafe político y mediático que ha provocado, no solamente por las medidas que contiene el plan, sino también por la continua alusión en el mismo a “víctimas de todas las violencias”. En cambio, si se le concretan cuáles son las medidas u objetivos que el Plan contiene, entonces la población comparte, más o menos, algunos de sus principales objetivos: investigar en profundidad las denuncias por torturas, potenciar y completar el proceso de reconocimiento y reparación de las víctimas del terrorismo, y establecer una interpretación del pasado reciente compartida por todos.

Los temas que tienen que ver con los presos provocan, al igual que en el ámbito político, profundas discrepancias entre la población. Casi la mitad de la población vasca aboga por el cumplimiento íntegro de las penas, pero privilegiando la fórmula del acercamiento y, por lo tanto, la ruptura con la dispersión como

política penitenciaria. Entre las personas que defienden procesos de amnistía adquiere una especial fuerza la opinión de quienes se las otorgarían a los presos arrepentidos que no tengan delitos de sangre.

Al calor de informes como el del Ararteko en el año 2009, donde se insistía en la persistencia de actitudes legitimadoras de la violencia en la juventud vasca, el Ejecutivo autonómico, entonces en manos socialistas, puso en marcha, no sin polémica, una iniciativa con un pretendido alcance pedagógico: la introducción de testimonios de víctimas en las aulas. ¿Cómo valora la ciudadanía vasca eso hoy? Es una iniciativa que cuenta con el apoyo de los votantes del PSE y del PP y en menor medida del PNV. Las bases de EH-Bildu y de UPyD la rechazan, pero por razones diametralmente opuestas. La autodenominada izquierda *abertzale* la invalida. ¿Por qué? Porque considera que no van a estar presentes todo tipo de víctimas para reflejar su relato sobre lo ocurrido en Euskadi, de acuerdo a esa falaz teoría de los dos bandos enfrentados en un conflicto bélico. Y UPyD denuncia la perversión que tales encuentros pueden alimentar si terminan equiparando víctimas y verdugos. Los centros escolares que han participado en experiencias como estas las valoran positivamente, sobre todo por el alcance pedagógico para las nuevas generaciones. Lo cual, evidentemente, no obsta para estar alerta sobre cualquier intento que haya de adulterar los contenidos éticos del programa o su uso partidista.

Otra iniciativa relevante en este terreno que también ha suscitado una polémica mediática importante ha sido la de los encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA. La mitad de la ciudadanía vasca valora su contribución a la normalización política. Pero es verdad que también provoca una fractura importante, de tal manera que esos encuentros son respaldados mayoritariamente por EH-Bildu, PNV y PSE, y rechazados por UPyD. Los votantes populares muestran una profunda división de opiniones.

¿Cómo puntúa la ciudadanía vasca el comportamiento de las fuerzas políticas y de las instituciones? Lo crítica con dureza. Es una crítica que resulta estrepitosa cuando se valora a colectivos no nacionalistas. Según datos extraídos del Deustobarómetro, las asociaciones no suscitan mayor entusiasmo, pero el descrédito recae sobre todo en el entorno de los presos de ETA y en la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT). Esto invita a una reflexión de carácter ético-



político. El riesgo, a mi juicio, radica en que puede penetrar en el inconsciente colectivo una simbiosis entre representantes de las asociaciones y víctimas, y, a su vez, una malévolas diferenciación de las víctimas en dos categorías, las “buenas”, entre comillas, porque ayudan al proceso de paz, y las “malas”, también entre comillas, aquellas que a juicio de demasiada gente lo único que hacen es obstaculizarlo y por ello deben ser invisibilizadas. La labor del Gobierno Central sufre el varapalo de todos, incluso de sus propios votantes. Y el Gobierno Vasco recibe un tratamiento más benévolo, sobre todo por parte de las bases del PNV y del PSE.

¿Qué hacemos con todos estos datos? Yo creo que no invitan a la complacencia. Demandan liderazgo institucional y consensos, señalando como potenciales ejes de los mismos el derecho de todas las víctimas a la verdad, a la justicia y a la reparación, la búsqueda de una memoria compartida y el acercamiento de presos para que cumplan sus condenas cerca de su lugar de residencia. Eso es lo que se desprende de las encuestas. Ahora bien, desde una perspectiva crítica, diría que ninguna de esas iniciativas debe suponer la tentación de pasar página y de hacer creíble para el conjunto de la ciudadanía y de sus generaciones más jóvenes un relato que al confundir a las víctimas con los victimarios, en un equívoco mando de responsabilidad colectiva, desvele profundas fallas éticas. No debe quedar margen, como desgraciadamente creo que hoy lo hay, para la asunción del discurso de algunos representantes políticos e institucionales sobre la necesidad de que todos reconozcamos haber cometido errores, haciendo uso de una cierta equidistancia que, consciente o inconscientemente, puede facilitar la exculpación de quienes han cometido crímenes, y que eso cale en la sociedad. Pongo un ejemplo. Las reacciones de aplauso por parte de la izquierda *abertzale* hacia el comunicado de ETA que se hizo público en pleno periodo estival donde la organización terrorista defendía la continuación de su existencia como organización civil o “actor político”. Actitudes de este tipo demandan repuestas firmes porque una organización terrorista carece de posibilidades de reconversión democrática.

La base de cualquier acuerdo es una paz sin condiciones, garantista de la mirada de las víctimas y vacuna contra el relativismo ético. Es decir, creo que la deslegitimación de la violencia y la restauración de la convivencia demandan que las víctimas y su testimonio se erijan en ese símbolo público transversal

y prepartidista, de una paz sin amnesia, al margen de los posicionamientos políticos concretos de cada uno, siempre y cuando -por eso pongo un pero- se sea consciente de que muchas de las múltiples victimizaciones sufridas han tenido que ver, o han estado directamente relacionadas, con la profesión desempeñada, con la posición ideológica defendida, o con ambas cosas a la vez.

La ciudadanía debe estar atenta y profundizar en la deslegitimación de cualquier discurso nihilista, exculpatorio, contextualizador o contemporizador de la violencia ejercida durante décadas. Y para ello creo que queda mucho por recorrer porque, como Aurelio Arteta subraya, “no basta con dejar de asesinar, o de funcionar como cómplice para ser demócratas. Todavía hace falta desprenderse de creencias pre y antidemocráticas que se han rebatido hasta el cansancio<sup>5</sup>.”

Precisamente, el entorno sociológico y político del MLNV no parece dispuesto a emitir un juicio ético autocrítico, cuando además socialmente se corre el peligro de que cale ese eufemismo equidistante al que hacíamos referencia antes, el de una paz sin vencedores ni vencidos, y la consideración del propio entramado radical como agente determinante de una situación de no violencia. El aval que está consiguiendo en las urnas ha podido frenar también la asunción de responsabilidades. Se han dado ciertos gestos de acercamiento a algunas víctimas, pero de forma individual, tibia y mediatizada por la filiación ideológica de la persona asesinada, o el posicionamiento de sus familiares o asociaciones frente a la situación actual. Renunciar al uso de la violencia ha supuesto la socialización en la propia izquierda *abertzale* de una consigna explícita respecto al cese de las estrategias de acoso y de intimidación. De ahí que algunos conatos de violencia callejera que han protagonizado sectores disidentes hayan sido interpretados desde sus propias filas como hechos incompatibles con la situación actual, porque no contribuyen -y cito entre comillas- “a la resolución del conflicto”. Creo que ese desmarque del acoso en todo el entramado ha sido más utilitarista e instrumental que cognitivo y ético. Quizá eso haya podido ser más fácil en la medida en que el MLNV forma parte de las entrañas de nuestra propia sociedad ya que dispone de una sociología que está muy integrada en nuestro entorno.

---

<sup>5</sup> Aurelio Arteta (2012), *Tantos tontos tópicos*, Barcelona, Ariel.



## LUIS CASTELLS

Donostia-San Sebastián (1951). Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Salamanca (1976), obtuvo el Doctorado en la Universidad Complutense de Madrid (1984). Desde 1993 es Catedrático de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad del País Vasco (Leioa, Bizkaia). Es cofundador y miembro del Consejo del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda.

Su investigación se enmarca en varias líneas de actuación: procesos de modernización en el País Vasco, formación y desarrollo de la clase obrera en el País Vasco, la II República en Euskadi, las burguesías vascas, vida cotidiana en España, e identidades y autonomía. En este sentido, ha participado en numerosos proyectos de investigación financiados por la UPV-EHU y el Gobierno Vasco, siendo los más recientes “Proceso de nacionalización en el País Vasco”, “Memoria y víctimas en el País Vasco contemporáneo”, y “La dimensión social del proceso histórico en el País Vasco contemporáneo”.

Ha participado realizando ponencias y comunicaciones en congresos nacionales e internacionales, destacando los cursos de verano de la Universidad del País Vasco, los de la Universidad Complutense de Madrid o los de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Autor de varios libros y artículos, entre los que destacan: *Los trabajadores en el País Vasco. 1876-1923*, Madrid, Siglo S. XXI, 1993; *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración 1876-1915*, Madrid, Siglo XXI, 1987; *Fueros y conciertos económicos*, San Sebastián, Haramburu, 1980; “*La historia del terrorismo en Euskadi, ¿entre la necesidad y el apremio?*”, en *Construyendo memorias. Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*. (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013), pp. 210-248.



## La visión desde la historia. Las ventanas cerradas.

Siguiendo lo señalado por la organización, mi intervención se va a centrar en una referencia histórica a la actitud de la sociedad vasca frente al terrorismo, que obligadamente será superficial por cuestiones de tiempo. También por razones de espacio me voy a ceñir al período que se inicia en 1977, con las primeras elecciones democráticas, y recorre la etapa democrática hasta el fin de la actividad de ETA.

A la hora de abordar la cuestión propuesta me he encontrado con una cierta dificultad, primero por la propia sensibilidad que genera el tema. La cuestión de las víctimas suscita reacciones en clave emotiva, de afinidad, de simpatía hacia ellas, sentimiento legítimo que, sin embargo, ha de ser subordinado al obligado distanciamiento que debe asumir el historiador si quiere ser riguroso en el ejercicio de su profesión. Simultáneamente, también es un ejercicio de historia reciente, con lo que ello supone de dificultad añadida. Vamos a comentar sucesos y acontecimientos que muchos de ustedes han vivido y de los que tienen, por tanto, una referencia inmediata. Es, pues, una etapa propicia para que se produzca esa tensión entre historia y memoria, esa relación a veces no coincidente entre historiador y testigo, este proyectando su recuerdo personal, aquel obligado a contextualizar y a dotar de sentido los hechos que narre, chocando en ocasiones con recuerdos personales, a veces parciales e incompletos.

En cualquier caso, el punto inicial del que parto en esta ponencia es uno de los varios mantras que hoy en día operan en el País Vasco, una suerte de estereotipos más o menos aceptados que actúan como efecto placebo. En este caso ese mantra es la idea de que la derrota de ETA, su renuncia a las acciones violentas, se debe en buena medida a la movilización de la sociedad, y en concreto de la sociedad vasca. Es una idea que se repite en ciertos medios, y que tiene en Jonan Fernández, Secretario General de la Dirección de Paz y Convivencia del Gobierno Vasco, a uno de sus defensores más conocidos, señalando estas continuadas e importantes demostraciones de los vascos contra la violencia como base de tal consideración. A este respecto resulta significativo que sean precisamente los ámbitos que menos han padecido el acoso del terrorismo los

que simpatizan con esta posición. Frente a esta idea, lo que de forma pertinaz narran las víctimas es lo contrario a esta visión dulcificada y complaciente, incidiendo en el aislamiento social en el que han vivido durante muchos años, así como en la limitada respuesta de la sociedad vasca.

En lo que yo voy a exponer hay aspectos que ya se han comentado a lo largo de la sesión y que me temo voy a repetir. Como tesis general voy a sostener que la postura de la sociedad ante ETA, como expresión principal del terrorismo, ha tenido diversas etapas. Hay una primera fase, terrible, en la que las acciones de ETA inundan la vida pública sin apenas reacción social: son los años de plomo que se extienden desde la segunda mitad de los 70 y recorren los 80. A esta dolorosa etapa le sigue otra que transcurre durante los 90, en los que va tomando cuerpo una cierta respuesta por parte de la sociedad, reflejo de un hastío hacia ese terrorismo cada vez menos selectivo. La reacción del radicalismo *abertzale* fue inmediata, acentuando su presión intimidatoria con el fin de evitar que la sociedad pudiera expresarse en libertad, para lo que pusieron en funcionamiento lo que nuestro amigo Txema Portillo denomina el *Gran Miedo*, o dicho en sus propios términos, la “*socialización del sufrimiento*”. Esa generalización del terror a través de la *kale borroka* y la extensión de la amenaza como factor cotidiano forzaron un reflujo de esa movilización, que tuvo sin embargo un punto de inflexión con el secuestro y posterior asesinato de Miguel Ángel Blanco. Es conocida la respuesta del mundo nacionalista con la firma del acuerdo de Estella-Lizarrá, que ahondó la división de la sociedad vasca y dio aliento a ETA. Ello no fue óbice para que con el nuevo siglo la desafección de la sociedad vasca hacia la organización terrorista se fuera haciendo más explícita, las demostraciones en su contra más numerosas, a la par que se derrumbaban el mito de la invencibilidad de ETA y la idea de que la única vía para su neutralización era la negociación política. A la par, el péndulo cambió y ya no otorgaba prestigio social aparecer apoyando o mostrando comprensión con la violencia etarra.

Para situar la exposición, señalaré como elemento previo que el marco cronológico comienza con las primeras elecciones democráticas realizadas en junio de

1977. Cualquier estudioso que se acerca a ese período percibe a través de las medidas adoptadas la intensidad del cambio que se vivió en aquellos años en Euskadi: además de las elecciones en junio, en octubre de ese mismo año se promulgó la ley de amnistía, concebida fundamentalmente para clausurar el tema ETA, se estableció un gobierno preautonómico en Euskadi, cerrándose esta etapa con la llegada del Estatuto en diciembre del 79. Hubo así dos pilares sustanciales que reflejaban ese nuevo tiempo democrático, ejerciéndose por un lado la soberanía popular, de manera que la población pudo elegir y optar políticamente, en tanto que por otro el país se dotaba de una nueva organización territorial en la que Euskadi veía constitucionalizada su singularidad.

Como ya ha sido expuesto en varios trabajos, la reacción de ETA ante la llegada de la democracia fue incrementar de una manera brutal su actividad terrorista. Así, viendo el número de asesinatos cometidos por ETA desde 1968 a 2010, destaca su relativa baja actividad criminal con resultado de muerte durante los últimos años del franquismo, y el incremento que, como contraste, se produjo durante los primeros de la transición. En el gráfico que les muestro queda patente esa evolución y la intensificación de las acciones terroristas de ETA cuando estaba tratando de asentarse la balbuciente democracia española. En concreto, entre los años 1968 y 1975 ETA cometió 45 asesinatos, en tanto que entre 1976 y 1982 fueron 375 las víctimas mortales, con un pico en esos años de plomo (1978-1980) de 246 muertes. ETA ha sido pues una organización cuya mayor actividad se produjo durante la democracia, y contra ella dirigió toda su presión totalitaria.



Las víctimas escogidas por ETA para sus asesinatos no eran producto del azar. Bien es verdad que ha existido lo que en su delirante terminología denominaban *errores técnicos*, que eran asesinatos imprevistos consecuencia de sus acciones violentas, pero en buena parte de los casos las personas escogidas lo eran por alguna consideración política de su parte. En una primera etapa, hasta prácticamente el año 1995, los asesinados son personas uniformadas, bien miembros de las fuerzas de orden público bien del ejército, añadiéndoseles un tercer grupo de civiles considerados como *txakurras* (perros), término que no era sino una forma de deshumanizar a sus víctimas, de *cosificarlas*, poniéndoles un apelativo insultante y despreciativo. Fue en este período en el que se popularizó esa expresión de *algo habrá hecho*, con el que el mundo de los violentos justificaba los asesinatos o los atentados inexplicables. Era un artificio semántico que reflejaba la atmósfera en que vivía la sociedad vasca: no había garantías para los ciudadanos y era ETA la que decía quién podía ser libre y quién no, quién podía vivir y quién no. Era una estrategia en la que se jugaba con la idea de que esas víctimas eran ajenas a la sociedad vasca, desarraigadas, pues representaban simbólicamente a la nación española que estaba oprimiendo a Euskadi y por tanto eran merecedoras de ese castigo.

En este sentido, el panorama que va a ofrecer el País Vasco hasta los primeros años 90 en relación con la situación de las víctimas es absolutamente desolador. No hay respuestas sociales sostenidas, no hay tampoco apoyo a esas víctimas; incluso se puede asegurar que, en la realidad, no existían como tal categoría. Los asesinados eran despedidos en su mayor parte en actos semiprivados, con una escasísima presencia de público, y a esa ausencia social había que añadir en ocasiones la ausencia institucional. Frente a este escenario, contrastaban los ceremoniales que se producían con ocasión del fallecimiento de militantes de ETA, que eran despedidos en olor de multitudes en sus localidades. Sus funerales eran oficiados por los párrocos locales, que muchas veces exaltaban la figura de esas personas muertas, reforzando esos lazos comunitarios que vinculaban a la población con la causa de ETA. Sectores de la Iglesia vasca contribuían así a través de la liturgia religiosa a ese proceso de sacralización de ETA, cuyos militantes muertos llegaron a ser presentados como mártires que entregaban su vida por una causa justa. Tal cosa sucedió, por ejemplo, en mayo de 1978, en el funeral de dos presuntos miembros de ETA fallecidos tras





un enfrentamiento con la guardia civil, celebrado en Durango por el vicario de la zona, que transmitió el pésame del Obispo de la diócesis, siendo acompañado en la ceremonia por el párroco de la localidad y un jesuita. En su homilía el vicario señaló que *cada vez que se mata a una persona de forma violenta, es como si se matara a Cristo*.

La versión edulcorada de nuestra historia que comentábamos al comienzo no coincide con esta interpretación y en favor de su tesis hay que señalar que en aquellos años también se produjeron manifestaciones de gran calado en Euskadi que mostraban la repulsa hacia la violencia de ETA. Destacó, en especial, la habida tras el asesinato del ingeniero José M<sup>a</sup> Ryan, en febrero de 1981, que suscitó una huelga general con un amplio seguimiento y masivas manifestaciones en las capitales vascas, considerándose que la de Bilbao reunió a 100.000 personas. Asimismo el asesinato de otro ingeniero de Lemóniz, Ángel Pascual, en Bilbao, en el año 1982, congregó alrededor de 40.000 personas. También muy concurrida fue la manifestación contra el asesinato del militar Martín Barrios, a instancia de varias formaciones políticas (octubre 83), que reunió a cerca de 100.000 personas en Bilbao, tras una pancarta con una consigna clara: *Con el pueblo contra ETA*. Como luego comentaré, en tales concentraciones no era habitual esta mención expresa a ETA. Incidentalmente hay que apuntar que las cifras que exponemos, recogidas de la prensa de la época, hay que tomarlas con cierta cautela pues no es raro encontrarse con estimaciones muy dispares entre unas fuentes y otras; no obstante, son útiles para graduar la dimensión que tenían algunas de aquellas protestas.

Pero la significación de estas manifestaciones -como vemos, importantes en términos cuantitativos- quedaba diluida cuando bajamos el peldaño y observamos la situación cotidiana, el día a día que vivían las víctimas, los amenazados o aquellos que públicamente se atrevían a desafiar a ETA y a su mundo. Pues bien, partiendo del diferente sufrimiento que padecieron tales colectivos, lo cierto es que no contaron en aquellos años a que nos referimos (70-80) con apoyo social, no eran reconfortados pública ni privadamente, situación que se hacía muy dolorosa en el caso de los familiares de las víctimas, invisibles para la mayoría y desprovistas de cualquier atención pública. Su sacrificio no era tenido en cuenta por unas instituciones que tras un breve consuelo las olvidaban rápidamente y, sobre todo, por buena parte de una sociedad vasca que prefería

ignorarlas y de paso evitar interrogarse sobre su conducta ante esas víctimas o ante la violencia que había generado ese daño. Era lo que tantas veces se ha dicho de una doble muerte: primero la física, luego la del olvido.

Son innumerables los relatos que hoy nos resultan terribles porque nos hablan de ese vacío social, como el que padeció Susana García, hija de Jesús García, un hostelero de 43 años que mataron en Baracaldo en 1980, tras meses de amenazas y acusaciones de ultraderechista: *Nadie en el instituto me volvió a dirigir la palabra en el año y medio que aguantamos en el pueblo antes de que nos marcháramos; bueno, nos echaran. El único amigo que me quedó fue mi hermano. Yo tenía 14 años*. O el hijo de un policía municipal de Oñate, asesinado ese mismo año, y al que en su empresa de doscientos trabajadores sólo dos se le acercaron para darle el pésame. O lo que nos cuenta Ana Aizpiri, periodista que trabaja en EITB, cuyo hermano fue asesinado en 1988 en Éibar y que señalaba que, tras denunciar la connivencia entre ETA y HB, *yo perdí a la mayoría de mis amigos. No sentí cercanía, ni un sentimiento de empatía hacia mí. O el hermano de Baglietto, asesinado en 1980: A muchos amigos les eché de menos en el funeral (en Azcoitia), no se atrevieron a ir por cobardía, prefirieron mirar para otro lado; en ese momento las víctimas eran enterradas casi en la clandestinidad. Eran doblemente asesinadas, primero las aniquilaban físicamente, después la sociedad vasca las miraba mal, acusándolas de ser cualquier cosa, un chivato, un confidente de la policía*. O, por último, lo que declaraba la hija de Díaz Arcocha, asesinado en 1985, sobre lo que vivió en San Sebastián: *Al día siguiente del atentado de mi padre nadie se acercó a hablar con nosotros. Algún vecino le dio el pésame a mi madre. Yo pertenecía al Colegio de Psicólogos, que precisamente es un colectivo que podía tener más sensibilidad, pero no mostró ni la mínima empatía ni solidaridad ni palabras de aliento ni nada. Ni la gente conocida, vecinos, amigos... Fue la nada más absoluta. Además, con el paso del tiempo, ha seguido ocurriendo lo mismo*. En fin, son innumerables los testimonios que se pueden aportar y que nos refieren esa frialdad, esa ausencia de empatía social hacia las víctimas, y que motivan que resulte imposible mantener esa idea de una sociedad solidaria con la víctima y activa frente a ETA.

Junto con esta imagen demoledora conviene resaltar que desde comienzos de la transición va a haber reacciones de partidos políticos contra ETA, no muy



extendidas, minoritarias, pero significativas. Y en ese sentido hay que destacar el papel del Partido Comunista de Euskadi, que fue la primera organización que salió a la calle para expresar públicamente su rechazo hacia ETA, ante la incompreensión de una buena parte de la sociedad. Hubo también otras formaciones que participaban de esa idea de combatir a ETA propiciando una reacción social, como era el caso del Partido Socialista, o de un partido que desapareció al poco tiempo como fue la Democracia Cristiana Vasca, de la que en aquellos años formaba parte Fernando Buesa, o de la maoísta ORT. Fue común a esas formaciones la idea de que la derrota del terrorismo necesitaba como uno de sus pilares sustanciales la movilización de la ciudadanía, entendiendo que mientras tal hecho no se produjera la banda continuaría disponiendo de unas bases sólidas de reproducción.

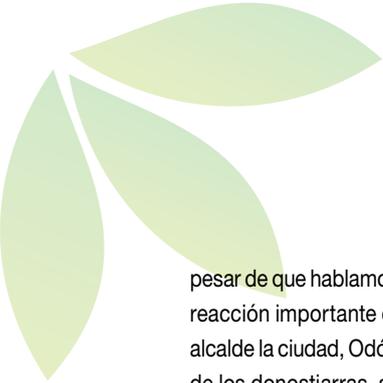
Junto a tales formaciones, también hubo posicionamientos contra ETA del mundo de la intelectualidad. Fueron voces escasas, casi en el desierto, pero que por ello tenían más valor y más mérito. Hubo así un manifiesto en mayo de 1980 firmado por personalidades emblemáticas de la cultura, como Barandiarán, Caro Baroja, Mitxelena, Monreal, Gabriel Celaya, Recalde y otros más, que aunque con contradicciones, fruto de su carácter transversal (*que ha habido y hay una violencia dirigida desde fuera contra la comunidad vasca...*), era un alegato contra ETA a pesar de que no se la mencionaba, centrado sobre todo en una crítica al uso de la violencia por su nula utilidad. Había ya un precedente en la reunión de intelectuales en enero del 79 celebrada a instancias del Consejo General Vasco, el órgano preautonómico, a la que sin embargo no asistieron los vinculados al PNV. Como termómetro de lo que era el tiempo político del momento, llama la atención que en ambos manifiestos no se citase expresamente el terrorismo, sino que para referirse a él se empleasen términos sin una valoración peyorativa, como *violencia o violencia armada*, y que la denuncia de la misma se basara no en un criterio ético sino, como decíamos, en su negativa funcionalidad.

Las primeras protestas públicas contra ETA se produjeron en junio de 1978 tras el asesinato del periodista José M<sup>o</sup> Portell, que había mediado ante ETA con el fin de entablar negociaciones. Tras su muerte el Partido Comunista de Euskadi convocó una manifestación de repulsa en Portugalete a la que acudieron doscientas personas y frente a la que se situó un grupo de reventadores coreando *Gora ETA*. Después de esta va a haber otras concentraciones o manifestaciones, con esas

mismas pautas, de las que quiero destacar tres aspectos: por lo general eran convocadas por el Partido Comunista; en segundo lugar, tales concentraciones reunían a un escaso número de personas; finalmente, sus participantes eran acosados por radicales *abertzales*, que les insultaban, lanzaban piedras, agredían y amenazaban con consignas como *ETA mátalos*. Pero junto a eso hubo también un comportamiento que resultaba más doloroso para aquellos manifestantes y dañino para la lucha contra el terrorismo, como era la indiferencia, el silencio de muchos ciudadanos que no compartiendo la estrategia de ETA prefirieron evitar posicionarse, expresarse públicamente frente a la banda. No solo era el vínculo sentimental que podía existir hacia ETA lo que explica esa actitud -*la sociedad vasca creía que salir contra ETA era de fachas*, explica el historiador Raúl López-, sino sobre todo la opción de no aparecer comprometido en ese rechazo al terrorismo por las incomodidades que tal cosa pudiera generar. En la medida en que no les afectaba directamente, muchos ciudadanos consideraban que ETA y el terrorismo eran cuestión “de otros”. Esta fue una constante a lo largo de todos aquellos años.

Asimismo, ya en aquellos primeros tiempos de la transición empezó a delimitarse la existencia de víctimas de primera y de segunda categoría. Los primeros, por lo general civiles, recibían en algunos casos una cierta atención pública; los segundos, pertenecientes a las fuerzas de seguridad del Estado, eran despedidos en la soledad y sin recibir el apoyo de la sociedad. Hay que señalar que también en este caso fue prioritariamente el Partido Comunista, con los costes que ello le supuso, el que rompió esa dinámica perversa. Así, fue este partido el que convocó en Algorta, el 22 de octubre de 1978, una manifestación tras el asesinato de un guardia civil, y lo mismo sucedió unos días después tanto en Zumárraga como en Rentería, el 11 de noviembre, tras atentados sufridos por miembros de este cuerpo.

Esta división entre asesinados de primera y de segunda persistió en la sociedad vasca a lo largo del tiempo. Permanecía una imagen distorsionada e interesada, que vinculaba a los cuerpos de seguridad o al ejército con el pasado franquista, y por ello no merecedores de reparación alguna. Tal circunstancia podía extenderse hacia colectivos encargados del mantenimiento del orden, y en esa clave puede entenderse que el asesinato de algún miembro de estos cuerpos recibiera un escaso reconocimiento social. Así ocurrió con Alfonso Morcillo, sargento de la policía municipal de San Sebastián, asesinado por ETA en 1994. Pues bien, a



pesar de que hablamos ya de una fecha en la que se había producido una primera reacción importante contra ETA con ocasión del secuestro de Julio Iglesias, el alcalde la ciudad, Odón Elorza, lamentaba amargamente la *insuficiente* respuesta de los donostiarros, su *pasividad*, y se preguntaba si su actitud hubiera sido la misma si el asesinado hubiera sido un *ertzaina*.

Se dice desde los medios del PNV, y en especial por unos de sus líderes más conocidos, Iñaki Anasagasti, que lo suele repetir con frecuencia, que la primera manifestación contra ETA fue la promovida por este partido en octubre de 1978. La consulta de la prensa de la época, y lo que ya expusieron Santiago de Pablo y Ludger Mees en *El Péndulo Patriótico* tras el acceso a la documentación interna del partido, cuestionan esta afirmación. Es cierto que en su origen fue una convocatoria del PNV dirigida a las fuerzas democráticas con el lema *Contra el Terrorismo*. Sin embargo, hubo una reacción interna de las bases de ese partido no conformes con los términos de la convocatoria, lo que llevó a que paulatinamente esta fuese variando hasta acabar finalmente planteada como una manifestación contra todo tipo de violencia y bajo el lema: *por una Euskadi libre y en paz*. De señalar a ETA como protagonista de la violencia en Euskadi se pasó a apuntar a UCD como corresponsable de tal hecho y se le *invitó* a que no acudiera. Precisamente a una organización acosada durísimamente por el mundo de ETA y que apenas al cabo de un año vería cómo cuatro de sus militantes caían asesinados por el terrorismo. Incluso el propio Anasagasti, contradiciendo lo que posteriormente dice, declaraba en la prensa de la época que *la gente que se quiere aprovechar de esta manifestación para ir en contra de ETA se ha confundido de manifestación* (Egin, 14 de octubre de 1978).

Al hilo de esta controversia, indicar que dejamos para otra ocasión abordar el papel del PNV frente a ETA y las víctimas del terrorismo, en su doble condición de partido y de formación de gobierno, dada la extensión que requiere el tema. Únicamente dejar constancia del alejamiento afectivo que muchas víctimas han sentido por parte del partido nacionalista y lo que entienden como poca sensibilidad mostrada hacia ellas a lo largo de estos años.

Siguiendo con el núcleo de la exposición, reiterar que los 80 fueron años muy duros en Euskadi para todos aquellos que defendían unos valores y unos principios opuestos a ETA y que se atrevían a expresarlos. Fue un período especialmente

muy difícil para las víctimas, que no encontraron el debido apoyo en una sociedad anestesiada y atemorizada, condición además auspiciada por la convicción de que ETA era invencible. Esta idea estaba respaldada por el hecho de que el Estado estaba desaparecido en muchas partes de Euskadi, no se atrevía a adentrarse en ciertas zonas. También aquí los testimonios son elocuentes. En sus memorias, Ardanza cuenta de su etapa como alcalde de Mondragón que *hasta que llega la Ertzaintza en 1982, la Guardia Civil no se atrevía a salir del cuartel*. Asimismo, los trabajadores de la librería *Lagun* de San Sebastián, por entonces ubicada en la Parte Vieja, narran que cuando llamaban al Gobierno Civil -*oiga, vengan ustedes porque están haciendo unas pintadas en la librería*- les contestaban que no podían acudir pues no nos atrevemos a entrar en esa zona. Eran algunas expresiones de esa debilidad del Estado, que sobre todo no era capaz de garantizar en Euskadi el bien más preciado: la vida humana. Frente a esta fragilidad del Estado, ETA se consolidó como un poder fáctico amenazante para el discrepante, pero seductor y atractivo para aquellos que querían cobijarse en una estructura influyente, que deseaban encontrar amparo en una comunidad sólida que generaba seguridad y orgullo a sus integrantes.

No es extraño, por tanto, el silencio que se producía en la sociedad vasca a la hora de manifestarse críticamente frente a ETA, silencio que se hacía más espeso en las numerosas localidades medianas y pequeñas de Euskadi. Aquí era palpable aún en mayor medida el miedo, el no significarse, no fuera a ser que entraras en el círculo de los que *algo habrá hecho*. Un suceso nos ilustra ese temor que llevaba a la indiferencia y al desistimiento: en enero de 1979 un guardia civil y su novia fueron tiroteados en el coche del primero en Beasain, cayendo su cuerpo sobre el claxon, que durante veinte minutos estuvo sonando en la calle. Pues bien, como denunciara el responsable de Interior del Consejo General Vasco, *pese a que aquel no dejó de sonar durante este tiempo, nadie acudió en socorro de las víctimas; y se añadía en otro relato: algunos testigos confesaron después que de vez en cuando se encendía la luz en un piso, se abría una contraventana, que a los pocos segundos se entornaba, la luz se apagaba, y el claxon seguía sonando*. Las ventanas cerradas ante el dolor, una metáfora de la Euskadi de ese tiempo.

La persistencia del terrorismo hizo que gradualmente se fueran abriendo espacios en los que se mostraba un rechazo no ocasional hacia la banda, en la idea de



articular una contestación social a la violencia en general y, más en particular, a ETA. Se fueron organizando así desde 1985, por gentes provenientes del pacifismo y de movimientos católicos de base, concentraciones con las que mostrar la repulsa hacia todo tipo de violencia, que fueron el embrión de lo que dos años después se plasmó en la constitución de la *Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria*. De este modo, desde esos años los asesinatos eran contestados por concentraciones que promovía Gesto en muchas localidades, que reunían a gentes en silencio. Gesto entendía que el tema de la violencia, y por ende de ETA, era una cuestión prepolítica, de contenido fundamentalmente ético, por lo que había que huir de posicionamientos políticos que abrieran fracturas internas, y a este propósito respondía que las concentraciones fueran silenciosas. Su objetivo fue promover una cultura de la paz, a la par que impulsar la movilización ciudadana, con el objeto de que la sociedad asumiera su parte de responsabilidad a la hora de hacer frente a la violencia.

Posteriormente surgieron otros movimientos cívicos con contenidos parecidos, siendo el más destacado Denon Artean, que tendrían una labor muy importante en San Sebastián, reproduciendo esa misma dinámica de concentraciones tras los asesinatos. Tanto las convocatorias de Gesto como de Denon Artean reunían a un escaso número de personas, y eran por lo general muy minoritarias, pero fueron simbólica y funcionalmente muy importantes. Asentaron un núcleo de protesta que llevaba al día a día la respuesta al terrorismo, entendiendo que era una labor de socialización, de entender que si se quería erradicar la violencia había que combatirla no de forma ocasional sino en la vida cotidiana. Constituyeron la semilla que mantuvo viva la idea de que era posible expresarse contra ETA, de que no había que subordinarse al miedo, convirtiéndose en el pilar que posibilitó que la reacción social contra el terrorismo fuera calando. Prueba de su operatividad, del daño que hacían al radicalismo *abertzale*, es que esas concentraciones eran hostigadas por grupos pertenecientes a esa ideología. La intervención de estas *partidas de la porra o escuadristas* solía ser consentida por la Ertzaintza, que estaba presente, pero sin intervenir, sin impedir tales agresiones, lo que resultaba paradójico, pero que ayuda a conformar la atmósfera política y social de aquel tiempo. Tal pasividad ante la violencia propició que esas concentraciones desaparecieran de aquellas zonas o pueblos donde la presencia de los radicales era más insoportable, con la excepción de Etxarri Aranaz, en donde un pequeño grupo hizo frente al acoso.

En otro plano, un paso importante en este proceso de contestación social a ETA fue el Pacto de Ajuria Enea (enero de 1988), donde todas las fuerzas políticas democráticas vascas se pusieron de acuerdo en señalar al terrorismo como el principal lastre de la sociedad, formulándose la necesidad de su erradicación *como un objetivo común fundamental*. Además de exponer que era al Gobierno Vasco a quien correspondía encabezar ese movimiento, también se hacía un llamamiento a la ciudadanía para que trabajara activamente en favor de los valores democráticos. El Pacto de Ajuria Enea tenía un precedente en la declaración del Gobierno Vasco de marzo de 1985 y en el acuerdo parlamentario entre las distintas fuerzas políticas vascas de ese mismo mes. En el llamamiento del ejecutivo vasco de ese año se exponía que *la lucha contra la violencia en Euskadi es una responsabilidad de todos*. *Esto significa que cada uno de los vascos ha de tomar el problema como propio, superando el miedo al miedo y comprometiéndose a no transigir con los que matan, con los que les apoyan o con los que se callan*. Como se señalaba en la prensa de la época, era un lenguaje nuevo en el PNV. Para que ello ocurriera habían sucedido tres cosas: Ardanza estaba al frente del gobierno en lugar de Garaikoetxea; se había suscrito en enero de 1985 un pacto de legislatura con los socialistas; y, muy especialmente, ETA había asesinado unos días antes de la citada declaración al jefe de la Ertzaintza, Carlos Díaz Arcocha. En esa estela de una posición unitaria y más activa frente a ETA es como se produjo la movilización más importante habida hasta ese momento en Euskadi contra la violencia terrorista sin que mediara una acción de ETA, congregándose en Bilbao, en marzo de 1989, doscientas mil personas bajo el lema de *Paz ahora y para siempre*.

En cualquier caso, y matizando la dimensión de este despertar social contra ETA, de forma paralela a esas protestas puntuales el miedo y un temor a ETA basado en las posibles represalias que pudiera adoptar seguían estando presentes en Euskadi. Así se explica que con ocasión del asesinato de José Antonio Santamaría (1993), un antiguo jugador de la Real Sociedad, en una concurrida sociedad de San Sebastián la víspera del patrón de la ciudad, sólo cinco de unos cien comensales dijera *haber visto algo* y se mostraran dispuestos a testificar. Al igual que en el franquismo, era mejor no *significarse*. Los hechos posteriores a este asesinato reflejaban la esquizofrenia en la que vivía Euskadi: por un lado la fiesta de la tamborrada continuó, pero a la par se





producían gestos simbólicos, pequeños, que revelaban que ETA iba perdiendo apoyo social y que la sociedad se iba atreviendo a expresarse siempre que fuera de manera anónima o colectiva: la Real Sociedad guardaba un minuto de silencio, la tamborrada infantil hacía otro tanto, lo mismo que la tamborrada encargada de cerrar la festividad.

Aprovechando que contamos en la mesa con Kepa Aulestia, que participó directamente en la mesa de Ajuria Enea y fue uno de los firmantes del pacto, quisiera llamar la atención sobre un aspecto semántico que creo es expresivo de las dificultades que existían en la sociedad vasca a la hora de avanzar en la lucha frente a ETA. A nadie se le escapa la importancia del lenguaje en el sentido tanto de expresar como de crear realidades sociales, la función tanto pasivo-descriptiva como generativa que cumple. Pues bien, a este respecto resulta llamativo que en las convocatorias y consignas centrales de las principales manifestaciones de aquellos años se evitase el uso del término ETA. En el mismo Pacto de Ajuria Enea solo aparece la palabra ETA una sola vez y es en la parte inicial, en la parte expositiva, para posteriormente ya no volver a citarla. Es más, en la declaración del Gobierno Vasco de marzo del 85 tampoco se usaba el vocablo terrorismo, si bien en la declaración posterior del Parlamento de ese mes sí figuraba. Tal omisión no era circunstancial. En las manifestaciones que se convocaban en aquellos años la consigna más usual era la referida de *Paz ahora y para siempre*, y el término ETA no aparecía. Hubo excepciones, como la ya señalada manifestación que se produjo en Bilbao en octubre de 1983 tras el asesinato de Martín Barrios (*Con el pueblo contra ETA*); otra fue la manifestación de febrero de ese mismo año tras la muerte de dos trabajadores del Banco de Vizcaya y que fue considerada por el diario *El País* como la primera gran manifestación contra ETA (la pancarta decía *ETA no, el pueblo por la paz*), dado que en las que había habido hasta ese momento no se mencionaba a la banda. Esa referencia directa no fue, como decimos, la pauta, y la omisión de la palabra ETA fue lo característico de las convocatorias, como si su alusión todavía resultara lesiva para atraer a las gentes, o que su mención rompiera el hechizo de las *dos violencias* (la del Estado y la de ETA), idea tan del gusto de las bases del PNV. Por eso, cuando alguna de esas concentraciones se hacía bajo la explícita condena a ETA, tal circunstancia era resaltada por la prensa de la época. Fue el caso de la manifestación en Éibar, en junio de

1988, tras el asesinato de Aizpiri, en la que 4.000 personas se reunieron bajo el lema *Eibar y Elgoibar contra ETA*, señalándose por *El País* que el lema de la manifestación y las declaraciones de los dirigentes que participaron contrastan con las genéricas alusiones a “la violencia” y “al terrorismo”, habituales hasta ahora en estas movilizaciones.



Manifestación en Éibar en junio de 1988

Esta era la situación vivida durante los años 70 y 80. Los años 90 vinieron marcados por una disminución de la actividad terrorista de ETA, especialmente a partir de la caída de su dirección en Bidart, en 1992, lo que trató de ser compensado por la banda con una mayor especialización de los asesinatos en la línea de la “socialización del sufrimiento” y de que tuvieran una fuerte conmoción social. De este modo entramos en una etapa en la que ETA asesinó a representantes electos del pueblo (Ordóñez; 1995), a políticos (F. Múgica; 1996), a intelectuales reconocidos (Tomas y Valiente; 1996), combinado con secuestros de larga duración en un escenario de una especial crueldad que reflejaba ese desprecio por la persona y la deshumanización del adversario en favor de la sublimación fanática de la ideología. Fueron los casos de Ortega Lara, recluido en un cubículo de solo 2,4 metros de largo y 1,7 de ancho, en unas condiciones infrahumanas durante 532 días, o de Aldaya, 341 días secuestrado, Delclaux 232 días...



Zulo donde Ortega Lara pasó 582 días

Era un clima asfixiante, de una brutalidad que debería haber dañado hasta la sensibilidad más fanatizada, que propició que se produjera una paulatina contestación en clave pacifista y que el movimiento antiterrorista fuera adquiriendo un mayor eco social. En ello influyeron, y no poco, las detenciones de miembros de ETA, con la referida captura de la cúpula en Bidart como dato más relevante, que supusieron que el mito

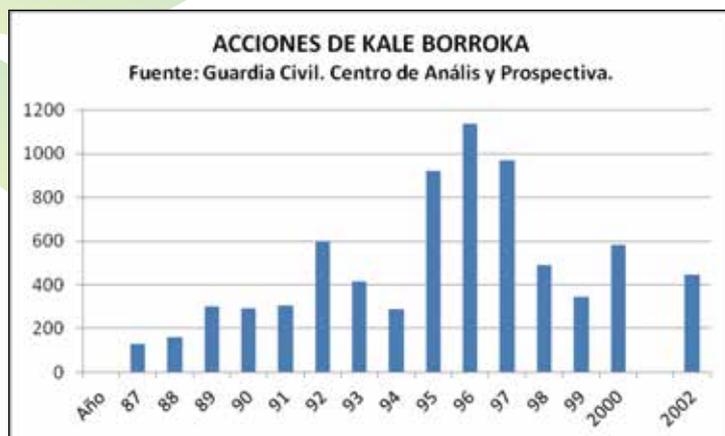
de la invencibilidad de ETA se fuera desmoronando. Una imagen nos puede servir para ilustrar lo que entiendo fue ese cambio de actitud social, con una posición más decidida, más beligerante, frente a ETA.

Esta es una foto de una manifestación que se produjo en 1996, tras el asesinato por ETA de un industrial, Isidro Usabiaga, que congregó a unas 10.000 personas según la prensa. Quizás el número de concentrados no parezca relevante, pero sí lo es si se considera el hecho de que esa manifestación se produjo en Ordizia, corazón del Goierri, una de las comarcas que abastecían de terroristas y de apoyo social a ETA, varios de cuyos dirigentes nacieron en esta zona o en esta localidad. La dimensión de la protesta contrastaba con un asesinato acaecido diez años antes también en Ordizia, el de la antigua dirigente etarra M<sup>a</sup> Dolores González Katarain, “Yoyes”, que, aunque tuvo un gran impacto emocional en ciertos medios políticos, generó sin embargo una respuesta ciudadana en su localidad de origen mucho menor. Como decía el alcalde de Ordizia en esa fecha: *Antes teníamos miedo a la guardia civil y ahora es a estos otros.*



La visualización de la reacción social que se produjo en los primeros años 90 tomó su expresión en la proliferación del uso del “lazo azul” como símbolo y expresión del rechazo a ETA. La campaña, impulsada por organizaciones pacifistas, tuvo su origen en el secuestro que padeció Julio Iglesias Zamora (1993), que provocó una movilización civil como no se había conocido hasta entonces, masiva pero además continuada, combinándose manifestaciones multitudinarias con concentraciones semanales en varios lugares de Euskadi. Se produjo una suerte de *rutinización* de la protesta, de forma que las concentraciones contra el secuestro pasaron a formar parte del paisaje cotidiano en Euskadi. De alguna forma, como señalaba M<sup>a</sup> Jesús Funes, la reacción ciudadana marcaba la salida del silencio y una manera cotidiana de expresarlo era llevando ese lazo de esperanza, y aunque persistía el miedo este se iba atenuando. Así lo apuntaba Arzalluz en unas declaraciones en el curso de una manifestación a favor de la liberación de Julio Iglesias, señalando que *aunque todavía hay ciudadanos que tienen miedo en Euskadi, hay otros muchos que lo están perdiendo.* En alusión a los que apoyaban a ETA indicó: *Esa gente inspira miedo, más que por las cosas que hace, porque van por la calle con la sensación de que tienen detrás las pistolas y van con esa seguridad casi de agresores.*

La socialización del lazo azul afectaba a algunos resortes sensibles del mundo de los violentos, pues les disputaba la hegemonía en los espacios públicos y era un desafío a su política de amedrentamiento. Pues bien, la respuesta de ETA, y con ella de la izquierda *abertzale*, fue contundente y respondió a sus claves ideológicas totalitarias: incremento de la violencia social, brutalización de la política, silenciamiento de las voces que pedían libertad, coacción, en suma. Ello se puso de manifiesto con ocasión de un nuevo secuestro, el del empresario José M<sup>a</sup> Aldaya (1995-1996), con cuyo motivo los movimientos cívicos y los partidos democráticos trataron de reproducir las movilizaciones habidas con Iglesias, sacando de nuevo el lazo azul a la calle, lo que fue virulentamente reprimido por dichos sectores, menudeando las agresiones en la calle, las amenazas y los insultos. Asimismo, esa estrategia intimidatoria supuso la ampliación por parte de ETA de sus objetivos asesinos y la intensificación social de esa violencia amedrentadora a través de la *kale borroka* (violencia callejera). Téngase en cuenta que las acciones “registradas” de *kale borroka* pasaron de 287 en 1994 a 924 en el año 95, alcanzando su culmen al año siguiente con 1.136.



Hay muchas expresiones de la barbarie que trató de enseñorearse de Euskadi -una de ellas fue la consigna a los del lazo navajazo-, pero sirva como muestra de esa radical intolerancia este texto del libro de un colectivo de periodistas de Egin (1993), que expresando la opinión de los radicales abertzales dice así:

*“Pero además de secuestrados hemos sido provocados sin descanso ni rellano por la tortura visual y prepotente del nefasto lazo azul. El lazo protegido por los cascos y botas imperiales que negaban con su chulesca ostentación la expresión de los demás. En todos estos días nada ha habido más desafortunado y desdichado que el desafiante lazo. No bastaba pues con la aberración informativa, había además que anular a los otros, a los no portadores.”*

Resultado de esta campaña intimidatoria fue el reflujo de la movilización social y la práctica desaparición de las calles del lazo azul. Hay unas declaraciones del año 1997 de Ramón Jáuregui, entonces consejero de Justicia del Gobierno Vasco y secretario general de los socialistas vascos, absolutamente desoladoras: *Hay batallas que los demócratas hemos perdido. Hemos perdido la batalla del lazo azul, la de las movilizaciones ciudadanas... excepto el valor, casi heroico, de los pacifistas. Y la sociedad, que ha percibido desde la política un mensaje confuso y dividido, ha acabado amordazada por el miedo.*

A este respecto, dos relatos vendrían a reiterar que el panorama referido a los años 70-80 de imposición violenta continuaba vigente. Una de las autoras, perteneciente a Gesto, explicaba cómo encaraba su presencia en los actos que promovían:

*“Porque desde la mañana, los lunes empezamos a sentir una especie de desasosiego por tener que afrontar la concentración de la tarde, en la que nunca se sabía qué nueva sorpresa nos tendrían preparada. Considerábamos que la cosa había transcurrido de forma normal si sólo nos habían insultado.”*

Por su parte, Alberto Aguirrezábal, ex militante de Euskadiko Ezkerra, explicaba a la altura del año 2000 su experiencia en Zarauz en las concentraciones contra ETA, en un relato elocuente de la atmósfera que se vivía en muchos lugares de Euskadi:

*“Cada vez que se produce una muerte violenta los pacifistas salimos con nuestras pancartas, en silencio. A partir del secuestro de José María Aldaya, los de HB se pusieron enfrente, a un metro. Insultaban, calumniaban, amenazaban. Era muy duro, no por el miedo, sino porque los que estaban enfrente, mirándonos con odio, no eran gente desconocida: había familiares, y amigos de la infancia... Hay quien tiene a sus propios hijos allí enfrente. Es terrible. Hay un acuerdo no escrito de evitar hablar de política. Si coincidimos en un almuerzo familiar los de una y otra tendencia, hablamos de la Real Sociedad y seguimos adelante.”*

A pesar de los avances producidos en la lucha contra ETA, la sensación de impunidad con la que actuaban los jóvenes cachorros de la banda a través de la kale borroka resultaba desalentadora para esa parte de la sociedad civil insumisa al terrorismo, que veía cómo el Estado carecía de resortes suficientes -o de la voluntad debida, en el caso del Gobierno Vasco- para hacerle frente. Era una situación reconocida por el gobernador civil de Gipuzkoa, Juan Mari Jauregui, que luego fue asesinado por ETA, quien a la altura de 1995, refiriéndose a la violencia callejera, exponía:

*“Y está claro que entre los ciudadanos existe una sensación de indefensión en la medida en que comprueban que las agresiones quedan impunes. Hay que atajar el sentimiento de frustración hacia sus propias fuerzas de seguridad que ha empezado a extenderse en los ciudadanos.”*



Un año después las cosas seguían igual, denunciándose *que la situación de impunidad* (de los violentos) *en el País Vasco es insostenible* (Javier Elzo), con unos jóvenes radicales que se movían a sus anchas por las calles de Euskadi en su objetivo de retomar el control del espacio público, expulsando a la ciudadanía y amedrentando a los grupos que se les oponían. Había situaciones que se vivían con total normalidad que resultaban lacerantes y que nos siguen hablando de un Estado que a la altura de 1996 se mostraba incapaz de imponer su autoridad: recogida por parte de *Jarra* de fondos “voluntarios” en los comercios; inhibición de testigos de la fiscalía en el juicio contra presuntos saboteadores de la autovía de Leizarán; las ciudades vascas inundadas por la propaganda del mundo violento; jóvenes de *Jarra* apaleando brutalmente en un *ertzaina* fuera de servicio en las fiestas de Bilbao (1993), para posteriormente ufanarse de ello, señalando que *había sido una reacción lógica... dentro de las pautas de proporcionalidad*. En fin, no era extraño que el presidente Felipe González, a la altura de 1996, tuviera que reconocer que veía *desmoralizadas a las Fuerzas del Orden*.

A pesar de todo lo dicho, los movimientos pacifistas, y con ellos los militantes de partidos democráticos, seguían resistiendo, acudiendo a unas concentraciones que denunciaban una violencia que se había instalado en el paisaje diario de Euskadi casi como una expresión banal y cotidiana, no llamativa.

Buena parte de este escenario lo cambió el asesinato de Miguel Ángel Blanco (1997), que originó una explosión de indignación ciudadana, una marea social contra ETA, y canalizó la expresión de una contenida ira. Había habido ya un precedente de indignación ciudadana con el asesinato del concejal y diputado autonómico popular Gregorio Ordóñez (enero del 95), que provocó, en palabras del periodista de *La Vanguardia*, Antoni Batista, *la manifestación más grande* habida en San Sebastián. En efecto, el volumen del clamor contra el terrorismo alcanzó con esta muerte una intensidad que no se había conocido en la ciudad, mostrando la población donostiarra su rabia ante el hecho de que ETA hubiera traspasado otra línea roja como era el asesinato de un representante popular. No obstante, fue una reacción que no cuajó en un movimiento sólido y a ello contribuyó la desunión de los partidos democráticos con respecto a la solución al tema de ETA, discrepancias que incluso provocaron que desde los medios afines a la banda se señalara la operatividad de ese asesinato.

Sobre esta acumulación de cóleras controladas, el asesinato de Blanco cayó como un rayo que disparó todas las emociones acumuladas. En las horas previas al crimen la convocatoria para demandar su liberación reunió a cientos de miles de personas en Bilbao, en la que fue la mayor manifestación que se había producido en Euskadi, y de la que ETA se mofó matando al cabo de pocas horas al concejal de Ermua. Tras este asesinato las cosas en Euskadi ya no volvieron a ser lo mismo. Es cierto que el impulso que tomó el *espíritu de Ermua* llevó a una nueva coalición de las fuerzas nacionalistas y a que el PNV tratara de enfriar esa reacción ciudadana, con comportamientos difíciles de entender como el acuerdo parlamentario con Euskal Herritarrok (la marca electoral de entonces de la izquierda *abertzale*) o su fría y distante actitud ante el asesinato de Fernando Buesa. No obstante, una parte significativa de la sociedad civil había tomado ya la determinación de no callarse, del *Basta Ya* como expresión del hartazgo, de manera que las concentraciones de repulsa hacia ETA cada vez fueron más continuadas y numerosas.

A ello ayudó el impacto negativo que tuvo la reactivación de la banda tras la breve tregua de los años 1998-1999, haciéndolo además con una estrategia de ampliar aún más el espectro de las víctimas. De este modo, el PNV empezó también a verse afectado, a sentir más directamente la violencia y sus efectos. Ello se había hecho perceptible con la *kale borroka*, que había repercutido también en dicho partido, haciéndole objeto preferente de sus ataques con el fin de presionarle para que adoptara una política más favorable hacia ETA, si bien, según se decía en un documento de KAS de principios de 1997, había que evitar *estigmatizar a ese partido como enemigo perpetuo*. Significativamente, con el Pacto de Lizarra (septiembre de 1998) prácticamente desaparecieron los ataques de *kale borroka* a la organización *jeltzale*. Y es que Lizarra suponía un espaldarazo a la antigua aspiración de ETA de constituir un frente nacional vasco (conversaciones de Chiberta; 1977), primándose con este acuerdo el encuentro del nacionalismo sobre la suma de los demócratas ante ETA. Esa confluencia del nacionalismo se expresaba con diferentes semánticas, pero albergaba un propósito común: la marginación de los partidos constitucionalistas. Mientras ETA requería a PNV y EA que rompieran cualquier relación con partidos cuyo objetivo es *la destrucción de Euskal Herria*, el partido de Arzallus adaptaba ese deseo a la formación de mayorías en las instituciones en las que se excluiría a los

no *abertzales*. La ruptura de la tregua por ETA rompió el sueño de la confluencia del nacionalismo y el PNV volvió a ser objeto de la violencia, pero ya no solo de la proveniente de la *kale borroka*.

Como decíamos, la reactivación de ETA en 1999 supuso que la banda pusiera también en el foco al PNV, no directamente, pues siguió sin atentar contra responsables políticos *jeltzales*, pero sí a su entorno más cercano. Así pueden entenderse los asesinatos de *ertzainas* (cuatro a lo largo de 2001) o, sobre todo, del empresario José M<sup>a</sup> Korta (2000), que aunque no pertenecía al PNV estaba vinculado a él. El atentado contra Korta fue al decir del *jeltzale* Román Sodupe, presidente de la Diputación de Gipuzkoa, vivido como un ataque a la *línea dura del nacionalismo vasco*, pues no en vano *ETA ha matado a un abertzale de verdad, a uno de los nuestros*. Los vínculos de afinidad emocional entreverados en la comunidad nacionalista entre los partidarios de ETA y los que no lo eran, y que se habían avivado con Lizarra, desaparecieron o se fueron atenuando paulatinamente. Se había gestado un contexto que propiciaba la quiebra de ese mecanismo que el sociólogo Pérez Agote ha definido como “la escisión razón/sentimiento”, por el cual entre ciertos sectores, y especialmente los nacionalistas, había un sentimiento que sin aceptar la violencia miraba con simpatía a ETA por lazos sentimentales y biográficos que tenían su origen en la vivencia del franquismo. Progresivamente, el sentimiento fue agotándose y la razón prevaleciendo.

En ese sentido, desde comienzos del siglo XXI fue cada vez más palpable el cambio social que se produjo con respecto a la violencia etarra, que pasó a ser considerada como un factor negativo, algo impropio de una sociedad moderna como la vasca. El cansancio y el hastío que generaba el terrorismo, así como la percepción internacional de este tras los atentados del 11 de setiembre de 2001 o el final de la violencia en Irlanda del Norte, acompañaron ese cambio de actitud. Pesó también de un modo importante la creciente eficacia policial, con un aumento de los activistas de ETA detenidos y las caídas cada vez más reiteradas de su cúpula. De este modo, se pasó de los 75 detenidos como miembros o colaboradores de ETA en 2000 a 135 al año siguiente, y a 123 y 126 en 2002 y 2003, respectivamente, en tanto que las acciones de distinto tipo de ETA disminuyeron de las 36 en el año 2000 a 16 seis años más tarde. El mito de la ETA invencible quedó arrumbado y por primera vez la solución

policial se evidenció factible, abandonándose paulatinamente la gramática de la negociación, tan del gusto del nacionalismo vasco. Conforme a lo expuesto, las movilizaciones contra ETA se incrementaron y registraron un mayor número de concurrentes. El gráfico que acompañamos, sin ser sistemático pues solo recoge algunas de las manifestaciones habidas tras los asesinatos, sirve como indicador de esa creciente movilización.



No obstante, seguía persistiendo el miedo y, como luego se expondrá, no era lo mismo enfrentarse a ETA en las capitales vascas, al fin y al cabo ciudades más o menos anónimas, que hacerlo en las poblaciones medianas, en Tolosa, en Mondragón..., donde la intimidación del mundo violento era ostensible y pesaba en la vida diaria. Además, ETA seguía matando y lo hacía generalizando la amenaza. Por ello resultaba tan elocuente esa frase de una pacifista, Olivia Bandrés, a la altura del año 2000: *Hoy somos más, pero también tenemos más miedo*.

En cualquier caso, la reacción social contra ETA era un proceso imparabable, que se manifestaba en ámbitos distintos. Así, por ejemplo, ese cambio en el clima social repercutió también en el papel y consideración de las víctimas, lo que se tradujo en su visibilidad, en que pasaran a ocupar un primer plano en la esfera pública, saliendo del arrinconamiento en el que habían vivido hasta entonces. Téngase en cuenta que la primera asociación de víctimas, la Asociación de



Víctimas del Terrorismo, databa del año 1981, pero sus apariciones públicas eran puntuales y tenían una limitada repercusión. Las víctimas no existían en el ámbito público, no era todavía su tiempo; el recorrido hasta que tal hecho se produjo fue muy largo y el desamparo sentido por ellas muy profundo. Ya hemos comentado que en el Pacto de Ajuria Enea solo se les nombraba en una ocasión y además en relación a un acuerdo parlamentario. Todavía en 1997 la hija de un asesinado, Teresa Díaz Bada, denunciaba que *las víctimas somos incómodas porque no sólo recordamos a los políticos su falta de compromisos y cumplimientos, sino porque también exigimos que se haga justicia*.

También en este punto el asesinato de Blanco contribuyó a una percepción distinta y a partir del año siguiente hubo varias expresiones de que las cosas estaban cambiando, tanto a nivel institucional como en el debate público. En el primero de los aspectos debe citarse la creación de COVITE a fines de 1998, la asociación de víctimas del terrorismo en el País Vasco, con la exigencia del reconocimiento a las víctimas y del papel central que debían jugar en el proceso de pacificación como reclamaciones prioritarias. Al año siguiente se aprobó por el Parlamento español la Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo y a ella le siguieron otras medidas, como la creación de la Fundación Víctimas del Terrorismo (2002).

Paralelamente, las víctimas cobraron un mayor protagonismo en la esfera pública, abriéndose paso la idea de que constituían un sujeto al que se le debía reparación y justicia. En Euskadi ese reconocimiento institucional aún fue más lento, y todavía en 1999, Egibar, en su calidad de portavoz parlamentario del PNV y en pleno pacto de Estella, declaraba en sede parlamentaria que *el mejor favor que se les puede hacer a las víctimas del terrorismo es no darles ningún tipo de protagonismo político*. Esta afirmación se producía en una sesión en la que el PNV justificaba el rechazo a la creación de una comisión específica para atender la problemática de las víctimas del terrorismo, para lo que contó con el apoyo de Eusko Alkartasuna y Euskal Herritarrok. La ruptura del pacto parlamentario entre el PNV y la izquierda *abertzale* facilitó que el ejecutivo autónomo adoptara una nueva actitud y que, por fin, dejando los juegos alambicados de atender a *todas las víctimas de la violencia generada en nuestro país* (2000), el Gobierno Vasco creara a fines de 2001 una Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo, al frente de la cual situó a la viuda de Jáuregui, Maixela Lasa.

Otro signo de ese nuevo clima que se vivía en Euskadi fue la aparición de *Basta Ya* y el calado social que tuvieron algunas de sus iniciativas. El movimiento, nacido al calor de la indignación ciudadana tras el asesinato de Blanco, desbordaba el marco del pacifismo para asumir sin complejos posturas no nacionalistas, escasamente exteriorizadas en Euskadi. Así, sobre el núcleo de la denuncia de ETA, se formulaba a la par una crítica al nacionalismo en nombre del pluralismo y la libertad recortada que una parte de la sociedad sufría en Euskadi, así como una defensa del sistema constitucional y estatutario. Lo sorprendente no fueron esas reivindicaciones sino el eco que encontró este movimiento. Si en su primera gran convocatoria, el 24 de febrero de 2000, “sólo” juntaron diez mil personas, que recorrieron San Sebastián hostigadas por radicales *abertzales*, en la siguiente siete meses después bajo el lema *Por la vida y la libertad, defendamos lo que nos une: Estatuto y Constitución* reunieron a cien mil, repitiendo la cifra en octubre de 2002. Como es sabido, ETA asesinó a dos conocidos colaboradores de Basta Ya: José Luis López de la Calle y Joseba Pagazaurtundua.

Al margen de su abierta confrontación con ETA, pero también con el nacionalismo vasco en general, había algunos elementos simbólicos en esas convocatorias llenos de significado: las tres fueron celebradas en San Sebastián, la ciudad más golpeada por el terrorismo, en lo que constituía una incitación a vencer el miedo y a manifestarse públicamente contra ETA; en su transcurso se podían ver banderas -pocas- españolas y vascas, en un ejercicio identitario de convivencia, de tolerancia de diferentes sentimientos, inusual en Euskadi.



Manifestación de BASTA YA. Octubre 2002

En fin, y ya como tercer elemento de ese cambio perceptible desde comienzos del siglo encontramos variaciones también significativas en el campo semántico, en las consignas tras las que se convocaban las manifestaciones contra ETA. Todavía en los años 1997-1998 el lema más extendido en las convocatorias era



*Paz ahora y para siempre*, que fue bajo el que se convocó la manifestación en favor de la liberación de Miguel Ángel Blanco, el mismo que el de la multitudinaria marcha celebrada el 18 de marzo de 1989. Sin embargo, tras la finalización de la tregua de 1998-1999, el objeto de la repulsa se define con claridad, de manera que el slogan *ETA NO* se convirtió en el *leitmotiv* de las concentraciones. Ya no había términos alegóricos o figuras retóricas más o menos imprecisas con las que aludir a la banda; el mensaje era explícito y se citaba al terror por su nombre: *ETA NO*. No había dos violencias a las que denunciar: el mal estaba en ETA. Junto a esta demanda podían aparecer otras variantes, siendo la más frecuente *POR LA LIBERTAD, ETA NO*. Se estaba denunciando así también la falta de libertad en la que se movían los constitucionalistas, circunstancia que el nacionalismo gobernante no asumía, entre otras razones, por lo que tal hecho suponía de denuncia de su ineficacia en la gestión e, indirectamente, de ventajismo político. Por ello, en la controvertida manifestación que convocó el *lehendakari* Ibarretxe, el 22 de octubre de 2000, el lema era *PAZ, ETA NO*, obviándose cualquier referencia a la reclamación de libertad.

Este escenario de rechazo hacia ETA se aceleró tras la ruptura por su parte de una nueva tregua en los últimos días de 2006. El quinquenio que transcurre hasta el cese definitivo de ETA en 2011 es una constante agonía de la organización terrorista. Se ha señalado con frecuencia la gran incidencia que en ello tuvo la eficacia judicial, las nuevas medidas legislativas que dificultaban el apoyo a ETA, el incremento de la colaboración internacional y, muy señaladamente, la eficacia policial. Entre noviembre de 2008 (detención de “Txeroki”) y marzo de 2011 la cúpula de ETA fue decapitada en seis ocasiones, sin que tuvieran tiempo para rehacerse. En este contexto, la llegada a la *lehendakaritza* del socialista Patxi López dio un nuevo impulso a esa reacción social contra ETA, destacando especialmente la labor de Rodolfo Ares en Interior, que puso coto a la permisividad propagandística con que se movía el mundo de los violentos y a la apología que en muchos lugares públicos se continuaba haciendo de la banda. A todo ello cabe añadir la propia lógica del radicalismo *abertzale*, consciente en esta última fase de que la violencia etarra le ocasionaba perjuicios políticos y electorales.

¿Y la sociedad vasca? Pues también jugó un papel activo en ese fin de ETA, aunque de manera diferente entre unos lugares y otros. Que se estaba en un

tiempo nuevo lo pusieron de manifiesto las nutridas manifestaciones en Vitoria en solidaridad con un guardia civil asesinado (2008) y en Bilbao tras el asesinato de un policía (2009). Pertenecer a esos cuerpos de seguridad ya no era un lastre a la hora de expresar el apoyo a las víctimas y el rechazo a ETA. Las víctimas ya no sufrían el desamparo de antes y la percepción entre sus allegados era bien distinta. Con ocasión del funeral de Vitoria declaraba un miembro de la guardia civil: *Hace unos años, los guardias civiles y los policías asesinados recibían un funeral rápido y sin gente, casi clandestino. Pues ahora ya lo ve, por la puerta grande*. También en las instituciones vascas hubo nuevos pasos, aunque tardíos. Gobernando todavía los nacionalistas, el Parlamento Vasco rindió un homenaje al guardia civil asesinado por ETA en Legutiano (2008), iniciativa nunca antes adoptada cuando estos pertenecían a las fuerzas del orden o al ejército; al año siguiente, ya con los socialistas en el gobierno, el Parlamento vasco rindió homenaje al policía Eduardo Puelles, cuyo hermano agradeció el comportamiento de las instituciones señalando que este lo era *sobre todo a la inmensa mayoría de la ciudadanía vasca*. Diez años antes era impensable una expresión de esta naturaleza.

Como apuntábamos, esa movilización ciudadana frente a ETA no fue uniforme en Euskadi y los escenarios han sido y son muy diversos, conforme a una Euskadi ideológica y socialmente muy plural. Una de las paradojas que presenta la cuestión del terrorismo en Euskadi es que la trama civil que se identificaba con ETA en ningún momento dejó de ser muy potente, especialmente en los pueblos medianos y pequeños. Aquí la coerción social por parte de este mundo nunca desapareció y el miedo, aunque más atenuado, siguió presente, en unas localidades en las que las sucesivas elecciones reflejaban el respaldo a las candidaturas hijas de ETA. Señala Teo Uriarte que cuando ETA mató al socialista Jáuregui (2000), en San Sebastián hubo una gran manifestación, pero en Tolosa, lugar del crimen, solo había unos pocos cientos, *casi todos de fuera*, en una atmosfera que destacaba por las *ventanas cerradas*. Era lo habitual en ciudades medias; en las pequeñas, allí donde había una abrumadora hegemonía del radicalismo *abertzale*, el panorama era todavía más desolador. En Leaburu, cuando asesinaron al *ertzaina* Uribe (2001), únicamente estaban presentes miembros del cuerpo policial, no había nadie de la localidad. Incluso en el período terminal de ETA (2007-2011), las reacciones sociales fueron muy



distintas según los sitios, pues mientras en los casos comentados de Vitoria (guardia civil) y Bilbao (policía) la reacción de repulsa reunió a un número elevado de personas, en cambio los asesinatos del socialista Carrasco en Mondragón (2008) o del empresario Uría en Azpeitia (2008) produjeron tibias respuestas de la población local. Así, la concejala del PP en Mondragón señalaba en relación a una de las concentraciones: *Es muy triste: había más políticos y escoltas que vecinos*. Además, una vez pasado el efecto del asesinato, volvió a Mondragón toda la parafernalia iconográfica del mundo de ETA, con pintadas -no borradas- del estilo de *Fuego a los españoles*.

De este modo, en esta etapa de creciente movilización contra ETA que situamos a comienzos del nuevo siglo, en las poblaciones de tamaño medio, y a diferencia de lo que ocurría antes, se asistía a importantes concentraciones tras asesinatos de ETA, pero al igual que anteriormente tal movilización se combinaba con visibles signos externos de indiferencia por una parte de la población local. Era el caso, por ejemplo, de lo sucedido en Zarauz tras el asesinato del concejal del PP Iruretagoyena (1998), o en Andoain tras los crímenes cometidos en las personas de López de la Calle (2000) o Joseba Pagaza (2003): nutridas manifestaciones que contrastaban con, otra vez, las ventanas cerradas, como muestra y símbolo del distanciamiento y frialdad con que muchos lugareños reaccionaban ante esos asesinatos. Esta descripción que nos ha dejado la periodista Genoveva Gastaminza sobre la manifestación habida en Andoain tras el asesinato de Pagazaurtundua resulta expresiva de lo que queremos señalar:

*“La marcha transcurrió silenciosa por un recorrido laberíntico a través de las calles estrechas del casco viejo, en cuyas ventanas no se veía un alma. Atravesar el centro del pueblo, bajo las ventanas y balcones desiertos y las miradas esquivas de algunos vecinos desde el interior de los bares, entrañaba un desafío pacífico contra el miedo.”*

Realizado pues este recorrido histórico, hay una tentación de introducir alguna valoración sobre el comportamiento de la sociedad vasca ante el terrorismo. A la hora de apoyar un juicio severo sobre su actitud se puede sacar el ejemplo de un ciudadano anónimo madrileño que siguió a un comando de ETA y fue dando las claves para que la policía pudiera detenerles. Sus palabras explicativas de la

razón por la que lo hizo son impecables: *El fin del terrorismo empieza en cada uno de nosotros, actuando sin miedo y permaneciendo alerta por la defensa de nuestro Estado de Derecho*. No obstante, como bien dice mi amigo y colega Raúl López, no entra en el papel del historiador hacer un juicio moral, sino explicar las cosas y entre ellas que las circunstancias en las que se desarrolló la sociedad vasca durante los años comentados fueron muy distintas a las actuales y por tanto las valoraciones deben tener en cuenta el contexto de cada momento. El mismo caso del ciudadano anónimo nos puede servir como referente para entender a lo que se enfrentaba la sociedad vasca. Lo narrado sucedió en Madrid en 2001. Pues bien, sólo cuatro años antes ETA asesinó en San Sebastián a un trabajador, Olaciregi, imputándole haber delatado al etarra Lasarte. Lo de menos resulta el hecho de que varias fuentes coincidan en que esa denuncia no provino de Olaciregi; lo importante era el mensaje: el que se atreva a desafiar a ETA debía saber a lo que se exponía.

Se puede considerar que buena parte de la sociedad vasca no asumió los criterios cívicos del vecino madrileño, pero inmediatamente hay que añadir que no se puede pedir al ciudadano corriente que sea un héroe y se comporte como tal; en todo caso, sí hubiera cabido demandarle una cierta compasión que hubiera supuesto *abrir las ventanas* o, parafraseando a Maite Pagazaurtundua, que no hubiera tenido los *corazones helados*. Hubiera ayudado a las víctimas y la pesadilla de ETA habría acabado antes. De todos modos, el repaso que hemos hecho confirma que hubo movilizaciones numéricamente importantes de la población vasca, a través de las cuales una parte de la sociedad mostró su rechazo al terrorismo.

Además, hubo unos cuantos resistentes, una minoría, como suele ser lo habitual en estos casos, que trasladó su rebeldía frente a ETA a pequeños o grandes actos cotidianos, y que estuvieron constantemente en alerta para promover una rebelión ciudadana contra el terror y el miedo, pagando algunos su vida por ello. Estos son los héroes. Como ciudadano, mi homenaje; como historiador, mi compromiso para no olvidarlos.

Nada más, muchas gracias.



## KEPA AULESTIA

Ondarroa (1956). Encarcelado por pertenencia a ETA entre 1975 y 1977. Miembro de la dirección de Euskadiko Ezkerra, participó en su fundación como coalición en 1977. Secretario general de dicho partido entre 1985 y 1990. Promotor y firmante del Pacto de Ajuria-Enea en enero de 1988. Diputado por Vizcaya en el Congreso en la IV Legislatura. Miembro del Parlamento Vasco en la III y la IV Legislatura.

Tras abandonar la política activa, pasó a formar parte del Comité Editorial del Grupo Correo, luego Vocento. Director de Contenidos Editoriales de Vocento entre 2006 y 2009.

En la actualidad es asesor editorial para los 12 periódicos regionales de Vocento. Es articulista de *El Correo*, *El Diario Vasco* y *La Vanguardia*.

Ha publicado los libros: *Días de viento sur. La violencia en Euskadi* (Empuries, 1993); HB. *Crónica de un delirio* (Temas de Hoy, 1998); *Gutun amaigabea - Carta inacabada*, en euskera- (Alberdania, 2000); *Historia general del terrorismo* (Aguilar, 2005).

Ha sido productor, guionista y director de distintos documentales para televisión, abordando en algunos de ellos temas como el acoso a la libertad de prensa en el mundo, las desigualdades en Brasil, la deriva plebiscitaria del chavismo en Venezuela, el sangriento conflicto en Irlanda del Norte o la ilegalización de la izquierda *abertzale*.



Buenas tardes.

Mi intención es proponer seis claves de interpretación de lo que, a mi modo de ver, pueden ser aspectos que nos ayuden a clarificar qué es lo que pasó y qué nos está pasando. E introduciré en algún momento algún comentario sobre 1988 y 1989, cuando, efectivamente, parece mentira que escribiésemos esas cosas.

La primera, la gran conquista, el gran logro de ETA ha sido históricamente la gestación de una sociedad dentro de la sociedad. Esa ha sido su victoria. Convertir la espiral acción-represión en una corriente de simpatía hacia sus propios activistas, y generar en torno a ello elementos de cohesión, como antes ha comentado Izaskun, que definen un grupo humano amplio y movilizado, en permanente éxodo, en permanente manifestación, encuadrado en torno a un núcleo irreductible, impermeable a factores o críticas externas; todo lo contrario, ETA las digería también en espiral. Pero hay una característica que no se nos puede olvidar, y es que, a diferencia de los demás casos de terrorismo o violencia política, esta sociedad dentro de la sociedad siempre ha compartido los estándares de bienestar medio máximos de la sociedad vasca. No ha sido un entorno social marginado, sino todo lo contrario. La sociología de la izquierda *abertzale* nos demuestra, y se puede estudiar a lo largo de los años a través de las encuestas sociológicas del propio Gabinete de Prospecciones del Gobierno Vasco, cómo estamos hablando de un grupo humano que padece menos el paro que la media del país, que tiene un nivel de estudios superior a la media del país, que presenta más trabajadores autónomos que la media del país, etcétera, etcétera. Y y también arraigado, si se quiere, en la tierra, en las tradiciones, con un conocimiento del euskera notablemente superior a la media del país, con una presencia fundamentalmente en comarcas en las que las rentas familiares son diversas, son múltiples, y se mantiene un arraigo y una estabilidad en torno a esas rentas.

Esta, como digo, es una característica que distinguiría el fenómeno de ETA de cualquier otro. Siempre se hace la comparación con Irlanda, pues es la más sencilla de hacer. En Irlanda el terrorismo republicano, el del IRA, era el terrorismo de los pobres, por simplificar, no el de los ricos. Este es el único terrorismo del bienestar, y la única sociedad dentro de la sociedad que en torno al terrorismo se ha gestado en esos estándares de bienestar.

Esa sociedad gestada en torno a ETA es la que permitió a ETA el tránsito de la dictadura a la democracia. Contaba con ese colchón, gestado a finales de los 60 y primeros de los 70. Es más, esa sociedad es la que ha permitido, de alguna manera, transitar a la izquierda *abertzale* también, y a ETA, por su ilegalización, y la que en estos momentos está presente en el gobierno de las instituciones. Esa es la sociedad representada en la Diputación de Guipúzcoa, en el Ayuntamiento de Donostia... Estoy simplificando, sin duda, pero tiene un recorrido que atraviesa décadas de cohesión interna, de impermeabilización, de éxodo constante, de separación y de preservación de sus propios nexos, lazos, recreándolos continuamente, renovándose formalmente, cambiando de etiquetas, de nombres, de organizaciones, una miríada de siglas, etcétera, etcétera. Bien, pues, esa sociedad dentro de la sociedad se ha hecho con el poder institucional, y lo ha hecho por vías democráticas. Bueno, es un dato y un factor a tener en cuenta como clave de interpretación de lo que está pasando.

Pero esa sociedad no hubiera sido posible, y desde luego no se hubiera consolidado, si al mismo tiempo ETA y sus entornos no hubieran producido toda una “ética de la violencia”, lo que Izaskun denominaba subcultura. Una subcultura que también ha penetrado, ha irradiado hacia el resto de la sociedad. Y una subcultura de la violencia que, comparativamente, ETA ha desarrollado de la manera más depurada e incluso sofisticada. Es la más perfecta de cuantas se han generado en la historia del terrorismo y de la violencia política.

¿Por qué lo es? Porque ha tenido que buscar su propia legitimidad en un sistema de libertades, y su confrontación con esas libertades y con la democracia que se ha vivido desde 1977 aquí la ha obligado a hacerse, a veces, tremendamente sutil, y también tremendamente triler en el argumentario de una ética y de una moral propia que tiene también una secuencia histórica. Diría yo que quizás empezó por disipar el pecado de matar en torno al proceso de Burgos. Matar dejó de ser pecado para los vascos que nos habíamos criado en el cristianismo, en el catolicismo, incluso en el integrista *jeltzale*. Poco a poco el hecho de matar resultaba tan extremo que llevaba a la gente a pensar que tenía que haber también poderosas razones para llegar a ese límite. Las víctimas uniformadas facilitaban la cosificación de las víctimas, y permitían el tránsito a matar a no uniformados por el “algo habrán hecho”. De alguna manera hoy está presente todavía esa “ética de la violencia” como reivindicación retrospectiva del pasado,



como negación a la hora de asumir culpas, sencillamente porque se despliega la idea de que aquí nadie puede presentarse como inocente de lo que ha pasado y, por lo mismo, nadie es culpable de lo ocurrido. Esta es la versión actual de aquella disipación que en torno al proceso de Burgos se produjo del pecado de matar.

La tercera clave de interpretación que propondría yo es, si se quiere, discutible, porque se podría mirar desde ángulos distintos. Aparentemente puede contradecir algunas de las cuestiones que ha planteado Izaskun, pero en el fondo yo creo que no. ETA, si algo ha perseguido, ha sido su propia perpetuación y generar las condiciones para seguir existiendo. Bueno, luego podría decir que estaba por la independencia y el socialismo, pero lo que ha perseguido es seguir viva, y recientemente nos han contado que parece que quiere seguir existiendo como asociación civil incluso; fue el término que utilizó Patxi Zabaleta hace poco. Bien, ETA ha desarrollado siempre una peculiar contención. Esto parece una especie de contradicción al hablar de una organización terrorista. Me explico. ETA nunca quiso que la acción generase una represión que ella misma no pudiera soportar. Durante el franquismo pudo hacer cosas terribles, y no las hizo más terribles de las que hizo. Entonces se decía aquello de “una represión que no pudiera asumir la sociedad, el pueblo vasco”. Ese era el eufemismo argumental.

Tampoco ha tratado nunca de reclutar a la gente a mansalva. Podía haber constituido un ejército regular en algún momento, en algún vacío que se produjese, pero nunca lo ha pretendido. Más bien ha tratado de economizar y deshacerse de la gente que no le servía, del mismo modo que ha tratado de acotar siempre, y de una manera muy torticera y muy intencionada, sus objetivos, generando división y contradicciones enfrente. Es decir, que la sociedad no se sintiera en su conjunto perseguida, que la sociedad se sintiera, sobre todo, espectadora de lo que ETA hacía y, por tanto, que Euskadi fuese una realidad dividida entre los adeptos y los espectadores, porque lógicamente las víctimas, los objetivos o los enemigos quedaban fuera de fuego.

Esta ha sido su intención, instintiva, su manera de economizar esfuerzos, de organizarse, de buscar objetivos, de limitar los daños que ella misma pudiera sufrir. Por ejemplo: ETA pudo haber provocado un golpe de Estado más serio que el 23F, y no lo hizo. Jugueteó al borde del abismo. Pudo hacerlo y no lo hizo. Y renunció a atentados que igual hubieran provocado una situación irreversible, de

involución democrática, aunque fuese momentánea, muy seria, y no lo hizo. Eso es lo que ha gestado, también, lo que ha propiciado que en Euskadi no se haya sufrido tanto el conflicto. Quizás es otra de las grandes diferencias con Irlanda. No estoy hablando de valoraciones de moral o ética, sino del padecimiento generalizado de una situación de violencia. Aquí esa situación de violencia ha estado muy acotada. La han vivido, la han sufrido, la han protagonizado un 5 o un 10% de la población, incluidos los manifestantes más valientes. El resto de la población ha sido espectadora, y en muchas etapas, especialmente en los últimos años, de los 90 para acá, espectadora en un continuum en que en los informativos de televisión aparecía ETA junto a otras manifestaciones de violencia o de conflictos bélicos en el mundo. Es verdad que veíamos la barricada en nuestras calles, pero la inmensa mayoría de la gente durante la inmensa mayoría de este tiempo hemos sido meros espectadores de una realidad que nos llevaba a interpretarla como conflicto, como contencioso, como problema irresuelto.

Izaskun se ha referido antes a la economía. Muchas veces se ha dicho: la economía vasca ha salido adelante, exceptuando los momentos de crisis global que nos ha tocado vivir también, a pesar de ETA. No, el argumento es el inverso. ETA ha salido adelante porque aquí la economía ha funcionado, porque aquí hemos vivido con unos estándares de bienestar apreciables que hacían casi irreconocible el país belicoso que pintaban los informativos y que nosotros recibíamos como meros espectadores.

Cuarta clave de interpretación. La tregua o “cese definitivo” se produjo se produjo hace tres años, pero, efectivamente, como Izaskun ya ha señalado, la sociedad ya había amortizado antes a ETA como problema, ya había intuido esa sociedad espectadora que ETA estaba en declive. Y, efectivamente, yo comparto la mirada escéptica o crítica de que haya sido la sociedad la protagonista y la actora de ese declive. Y una vez que se produce el cese, lógicamente, el cese definitivo certifica esa amortización. Pero es un sentimiento, es una sensación la que vive la sociedad que es ambivalente. Porque, claro, es bueno que ETA quede amortizada socialmente, pero esa amortización conlleva también una mirada de indiferencia hacia los efectos sociales, sobre las víctimas, sobre las propias conciencias de la gente, etcétera, etcétera. Deja como lastre la actividad terrorista física desarrollada con anterioridad. Es decir, por una parte la sociedad celebra la defunción, pero por otra con la defunción se muestra indiferente ante lo que queda por hacer.



¿Y qué es lo que queda por hacer? Yo creo que esta es una de las cuestiones cruciales que están atenazando la actuación política y la de organizaciones y grupos, fundaciones, etcétera. Y no me refiero al tema de la paz. Tenemos que entender que la sociedad, de alguna manera, ha interpretado que esto es la paz. Y las instituciones, y los partidos no pueden dejar de lado esa sensación social, o esa vivencia social, porque yo, particularmente, creo que esto es la paz, y que además conviene aferrarse a que esto es la paz. Es decir, creo que hay más riesgos, o sea, hay riesgos en que al decir esto es la paz se dejen de lado los efectos, los rescoldos, los asuntos pendientes, reconocimiento de víctimas, reparación, etcétera, etcétera. Existe ese riesgo, que se dejen de lado, que la sociedad no se interese en el tema, y que eso pase a un departamento, a una secretaría general del Gobierno Vasco, o a quien sea, o al mediador o verificador noruego, no sé, al más extravagante que aparezca por ahí, se le deja en sus manos. Ese riesgo existe. Pero me parece que hay muchos más riesgos de vivir la otra sensación, que es la que a veces se vive en política. Que la paz está muy lejos, que nos queda mucho trecho, que tenemos que hacer mucho, es decir, tenemos que conceder mucho también para alcanzarla, que esto igual no es irreversible, que de vez en cuando aparece en los periódicos, esta cosa de “hay quien dice que esto no es irreversible”. No, yo creo que tenemos que aferrarnos a la irreversibilidad de esto, y a que esto es la paz, imperfecta, muy imperfecta, injusta, incluso dolorosa, pero esto es la paz. Y la tarea que ahora queda tiene que adquirir una dimensión muy distinta a la que se le pretende dar cuando se dice “no, no, la paz está en el horizonte lejano y tenemos que aplicarnos al éxodo paralelo de alcanzarla, de alcanzar la tierra sin mal, porque la tierra sin mal está muy lejos”. No, no, la tierra sin mal posible hoy es esta. Hoy es esta y tenemos que aferrarnos a ella. Y luego, hacer la lista de los asuntos pendientes, de los daños que hay que reparar y de las injusticias que hay que resolver puntualmente.

Y la última cuestión que quería plantear, ya que estamos entre historiadores, es este tema de la memoria histórica. Por ir al grano: la memoria histórica más falsa es aquella que se redacte como una transacción entre cuatro partidos. Y me temo que las cosas, por lo menos en la intención de algunos, van por ahí. Bueno, bueno, vamos a ponernos de acuerdo en cómo adjetivar esto que ha pasado. Yo soy muy crítico, abiertamente crítico con el Plan de Paz y Convivencia, por muchas razones. Conceptuales, de ampulosidad, de la manía que tenemos

de inflar el globo de las soluciones hasta que alcanza un volumen infinitamente superior al problema que queremos resolver. Problema que, efectivamente, según algunos, es todavía complejísimo, dificultoso y está muy lejos de nuestra voluntad y de nuestras posibilidades reales.

Bien, yo creo que una memoria escrita como transacción en una ponencia parlamentaria o algo parecido sería en estos momentos de lo más falso. Estamos incurriendo en un error, quizá inevitable. En este tema nos estamos precipitando. Hubiéramos necesitado un tiempo, una catarsis menos ingenieril, diría yo, menos sometida a las pautas de paso 1, paso 2, paso 3 y luego hablamos, y luego tal... Necesitábamos una catarsis un poco más natural. Ha ocurrido en todas partes en el mundo, los memoriales han venido años después, y las memorias se han podido escribir y discutir años después del último asesinato.

Digo que quizá este error de precipitación es inevitable ya, quizá, pero cuando menos el que pueda poner algún freno, que lo ponga, en la medida de lo posible, porque si no, el carro se nos puede desviar completamente.

Al final hablar de memoria significa un proceso de depuración de responsabilidades, de asunción autocrítica de responsabilidades y de culpas, de reconocimiento del otro, que no se puede convertir en un canon de doscientas páginas al día siguiente o al año siguiente del cese definitivo de ETA, mientras ETA todavía existe. No tiene ningún sentido hacerlo así.

Hay, en ese sentido, dos aspectos que me gustaría señalar. Nos hemos equivocado, igual es irremediable, porque efectivamente las víctimas necesitan una reparación inmediata. Y esa necesidad de una reparación inmediata es incompatible con la otra necesidad, la de quienes quieren, como diría yo, blindar su pasado para que este no pueda ser objeto de crítica, de cuestionamiento histórico, si acaso, que sea consignado como una sucesión de hechos, sin voluntad culpable, sin dolo, etcétera. Pero al final se está evidenciando que quienes están precipitando la redacción de la memoria histórica hoy son los que quieren blindar su pasado. Y lo están haciendo a expensas de la reparación justa que exigen y necesitan las víctimas. Hay detalles en los que se ve esto, como cuando se habla de las cuatro familias políticas a las que el Plan de Paz llama a conciliarse, como si la violencia fuese el resultado de un conflicto entre socialistas, populares,



izquierda *abertzale* y PNV. El Plan de Paz, a la hora de llamar a la transacción, de alguna manera reescribe la historia en esos términos. O cuando se es capaz de simultanear un mensaje universalizador de las responsabilidades, eso de decir que aquí todos fuimos culpables y nadie es inocente, y luego se traza un plan de tratamiento casi terapéutico de las víctimas, individualizado, como si la individualización del problema de las víctimas no fuese desnudarlas mucho más de lo que ocurriría de tratarlas de manera asociada, como colectivo que son.

En cada uno de los aspectos que presenta el Plan de Paz y Convivencia hay algo de recreación del pasado, del conflicto, de reinención de la historia y de precipitación, y además una precipitación desviada hacia el pacto político en la redacción de la memoria histórica. Lo mínimo que yo pediría de ese Plan y a todos los planes que pueda haber en estos momentos sobre la mesa es que se simplifiquen, se enfríen. Creo que con tres o cuatro medidas sería suficiente para caminar; no necesitamos cientos de ellas. Es decir, yo tengo en mi portal a una familia cuyo hijo está encarcelado por asesinato, yo espero que nadie me venga a proponer un encuentro con esa familia en las escaleras, un encuentro formalizado. No, nos damos los buenos días y las buenas noches, y hola, hola, y nos abrimos la puerta amablemente. Pero esta protocolización de la convivencia es absolutamente extemporánea como propuesta, y forma también parte, insisto, de esa búsqueda de una memoria revisada, que esos vecinos y yo revisemos en la escalera, y que lo revisemos calle por calle, pueblo a pueblo. Bien, voy a dejarlo aquí, gracias.

Se me había olvidado. Sólo un apunte. La manifestación del 18 de marzo del 1989 ha sido la única, diría yo, y desde luego una de las dos grandes, pero la única que no se convocó tras un atentado. Se hizo en medio de las negociaciones de Argel y, efectivamente, ahora a mí me parece inconcebible, pero las circunstancias fueron esas y era una manera de hacer a la sociedad partícipe de que aquello de Argel saliera bien, y también el Pacto de Ajuria Enea. Efectivamente, los olvidos a la hora de mentar a ETA, porque se habla del terrorismo y de la violencia, pero no de ETA, son imperdonables, como algunas otras cosas que aparecen en el texto... y algunas que no aparecen.



### Mesa 3. “Algunos sectores sociales vascos y su experiencia con el terrorismo”

Modera: Eva Domaica (Periodista Cadena SER)

- **Javier Vitoria** (Teólogo)
- **M<sup>a</sup> Luisa García** (ex Presidenta del Consejo Escolar de Euskadi)
- **Ander Landaburu** (Periodista)
- **Luisa Etxenike** (Escritora)



Para acceder al vídeo de esta ponencia:  
<https://goo.gl/TLsp5r>

## ponencias

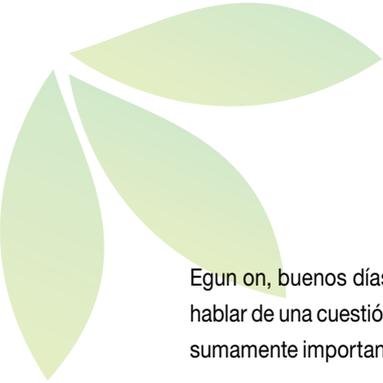


### JAVIER VITORIA

Bilbao (1941). Presbítero de la diócesis de Bilbao. Doctor en Teología por la Facultad teológica de Cataluña. Profesor jubilado de la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto y de la Facultad de Teología del Norte de España, con sede en Vitoria. Profesor invitado en la Universidad Centroamericana de El Salvador. Presidente de la Fundación EDE. Miembro del Centro de Estudios Cristianismo y Justicia. Miembro del Comité de Ética estatal de FIARE. Ha sido también Rector del seminario de Bilbao y director del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao.

Ha publicado diferentes textos sobre la violencia terrorista de ETA: “*Sanar la memoria y recobrar la esperanza. Una lectura de los tiempos de tregua*”, Instituto Diocesano de Teología y Pastoral, *Violencia, Evangelio y Reconciliación en el País Vasco*, DDB, Bilbao, 1999, pp. 11-33; “*El diálogo, la avenida que conduce a la plaza mayor de la paz. Diálogo y pacificación en las pastorales conjuntas de los obispos vascos*”, en AA.VV., *Conflictos, violencia y diálogo. El caso vasco*, Universidad de Deusto, Bilbao 2004, 201-226; “*La sinrazón de la violencia terrorista*”, *Bake hitzak/Palabras de Paz*, 61, mayo 2006, 21-24 (reproducido en *Página abierta*, julio 2006, 172, pp. 11-13, y en *Hika* 178/9, 2006, pp. 22-23; “*Iglesia vasca, ETA y víctimas del terrorismo. Una aproximación empática desde el interior de la Iglesia*”, en Antonio Duplá y Javier Villanueva (coords.), *Con las víctimas del terrorismo*, Gakoak Liburuak, Donostia/San Sebastián 2009, pp. 73-85; “*Claves éticas para la autenticidad de un tiempo nuevo. Retos para un futuro sin ETA*”, en M. Mancisidor (ed.), *Reflejos de una Euskadi en paz*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2013, pp. 130-143.





Egun on, buenos días. En primer lugar agradecer la invitación a este foro para hablar de una cuestión de la que me he ocupado varias veces, no solo porque es sumamente importante, sino porque me siento fuertemente involucrado en ella.

Para empezar un par de aclaraciones. Primera: cuando se habla de la Iglesia vasca hay que decir que esta es tan plural como Bizkaia, Álava y Gipuzkoa. Es decir, tratar de entender Álava desde Guipúzcoa, Gipuzkoa desde Bizkaia o Vizcaya desde Álava es un gravísimo error. Y por lo tanto, tengo que decir que mi visión fundamental de la cuestión sobre la que se me pregunta es vizcaína; y, si me apuran, bilbaína, pues entre la visión que hay de la realidad en Bilbao o en la zona de Lea-Artibai seguramente hay diferencias. Segunda: ya se ha apuntado aquí, pero a veces se nos olvida. A la Iglesia vasca han pertenecido todas las identidades y todos los sujetos que configuran esta sociedad, que se han posicionado de diferentes maneras en relación con el terrorismo de ETA, hasta el punto de que a la Iglesia vasca han pertenecido al mismo tiempo víctimas y verdugos. Por tanto, la cuestión de las víctimas y de los verdugos, a pesar de que esto no se haya dicho nunca con demasiada claridad en la Iglesia, no es una cuestión externa a ella, sino una cuestión interna a la que me referiré un poquito más adelante.

*Hablar autobiográficamente del terrorismo.* Siempre que hablo del terrorismo de ETA suelo decir que no se puede hablar de él más que autobiográficamente. Y por lo tanto, tengo que reconocer que me hizo falta llegar a los años 80 para que personalmente tomara conciencia de que la espiral de la violencia era un tremendo mal, difícil, muy difícil de controlar, o de dominar, y que una vez abierta la caja de pandora de la violencia, meter nuevamente al monstruo en la caja iba a ser muy difícil.

Pero para explicar esto me voy a remontar al año 1968. Ya sé que algunos de ustedes seguramente no estaban en la existencia todavía, pero yo sí. En el año 1968, tengo aquí el dato, en junio de 1968, en un enfrentamiento entre la Guardia Civil y un militante de ETA, Txabi Etxebarrieta, que además fue compañero mío de colegio, se produjeron las dos primeras muertes como consecuencia de la violencia de ETA. Poco después, en el mes de agosto, ETA mató al comisario Melitón Manzanos. Pues bien, en octubre de 1968, es decir, dos meses más tarde

del asesinato de Manzanos, se celebró en Bilbao la Cuarta Semana de Teología organizada por el Instituto de Teología para los Seglares de la Universidad de Deusto, con el tema "Salvación cristiana y realización humana ¿Qué aporta el cristianismo al hombre de hoy?". A la cita acudieron 1.400 semanistas. En esas jornadas habló Ignacio Ellacuría, y lo hizo sobre el tema de la violencia política y la cruz. Estudió o analizó tres respuestas a la violencia estructural. Tres repuestas cristianas: la de Charles de Foucauld, la de Martín Luther King y la de Camilo Torres, que era aquel cura que abandonó el ministerio para irse a la guerrilla y que justificó, desde las condiciones materiales en las que vivía su pueblo, el paso a la lucha armada. Y se detuvo en el estudio de la posición de Camilo Torres para decir que la respuesta violenta a la violencia estructural sólo se puede hacer en situaciones límite, pero que es siempre una tentación, pero no un pecado.

¿Por qué recuerdo una vez más esta conferencia? Pues porque algunos de los que estábamos sentados allí escuchándola inmediatamente aplicamos el criterio a nuestra situación de dictadura: la acción violenta de ETA en aquella situación límite era, sí, una tentación, pero todavía dentro de unas condiciones no se podía considerar pecado. Esto ocurría, insisto, en octubre 1968: la violencia de ETA, como vivíamos en una situación límite y se estaban jugando valores superiores contra los derechos humanos y democráticos, tenía una cierta legitimidad. Esta consideración alimentó la visión moral que sobre ETA tuvimos muchísimos cristianos y cristianas de la época. Sobre todo cristianos y cristianas que militábamos en organizaciones en contra de la dictadura, de izquierdas, progresistas o como quieran ustedes llamarlas.

Lo que acabo de decir, evidentemente, no justifica nuestro error, pero explica lo que pasaba. Es verdad, y también lo tengo que decir, que en el año 1988, veinte años más tarde, Ignacio Ellacuría, en la revista *Concilium*, que es una revista de tirada internacional, condenó sin paliativos la violencia de ETA. Y tengo que añadir que ese texto ha sido en gran medida silenciado o "secuestrado" por los cristianos que han tratado de legitimar o de justificar la violencia de ETA durante muchísimos años. Por tanto, hubo un momento en que algo o alguien me abrió los ojos para percibir que la violencia etarra era totalmente intolerable y que había que posicionarse frente a ella, cayese quien cayese. Bien, esta es mi primera reflexión.



*La condena de la Iglesia del terrorismo de ETA.* Sobre esta cuestión hay un debate abierto que ha circulado constantemente en el interior de la sociedad vasca, de la sociedad española y en los medios de comunicación. Durante mucho tiempo cada vez que me llamaban de la radio o de otros medios para preguntarme sobre lo que hacía o decía la Iglesia vasca sobre el terrorismo, yo respondía: “Me preguntas qué hace y dice la Iglesia vasca o qué hace y dice José M<sup>a</sup> Setién. ¿Cuál es tu pregunta? Porque de la Iglesia vasca son también algunos de los portavoces de Gesto por la Paz, aunque no tengan la representatividad de los obispos, o los jesuitas Alfredo Tamayo y Antonio Beristáin en San Sebastián, los teólogos Nacho Calleja en Vitoria y Rafael Aguirre en Bilbao”.

Una de las cuestiones que más se han debatido sobre el comportamiento de los obispos ha sido sobre si han condenado o no la violencia de ETA. Tengo que afirmar con toda claridad que la condenaron desde el principio. Pero con la misma nitidez he de decir que lo hicieron de una manera elíptica hasta el año 1984. Es decir, nunca apareció en la condena el nombre de ETA hasta el año 1984, en un documento de todos los obispos vasco-navarros. Es decir, desde el año 1968 pasaron dieciséis años antes de que los obispos se atrevieran a poner el nombre de ETA en la condena. Mientras se usaban fórmulas como “alguien entre nosotros cree que la violencia...”.

Obviamente mantengo una posición crítica con esta tardanza injustificada en nombrar a ETA, aunque me consta que en alguna ocasión el retraso se debió al consejo que dieron a su obispo la mayoría de los miembros del Consejo del Presbiterio de la diócesis de Bilbao. Pero también conviene recordar que los obispos vasco-navarros el año 1989, con motivo de las elecciones generales, afirmaron tajantemente no era posible que los católicos apoyaran con su voto a los partidos que hacían compatible la violencia de ETA con su conciencia moral, y por lo tanto que no se podía votar a la izquierda *abertzale*. Como consecuencia de ello hubo algunas peticiones de miembros de la izquierda *abertzale* para que les borrarán de los libros de bautismo.

*La referencia a las víctimas.* El gran error que ha cometido la jerarquía de la Iglesia vasca en sus pronunciamientos es no haber tenido en cuenta la referencia de las víctimas. Y me parece un gravísimo error porque la tradición cristiana y la tradición católica se ha enriquecido profundamente en sus planteamientos

morales durante la segunda parte del siglo XX como consecuencia de su reflexión acerca de la cuestión de cómo hablar de Dios después de Auschwitz. La referencia a las víctimas es la gran cuestión pendiente para la Iglesia vasca: qué hace actualmente y qué debe hacer en relación con las víctimas del terrorismo; cómo las víctimas modulan su discurso moral, su llamada a la reconciliación, su llamada al diálogo.

*¿Qué pienso del presente?* Pues yo estoy de acuerdo con lo que aquí se ha dicho. Me parece gravísimo que se esté pasando página sobre el tema del terrorismo a base de manipular la memoria, unas veces de manera encubierta y otras más explícita. Es decir, empezamos a meter elementos variados en la memoria y al final desaparecen los sujetos de ese memorándum que son, no simplemente quienes sufren, sino quienes han sido victimados como consecuencia de la violencia política. Y por eso nada será lo mismo en Euskadi o en Euskal Herria después de ETA. Y nada debe ser lo mismo. Y si es lo mismo, se traicionará la memoria de las víctimas. Y cuando digo nada quiero decir nada: ni la política, ni la Iglesia, ni la cultura. Ni siquiera los partidos de San Mamés, donde se ha gritado “ETA mátalos” y no se suspendieron nunca los partidos.

Y, ¿qué decir cara al futuro? Nosotros tenemos una sociedad desmovilizada para todo, también para la memoria de las víctimas. Yo estoy absolutamente de acuerdo en que no es la sociedad civil la que ha parado a ETA; vamos, esto sería una ingenuidad. Siempre he puesto este ejemplo. Cuando en uno de aquellos interminables secuestros de ETA nos reuníamos todos los lunes en Bilbao delante del Banco Vizcaya, en la plaza Circular, en silencio, al poco tiempo se pusieron los de HB también enfrente y nos gritaban: “Ahora pacifistas, antes falangistas”. Así no sé cuántos lunes durante no sé cuántos meses. Pues bien, la mayor parte de la gente que durante aquel cuarto de hora pasaba por allí no estaba en ninguno de los dos grupos allí parada, sino que iba al Corte Inglés ¿No le importaba nada el terrorismo? Mientras no le tocara a él no sentiría indignación suficiente para movilizarse. Ety Hillesum dice que hay una indignación de raíces profundas y otra que no lo es, y que la indignación de raíces profundas sólo es aquella que está provocada por el sufrimiento de los otros, y no de los propios.

Por lo tanto, o las pequeñas organizaciones que todavía convocan estas cosas y las personas que pertenecemos a esas organizaciones, o que andamos



alrededor de ellas, tratamos de influir en esta sociedad para movilizarla cara a la construcción de un futuro o, si no, yo me temo mucho que los poderes políticos, los que ejercen el poder político, buscarán entre ellos una solución rápida al conflicto de la violencia política, siguiendo aquellos eslóganes que aprendimos de niños de "por la paz un Ave María", o aquellos otros que pusieron en circulación los pamplonicas cuando gritaban "San Fermín, San Fermín", para evitar la conflictividad en la plaza de toros.

No es posible construir el futuro sin enfrentarse con la memoria conflictiva de las víctimas, que es muy peligrosa, como antes se nos ha recordado. Pero donde hay peligro hay salvación, que también aquí se nos ha recordado.



### **Mª LUISA GARCÍA**

Tiene una dilatada experiencia en educación: como docente ha sido profesora de euskara primero y de inglés después, tanto en Educación Primaria como en Secundaria Obligatoria. Estuvo dos años en el Proyecto Bilingüe del Estado de California (USA) como profesora y a su vuelta trabajó también en el diseño, desarrollo de materiales curriculares y formación del profesorado en los proyectos de plurilingüismo de la Federación de Ikastolas y del Departamento de Educación del Gobierno Vasco. Desde 2003 es asesora educativa del Berritzegune de Donostia y también ha sido Presidenta de BETEA (Asociación de profesores de inglés del País Vasco).

Entre 2009 y 2013 fue Directora de Innovación Educativa del Departamento de Educación del Gobierno Vasco y Presidenta del Consejo Escolar de Euskadi.



Egun on guztioi. Primero también me toca agradecer a la Fundación y al Instituto Valentín de Foronda esta invitación que acepto de muy buen grado y con un poquito de humildad, porque tengo, como ha dicho Eva, una dilatada carrera profesional en el mundo de la docencia, sobre todo en lo que respecta a la enseñanza de las lenguas, pero no tanto en programas de convivencia.

Yo voy a centrar mi intervención en el concepto de educación en valores. Voy a hablar un poco del pasado y haré una pequeña nota autobiográfica, como ha dicho Javier: cuál fue mi despertar frente a este problema. Hablaré del presente, de las cosas que se están haciendo, porque por fin se están haciendo cosas, y de alguna nota sobre el futuro y la juventud.

Bien, para empezar yo tengo el firme convencimiento de que educar es educar en valores, y que educar es educar a la persona en su totalidad, trascender de lo que son contenidos curriculares y educar personas que sean ciudadanos críticos y responsables. Es algo que siempre ha estado en la escuela de manera implícita y muchas veces de manera no consciente, ya que transmitir valores es la esencia misma de la educación. Bien, la novedad de la educación en valores, si hay alguna novedad, es su visibilidad. Ya no es implícita, sino explícita. Se ha ido incorporando a los nuevos currículos y a los nuevos programas escolares.

También se habla mucho de una cierta crisis de valores, de falta de referencias morales y cívicas en la juventud. Incluso desde algunas instancias se pone en duda el propio hecho de que la institución escolar deba educar en valores cívicos. Todos hemos sido testigos de esa forma de pensar. La escuela, como institución social, y el profesorado transmiten valores en su labor diaria. Cuando fomentan el espíritu crítico del alumnado, cuando les ayudan a reflexionar, cuando aceptan a cada alumno o a cada alumna en su individualidad y en su diversidad, cuando les ayudan a adquirir estrategias de aprendizaje, cuando les aconsejan y orientan en situaciones difíciles... Se demuestran valores en cada una de las actuaciones de la escuela, pero también se transmiten valores o contravalores cuando esas mismas instituciones no actúan. Y es lo que podemos decir que ha pasado.

Para terminar sobre educación en valores me gustaría resaltar que es uno de los grandes desafíos de la profesión docente, y así lo reconoce la propia Comisión Europea, cuando establece el marco de competencias del profesorado, tanto en

su formación inicial, a cargo de la universidad, como la formación a lo largo de toda su trayectoria docente. Y establece tres grandes conjuntos de competencias: trabajar y gestionar el conocimiento (lo que identificaríamos con la labor más tradicional de la escuela), trabajar con las personas y trabajar con y en la sociedad.

En Euskadi, y por razones que a ninguno se nos escapan aquí, este fortalecimiento de la institución escolar en el marco de una convivencia democrática y en paz tiene una importancia capital. Sobre el aula, igual que sobre la mayoría de la sociedad vasca, ha pesado el silencio. Un silencio que impidió que esta educación ciudadana para una convivencia democrática fuera completa. Un silencio que ha posibilitado una generación de jóvenes extraños a este relato de sufrimiento, a un sufrimiento que les rodeaba sin que mediara, en muchos casos, explicación alguna.

Dice Javier Elzo que el terrorismo lo contamina todo, el corazón y la razón, y yo lo creo porque en mi caso fue así. Mi despertar a este tema, mi concienciación, fue debida a un acontecimiento que no me afectó personalmente, pero que sí me rozó muy de cerca. Voy a contar mi experiencia rápidamente. Corría el año 1986, yo era una joven maestra que trabajaba en un ambiente rural, en Guipúzcoa, en Oiartzun, y en el barrio de Altzibar, en el que pegado a la escuela estaba el cuartel de la Guardia Civil. La mayoría de los niños del cuartel, de los hijos de los guardias civiles, venían a nuestra escuela y, en concreto, como yo tenía el aula que era bilingüe, del modelo B, en euskera y en castellano, venían a mi aula, a mi *gela*. La mañana del 24 de diciembre de 1986 una bomba en el Carrefour mató al padre de uno de mis alumnos de cuatro años. Para mí ya no sólo fue un despertar, vamos a decir, traumático, sino que la reacción de la escuela como institución, del centro escolar frente a ese hecho, fue lo que cambió mi percepción sobre las cosas. Ha habido más casos y más situaciones, pero eso fue realmente algo que me costó mucho elaborar y olvidar. No lo he olvidado y me costó mucho elaborarlo para mi propia experiencia.

Yo creo que en estos momentos, y vamos al presente, estamos saliendo del silencio y de la oscuridad. Con este fin, yo creo que podemos decir que la educación puede y debe contribuir, ya no sólo a que ETA desaparezca, que podemos decir que sí, que ha desaparecido, pero desde luego a que nunca regrese, a que algo así nunca vuelva a pasar. Con este fin la escuela ha ido abriendo sus puertas, las puertas de las aulas a las víctimas, para que el testimonio cívico, valiente y



sobre todo su relato directo, de primera mano, eduque la razón y el corazón de nuestros jóvenes y de los profesionales de la educación.

El primer impulso que posibilitó esta presencia vino del Plan de Convivencia Democrática 2010-2013, impulsado por el Gobierno Vasco, y en concreto de la aportación que a dicho Plan se hacía desde el Departamento de Educación. El objetivo final de la presencia de las víctimas era dotar a nuestros jóvenes de lo que podemos llamar una armadura ética, un revestimiento democrático de defensa de los derechos humanos y, sobre todo, de denuncia de su vulneración. Cosa que además está en nuestro currículum. O sea que no es algo que se añada a la escuela, sino que es parte de las funciones de la escuela. Y en el marco curricular, que es el marco que nos rige en la escuela, hay que decir que fue dentro de la asignatura Educación para la ciudadanía donde se insertó la presencia y el testimonio de las víctimas. También en este momento es preciso señalar que esta asignatura ha sido la asignatura que la nueva Ley de Educación LOMCE ha hecho desaparecer del currículum. Con lo cual habría que ver dónde y en qué momento, en qué marco curricular y escolar se inserta todo esto.

Pero bueno, volvamos al tema. El objetivo era que los centros educativos, dentro de su autonomía y dentro de su proyecto educativo, modularan, diseñaran, como acto educativo, la presencia de las víctimas en la escuela. El Consejo Escolar de Euskadi dictaminó sobre este tema y dijo que los cambios curriculares que posibilitaban la presencia de las víctimas eran necesarios, y que además se apreciaba una mejora positiva de los programas escolares en este aspecto. Y además añadía que la aportación del testimonio de las víctimas era un recurso pedagógico de primer orden, muy valioso, y que contribuía al proceso de educación para la convivencia.

Finalmente, el Consejo pedía que todo este programa fuera guiado por criterios pedagógicos y que se pusieran los recursos necesarios para llevarlo a cabo. Bien, pues hay que decir que para atender estas demandas, tanto de los centros como de la comunidad educativa, se pusieron en marcha varias iniciativas. Una fue la web Bakegune, que todavía funciona, con recursos educativos abiertos a toda la comunidad educativa, que merece la pena visitar, con testimonios, con unidades didácticas... Y a los primeros centros que pidieron la experiencia se les ofreció un seminario de formación a lo largo del curso 2010-2011, y también se formó a las propias víctimas, de forma que podemos hablar de auténticas víctimas educadoras.

En su totalidad fueron en aquel momento 54 centros los que participaron en el seminario formativo, repartidos en los tres territorios y de ambas redes educativas, tanto centros públicos como privados concertados. El programa sigue: ya no se llama Víctimas educadoras, sino Adi-adian. Hay muchísima demanda por parte de los centros educativos para que estos testimonios se lleven a las aulas. Con lo cual, yo creo que el presente en educación es más esperanzador que el pasado.

Hablando del alumnado: ¿cuál fue su reacción? Hay que decir que fueron alumnos y alumnas mayorcitos, de los últimos cursos de Educación Secundaria Obligatoria, de Bachillerato, entre 14 y 18 años, los que participaron en el programa, y vivieron con muchísima naturalidad la experiencia. Y si me permitís, hoy voy a leer dos notas que estos alumnos enviaron, de agradecimiento, a las víctimas educadoras que estuvieron en su centro.

Una dice así: *Me alegro mucho, me alegró mucho de tu visita a nuestro colegio. Había visto testimonios de familiares de los fallecidos de ETA en la televisión, pero nunca tan reales como el suyo. Me ha hecho recapacitar sobre el tema de perdonar al asesino, aunque sigo pensando que a mí me resultaría muy difícil. Espero que todo te vaya bien en la vida. Y otra, que dice: ¿Se puede vivir sin odio? Vosotros nos habéis demostrado que sí. Nosotros querriamos aplicarlo a nuestra filosofía de vida. Sabemos que es difícil, pero lo intentaremos, acordándonos de vuestro testimonio. Hay más y la verdad es que son muy hunkigarriak, muy emocionantes, y a mí, de alguna forma, me dan esperanza en el futuro.*

Y respecto al futuro, pues yo quiero de alguna forma establecer una nota de optimismo manifestando mi convencimiento de que la tarea educativa es primordial en este campo. No es el único campo que tiene que trabajar en este sentido, ni es el único responsable, pero sí tiene una posición privilegiada dentro de la sociedad para poder transmitir todos estos valores a nuestros jóvenes. Yo creo que tenemos una oportunidad para convertir a nuestro alumnado en la generación que en el futuro cercano pueda garantizar lo que nosotros no hemos podido, conseguir una convivencia en paz y en libertad, integradora y duradera para nuestro país.

Eta besterik gabe, momentuz, mila esker.



## ANDER LANDABURU

Nacido en 1944 en París, Ander es el cuarto hijo del que fuera vicepresidente del Gobierno Vasco en el exilio, Javier Landaburu. Estudió periodismo en el CFJ de la capital francesa y desarrolló prácticas en el diario *Le Monde* y en el semanario *Le Nouvel Observateur*. Muy pronto, a los 24 años, se trasladó al País Vasco, donde compaginó sus clases de francés con la corresponsalía de la agencia *Reuter*, y alguna que otra colaboración con medios franceses. En 1972, y a través del viejo amigo Luis Carandell, le llama Juan Tomás de Salas para incorporarse al proyecto de *Cambio 16*. Luego fue delegado del *Grupo 16* (Cambio y Diario).

En 1984 se marcha de corresponsal del *Grupo 16* a México, y allí estará casi cinco años, cubriendo informativamente Centroamérica, el Caribe (Cuba, Haití, Santo Domingo) y puntualmente Colombia. A su vuelta a Europa es nombrado corresponsal dos años en Bruselas, coincidiendo con la primera presidencia de España en la Comunidad Europea, y más tarde viaja al Este a raíz de la caída del Muro de Berlín. Posteriormente regresará a París donde residirá tres años, también como corresponsal. Luego fue nombrado director adjunto de *Cambio 16* y se instalará en Madrid en 1994. A finales de 1996 es nombrado delegado de la edición de *El País* en el País Vasco, hasta su jubilación en 2008.

En la actualidad, después de colaborar en la serie de televisión “Transición y Democracia”, y en el documental “Mirada Profunda” sobre Iñaki Azkuna, ha codirigido la serie de siete capítulos y la película “Historia del Gobierno Vasco en el exilio”.



Eskerrik asko denori, muchas gracias a la Fundación y a la Universidad por invitarnos. Siempre es un poco difícil hablar, sobre todo de la prensa, porque han sido tantas noticias, tanto trabajo durante tantos años, que resumirlo es imposible. Pero bueno, leeré algunos apuntes que hice al respecto, volviendo un poquitín al final de la dictadura.

En la dictadura, ya vimos lo que era, evidentemente, la opresión contra los medios, contra la gente, contra los sindicatos, la prohibición de los partidos, etcétera. Bueno, ¿qué os voy a contar? Después del fin de la dictadura se multiplicaron nuevas corrientes de opinión, nuevos medios de comunicación y nuevas formas de transmitir las informaciones. Sin embargo, casi cuatro décadas después es imposible obviar que el viejo dogma de nuestra profesión, que el periodista debe ser testigo y nunca protagonista, se ha derrumbado, a pesar de la voluntad de la mayoría de los que ejercen este precioso oficio. Informar en el País Vasco nunca ha sido fácil, como tampoco lo es convivir razonablemente. Euskadi ha sido el lugar en que los periodistas y sus medios han estado especialmente amenazados por la intolerancia de los radicales y por los zarpazos de los terroristas, y uno de los últimos reductos de Europa en donde se prohíbe, se prohibía a los periodistas formular sus preguntas en una rueda de prensa.

Desgraciadamente, la falta de respuesta común de las empresas, debido a las rencillas y a la dura competitividad entre los medios, ha llevado al sangrante hecho de que unos periodistas se hayan sentido, o hayan estado, en el punto de mira del terror, mientras que muchos compañeros de profesión, debo decirlo, prefirieron mirar hacia otro lado.

Voy a remontarme un poquitín, hasta lo que para mí fue un shock, yo creo que para toda la profesión, el primer asesinato de un periodista que fue, como recordarán algunos, el de nuestro amigo, mi amigo en este caso, José María Portell. Pero, sin embargo el asesinato de José María Portell, de cuya muerte hace ya, más o menos, treinta y cinco años, creo, cambió la percepción de muchos periodistas, y de algunos periódicos respecto a ETA. Evidentemente, la muerte de José Mari iniciaba a su vez la ruptura con cierto lenguaje, a veces complaciente o ambiguo a la hora de contar, nombrar o definir las acciones y atentados de ETA. Muchos profesionales rompían con cualquier intento de

explicación, y hasta de justificación de los actos reivindicados por ETA, y se comenzaba a llamar a las cosas por su nombre, porque no siempre había sido así, evidentemente.

Entonces, recordando aquel asesinato, quiero leeros un poquitín la estrategia de ETA respecto a algunos medios. ETA en su comunicado lo dejaba bien claro en el párrafo final de su misiva: “*En principio, advertimos públicamente a Cambio 16, Diario 16, a Gaceta del Norte y Pensamiento Navarro que de proseguir en su política ante ETA nos veremos forzados a actuar consecuentemente defendiéndonos de sus ataques con el único instrumento que las circunstancias nos permiten, la lucha armada*”. Evidentemente, la amenaza era clarísima.

Pero bueno, muchas publicaciones, como *Cuadernos para el Diálogo, Cambio 16 o Triunfo*, intentaron durante un tiempo tratar la situación vasca y el fenómeno etarra con seriedad. Evidentemente con sus limitaciones, por la dura censura del régimen franquista y de los difíciles años de la transición.

Por otro lado, ese despliegue informativo con respecto a la actividad de ETA dio un empuje propagandístico enorme a una organización que alcanzaba, gracias a esa pantalla, una proyección internacional indudable, muchas veces fomentada por los numerosos corresponsales extranjeros afincados en España en esos últimos años de franquismo, corresponsales entre los que me incluyo, evidentemente, por serlo de la agencia Reuters en Euskadi.

Se hablaba de guerrilleros, de lucha de liberación nacional, de combatientes por la libertad, todo ello envuelto en esa aureola antifranquista que tanto impactaba en la izquierda europea. Y en muchos de nuestros medios se siguió hablando de organización ilegal ETA, de militantes o de activistas de la organización armada o de grupo independentista. Hasta que la muerte de Franco, las primeras elecciones democráticas y la Transición ayudarían a clarificar estos conceptos, a precisar el lenguaje y la terminología respecto a esa violencia, y definitivamente a nombrar a ETA como organización terrorista. Tardó muchos años, pero sus acciones serían definidas desde entonces como atentados criminales.

Siempre es difícil hablar de uno, pero bueno. Yo me tuve que marchar en el año 1984, por amenazas: tenía ya tres juicios pendientes, amenazas de la extrema derecha, la Triple A, el Batallón Vasco-español, y ya las primeras amenazas



de ETA. Cuando escribimos un tema sobre el “impuesto revolucionario” las amenazas fueron más directas, pero yo me marché sobre todo por cansancio. Yo creo que estaba muerto, ya estaba agotado, me aburría tanto el tema y me preocupaba tanto que me tuve que marchar y hacer el periplo que ha contado nuestra compañera, por Méjico, Bruselas, París, donde me reencontré un poco con mi ciudad, y ya vuelvo a Madrid, pero mientras tanto aquí se padecieron años muy duros. Y ya antes de marcharme, los años que hemos llamado los “años de plomo”, donde recuerden que en 1979 y 1980 ETA mató a 78 y 96 personas, respectivamente. En ese trágico año la organización terrorista intentó de nuevo asesinar a otro periodista, José Javier Uranga, que era acribillado en Pamplona delante de su periódico.

Bueno, todo esto nos lleva a situarnos en cuál fue realmente la postura y sobre todo la estrategia de ETA contra la prensa. Pues bien, ETA ya había atentado contra otros colectivos de profesores, de empresarios, de militantes de organizaciones políticas. En relación a la prensa, como digo, esta ya había sido tocada y amenazada en algunos casos por los pocos periodistas que nos atrevimos a enfrentarnos a ellos. Pero en ese momento, a medida que avanza la democracia en España, en ETA y en el mundo radical de su entorno se acepta una concepción nueva e insultante para los medios de comunicación basada en la identificación del periodista con el policía. A partir de esos años se sostendrá que los medios de comunicación son una parte de la estrategia policial del Gobierno español, y más tarde del Gobierno vasco. Aparecerán las primeras pintadas en carteles, paredes, llamándonos *txakurras de la pluma*.

El ataque radical entraba en una estrategia bien elaborado desde el año 1990, cuando la coordinadora KAS hizo público un documento titulado “Propuesta de la línea de actuación ante los *mass media*”. En él se afirmaba que el objetivo de los medios, y cito, “es *ganarnos la batalla de la opinión pública, y se constituye en la cuarta pata de la mesa que es el actual entramado político, junto con la represión y las formaciones políticas del pacto*”. El pacto se refiere al Pacto de Ajouria Enea.

Se preparaba una nueva ofensiva, y así, en 1995, la Coordinadora Abertzale Sozialista, grupo que constituía el mayor de los radicales, presentaba una nueva ponencia de debate llamada “Txinaurriak”, os acordaréis, hormigas. En él se

afirmaba: “*En nombre de la libertad de expresión, en nombre de la democracia, (los periodistas) realizan un trabajo y (provocan) un dolor tremendo, con una impunidad total. La participación en el conflicto ha sido concreta, directa e importante, pero ‘no se les puede tocar’... Habría que hacer una labor concreta en torno a los medios de comunicación, pero exige dar primero algunos pasos... La dinámica de denuncia y presión que hay que realizar de los periodistas está sin hacer. Y finalizaba diciendo: Hay que crear una dinámica que tenga que desarrollarse desde otros tipos, para que luego la lucha armada tenga un apoyo sólido*”. A esto se llamaría más tarde la “socialización del sufrimiento”.

En un magnífico libro de uno de los mejores expertos sobre ETA, nuestro amigo Florencio Domínguez, *Las raíces del miedo*, este destacaba varias ideas relevantes de este histórico documento donde se consideraba a los periodistas como parte del conflicto, y que atentar contra ellos requería de un tiempo previo de preparación para la intervención etarra final. A esa perversa concienciación contribuían inconscientemente algunas declaraciones de dirigentes nacionalistas que calificaban a algunos medios de *Brunete mediática* y también trabajos más sesudos de escritores y profesores de universidad que afirmaban que “*los medios de comunicación tratan el complejo tema de ETA desde la posición de quien toma parte en un conflicto, no de quien se distancia del mismo para intentar hacerlo comprender en general y en particular, que es la forma originalmente aceptada de hacer periodismo en otros ámbitos*”.

Muchos de los profesionales que nos opusimos a estas tesis considerábamos que primero uno debía ser ciudadano, y como tal ser beligerantes ante cualquier dictadura para defender la libertad, y sobre todo el primer derecho, que es el derecho a la vida.

Luego llegaron las amenazas y atentados contra una de nuestras redactoras de San Sebastián. A Aurora Intxausti le pusieron una bomba a la familia. Ella salía con el niño, con su marido, y la bomba que estaba en la puerta no estalló por un defecto del mecanismo y tuvimos la suerte de que no se produjeran víctimas. Pero eso, claro, cambió un poco todo, toda nuestra vida en cuanto a redacción. Fue entonces cuando se nos impusieron medidas de seguridad por el Departamento de Interior, lo que nos obligó a algunos a aceptar llevar escolta; en nuestro caso a Genoveva Gastaminza, Isabel Martínez, José Luis



Barbería y yo mismo. A nosotros y a otros muchos más, además de tener que tener que mirar todas las mañanas debajo del coche, cambiar de rutas, de horarios, de comidas... Entonces vivimos unos años complicados. Esto duró casi diez años. Diez años son muchos años con escolta. Pero bueno, algunos de vosotros ya sabéis lo que es.

Desgraciadamente, a esto se le añadieron las amenazas continuas en publicaciones como el *Egin* de entonces, el *Ardi Beltza* del famoso Pepe Rei o ya directamente algunos *zutabes* de ETA, donde aparecimos amenazados con nuestra propia foto. Todo eso fue bastante reciente y perturbó, evidentemente, nuestro trabajo cotidiano. Yo personalmente no padecía miedo, pero preocupación evidentemente sí. Era algo que ya habíamos vivido en épocas anteriores, cuando a las tres o cuatro de la mañana llamaban a nuestra mujer para amenazarle. Era otro tipo de amenazas, era la extrema derecha. En este caso ya era de ETA, directamente.

Pero bueno, hubo ya una reacción bastante importante entonces con lo de Aurora Intxausti y a los pocos meses con lo de mi hermano Gorka, que provocó movilizaciones, cuando casi doscientos periodistas se concentraron en el Peine de los Vientos en San Sebastián. Nuestro colectivo se mostró muy firme ante estos nuevos atentados. En el texto del manifiesto allí leído se advirtió claramente a ETA de que pasara lo que pasara los periodistas defenderíamos la libertad de expresión, manifestando a la sociedad que debía ser muy consciente de que el intento de cercenar esa libertad de expresión conllevaba el riesgo de su propia destrucción como sociedad democrática y acarrearaba la imposición de una nueva dictadura.

Toda esta evolución yo creo que fue debida a varios factores. El asesinato de Portell, como os he dicho, provocó una sacudida en nuestra profesión. Es cierto que también los atentados mortales posterior contra nuestro amigo José Luis de Lacalle, otro colega. Y luego contra muchos de nuestros amigos, de los que voy a citar aquí el nombre de Fernando Buesa, por ejemplo, o de Enrique Casas o de Montxo Doral, al que conocí bien.

Se llegó a sugerir en ese momento que la prensa debía silenciar en lo posible los actos violentos de los terroristas. Hubiera sido paradójico, después de cuarenta años de dictadura y de la celebración de las primeras elecciones

libres de 1976. ¿Cómo la sociedad iba a avanzar en su formación democrática si los medios de comunicación aplicaban su propia censura? No obstante hay que decir que se tardó demasiado en lograr esa casi unanimidad y repulsa ciudadana, tardaron muchos años, pero los medios en ese momento no podían censurarse ya que vivíamos un proceso de democratización, un proceso de transición y, evidentemente, hubiese sido una aberración censurar los hechos violentos de ETA.

Voy a terminar. Contar la verdad es la modesta explicación de lo que ha ocurrido, según lo que el mensajero ha podido entender y reconstruir. Pero la objetividad no consiste en presentar los hechos con una frialdad narrativa incapaz de distinguir al verdugo de la víctima.

La presencia de la izquierda *abertzale* en las instituciones para mí no significa que ETA haya ganado. Ha tenido que renunciar a su principal seña de identidad, la legitimación del terrorismo. Sostener que todo sigue igual supone una ofensa para miles de ciudadanos que luchan y han luchado por la libertad. Y ahí haré un inciso. En Francia, durante muchísimo tiempo, durante décadas, se quiso olvidar el tema de la colaboración de muchos franceses con los nazis, con el gobierno de Vichy. Eso creó un trauma al cabo de cuarenta años, cuando de repente la nueva generación empezó a pedir cuentas a los que habían participado en la colaboración. Lo del gobierno de Vichy salió a la luz y empezaron los enjuiciamientos, los procesos contra los que habían sido colaboradores. Lo mismo pasó con un tema que tuve ocasión de investigar, el campo de concentración, de retención, se decía entonces, de Gurs. Gurs está en la frontera de País Vasco francés con Bearn, donde más de 6.000 vascos estuvieron reclusos, internados allí. Pues el caso de Gurs no se destacó hasta el año ochenta y pico, cuando un historiador de Pau, Claude Laharie, empezó a investigar. Hasta entonces no se había hablado, se había tapado, incluso plantando árboles en el espacio donde estuvo el campo. Por eso digo que no se puede tapar el pasado, no se puede olvidar lo que ha pasado. Yo creo que el papel de la prensa es recordar e investigar qué ha pasado. Recordemos que hay trescientos y pico asesinatos sin esclarecer todavía.

Es muy importante el papel de la prensa. Hace tres años que ya no hay atentados, pero no olvidemos que ETA no se ha disuelto. ETA no ha desaparecido. Muchos



intentan legitimizar ese pasado y la actividad de ETA, pero yo creo que tenemos que estar alertas para no caer en la trampa de los que quieren justificar ese pasado, desde el punto de vista violento. Estar alerta y hacer una labor de investigación y de recuerdo continuo, que es la labor de la prensa, ya que desgraciadamente hoy lo importante o la noticia se ha convertido en espectáculo, y ahí está la crisis de los medios de comunicación y de nuestra profesión.

Termino. De cara al futuro, yo creo que el tema no ha acabado y que hay que seguir luchando para el reconocimiento de las víctimas. Ahora acaban de hacer una película sobre *Lasa y Zabala*, y a mí me parece muy bien. Yo creo que ese tipo de cosas, y lo del *Gara*, hay que investigarlo. Pero al mismo tiempo estaría también bien que se hiciera una película sobre, por ejemplo, el secuestro de Ortega Lara. Todo eso hay que recordar, y yo creo que hay que trabajar con la perspectiva también de la convivencia, porque para mí todavía el tema de la reconciliación lo veo muy, muy, muy difícil.

Muchas gracias.



## LUISA ETXENIKE

Donostia-San Sebastián (1957). Ha publicado las novelas *El detective de sonidos*, *El ángulo ciego* (Premio Euskadi de novela 2009), *Los peces negros*, *Vino*, *El mal más grave* y *Efectos secundarios*, y las colecciones de relatos *Ejercicios de duelo* y *La historia de amor de Margarita Maura*. Sus relatos han sido incluidos en numerosas antologías.

Ha traducido del francés a Jacques Roubaud (*Algo negro*), Jean-Michel Maulpoix (*La cabeza de Paul Verlaine*), Claude Lanzmann (*Alguien vivo pasa*) y Virginie Linhart (*Después de los campos, la vida*).

Es directora del Festival literario “Un mundo de escritoras” que se celebra anualmente en distintas ciudades del País Vasco. En 2007 recibió del Gobierno francés la distinción de Caballero de la Orden de las Artes y las Letras.



Egun on, buenos días. Primero agradecer naturalmente a la Fundación Fernando Buesa, al Instituto Valentín de Foronda y a la Universidad su invitación. Es para mí un honor estar aquí.

Como va a tener repercusión también en lo que voy a decir, prefiero, siempre que se me presenta como alguien francófilo, decir que yo no soy una persona francófila, sino una persona mestiza. Mestiza de Francia y de otras muchas cosas. Y me parece importante señalarlo, porque definiendo las identidades plurales, complejas, dinámicas. Lo que llamaré “la libertad de identidad” ha sido y es una de mis ambiciones, porque creo que presentar la identidad como algo fijo ha formado parte de nuestra tragedia. En fin, que soy efectivamente mestiza de muchas cosas y, desde luego, de la cultura francesa, de la cultura intelectual francesa.

Mis compañeros han hablado de su experiencia personal. Yo en general no suelo hacerlo, pero me parece que hoy esta intervención sí tiene que tener algún aspecto autobiográfico, entre otras cosas porque ETA nos ha cambiado la vida, obviamente a unos más que a otros, pero a mí también.

Yo soy escritora, se me presenta siempre como escritora, pero mi primera formación es jurídica. Soy licenciada en Derecho, y decidí estudiar Derecho porque no quería estudiar literatura en una facultad, no quería acercarme a la literatura desde lo académico. El arte y la academia se aproximan a la literatura de un modo distinto, y yo no quería hacerlo como una profesora sino como una escritora. Por eso estudié Derecho. Me fui muy pronto a vivir al extranjero, con apenas veinte años, y en los años 80 volví a Euskadi, y dejé el Derecho para dedicarme a la literatura. Aspiraba a ser una escritora, una artista, y poder vivir así en una independencia de lugar y de tiempo. Para mí ser artista y dedicarme a la literatura era vivir en todos los lugares y vivir en todos los tiempos; o mejor, vivir en la atemporalidad, es decir, en las preocupaciones eternas de lo humano.

Evidentemente ETA eso lo ha impedido, o lo impidió, porque el terrorismo nos hacía vivir en el más absoluto “aquí y ahora” de la manera más radical, de la manera más puntual. Y también forzaba la necesidad de asumir una posición. Mi idea de lo que es un artista también se vio modificada, transformada, por la existencia de ETA. Y por hacer honor a mi afinidad con la cultura francesa, voy a recordar ahora a Émile Zola, que inaugura la tradición intelectual en un

determinado momento frente a lo que percibe como una injusticia en el caso Dreyfuss. Zola decide intervenir, tomar partido. Con su *j'accuse* inaugura la tradición del artista-intelectual, del artista que se implica en lo público. La existencia de ETA nos ha obligado a vivir en el “aquí y ahora”, y nos ha impedido ser simplemente artistas; es decir, nos ha exigido ser artistas-intelectuales, asumir una posición frente a lo que estaba pasando.

En fin, que yo pensaba entonces que dedicándome a la escritura iba a tener una voz, y en realidad, la violencia terrorista en nuestra sociedad me ha obligado a tener dos voces, o a escindir mi voz en dos: la voz pública por un lado y la voz artística o literaria por otro. A partir de esa voz escindida quiero compartir con ustedes algunas reflexiones.

En ambas, en esas dos voces, el terrorismo ha ejercido un impacto. Fundamentalmente porque me ha exigido vivir no sólo en la experiencia sino sobre todo en la conciencia de las cosas; y en eso me detendré al final, cuando hable, como el resto de mis compañeros, de mi idea del futuro.

La voz pública la he desarrollado, a lo largo de más de veinte años, en distintos medios de prensa, sobre todo en el diario *El País*. Y lo que he entendido como responsabilidades de esa voz pública es fácilmente resumible: una voz contra la violencia, desde un punto de vista ético pero también político. Una voz de oposición a los relativismos morales y también a los políticos. Y una voz además que reconociera la valentía política. Yo no sé cuánta memoria vamos a conservar de lo sucedido en estos años, pero sí sé lo que no voy a olvidar nunca. No voy a olvidar jamás que para que yo pudiera ir a las urnas y que todas las papeletas estuvieran presentes ha habido políticos en este país que se han jugado la vida y que la han perdido. Y naturalmente tengo muy presente el ejemplo de Fernando Buesa. Eso ha marcado también mi voz y mi actitud públicas.

Y también las ha marcado la defensa de las identidades dinámicas, como decía hace un momento. Para mí ha sido importante, en mi toma de voz pública, preferir la noción de sociedad a la de pueblo. Interrogarme e inquietarme por lo que encierran los inmovilismos identitarios, la idea de que no somos libres de decidir nuestra propia identidad sino que esta nos viene dictada de antemano, predeterminada, como “de serie”. Idea que no comparto en absoluto.



Y naturalmente otro de los elementos de esa voz pública que sigue estando vigente hoy es la responsabilidad, reconocerme una responsabilidad de testimonio y de memoria, temas que seguro que nos van a preocupar mucho, como sociedad, a partir de ahora.

Sobre la voz literaria, el terrorismo ha tenido también un impacto. Hace un momento Javier Vitoria mencionaba a Ety Hillesum. Yo estoy muy orgullosa de haber sido probablemente la primera editora de Ety Hillesum en nuestro país. Hace ya muchos años, en *La Primitiva Casa de Baroja*, editamos las cartas que escribió desde el campo de concentración de Westerbork. La editorial *La primitiva Casa de Baroja* fue el lugar de encuentro y de descubrimiento de muchos escritores e intelectuales que hoy están en la vida pública vasca. Allí aprendí muchísimas cosas y conocí a gente que fue fundamental para mí, para formar mis ideas acerca de lo literario y lo intelectual. Allí conocí, por ejemplo, a José Luis López de Lacalle.

Yo ya había leído bastante, había aprendido muchas cosas a través de los libros. Conocía a héroes de papel, conocía la heroicidad en los libros, pero entonces empecé a conocerla también en la calle, en la vida. Empecé a encontrarme con héroes cotidianos. Y aquello fue determinante para mí, en lo personal y en lo literario, orientó mi poética en dos sentidos fundamentales. El primero lo resumiré con estas palabras de Albert Camus: *“El escritor tiene que ponerse no al lado de los que hacen la Historia sino de los que la padecen”*. Yo también lo creo. Creo que la literatura tiene que estar del lado de quienes padecen la Historia. El segundo sentido es el de un antifatalismo, un antideterminismo esencial. Para mí la literatura es el terreno, el territorio donde se representa la capacidad del ser humano para defender, sean cuales sean las circunstancias, su felicidad y su libertad, para representar que el ser humano encierra en sí mismo una formidable actitud de réplica.

Yo creo que todos mis libros, de una manera u otra, lo reflejan; hablan de una humanidad capaz de dar la réplica, de oponerse a lo inaceptable y de no ser indiferente al sufrimiento de los demás.

Estamos hablando hoy naturalmente del pasado, del presente y también del futuro. Yo no distinguiría el presente del futuro. Creo que el presente es sólo un punto, que estamos siempre ya en el futuro, que lo que hacemos ahora

mismo, en este punto, es ya el futuro que estamos transmitiendo a las siguientes generaciones con nuestras acciones, pero también con nuestras omisiones, como decía Luisa García. Yo creo que estamos ya, que somos ya el futuro. Un presente/futuro de oportunidades y de responsabilidades.

Se ha hablado aquí de no pasar página. Yo creo que no hay que pasar página, sobre todo no hay que pasar página sin antes haberla leído. Yo creo que es fundamental que leamos muy bien la página antes de pasarla. Y para mí una manera de leer la página es convertir la experiencia de lo sucedido en Euskadi en la conciencia de lo sucedido, y transmitir esa conciencia. Y para mí transmitir esa conciencia es transmitir lucidez y exigencia de calidad democrática. Se habla mucho de convivencia, de reconciliación. Yo hablaría sobre todo de calidad democrática, es decir, de calidad del vivir juntos. Y en ese sentido, para mí, una manera de no pasar página, de vivir en la conciencia de lo sucedido en estos años terribles, es defender la democracia en el sentido más esencial de responsabilidad ciudadana, de conjunto de derechos, naturalmente, pero también de conjunto de deberes. Para mí la conciencia de lo sucedido tendría que hacernos particularmente sensibles a los deberes ciudadanos, es decir, a los deberes que tenemos los unos con los otros, los deberes de respeto que tenemos para con los demás.

Pero hay otra cosa que me parece importante, que me lo ha parecido siempre, desde el comienzo. Yo creo que hay que visibilizar los debates que han permanecido tapados, ocultos por la existencia de ETA, del terrorismo en nuestra sociedad, contra nuestra sociedad y contra nuestra democracia. E insistir, por ejemplo, en el debate sobre la identidad; plantearlo en nuevos términos. Entiendo que una manera de no pasar página es también defender la libertad de identidad. Las identidades dinámicas, la idea de que nadie viene predeterminado de fábrica, por decirlo coloquialmente; que no se heredan posturas, que no se heredan pertenencias, que no se heredan actitudes, sino que esas actitudes las podemos elegir, y eso dicho en determinados contextos puede resultar extremadamente importante para las nuevas generaciones. Insistir en que cada cual es libre de elegir su pertenencia y su postura.

Quisiera terminar refiriéndome al futuro en la voz literaria, en la voz de la cultura. Recordaba hace un momento Ander Landaburu las dificultades que han tenido algunos países como Francia para aceptar, por ejemplo, el colaboracionismo



de Vichy. Y que aceptarlo ha sido una exigencia de las siguientes generaciones. Estoy de acuerdo con él. Creo que las siguientes generaciones empezarán a hacer preguntas que aún no nos hacemos, porque no nos las queremos hacer, porque muchas veces la respuesta es un espejo en el que la sociedad no se quiere mirar. Y quizá la noticia del premio Nobel de literatura a Patrick Modiano, un autor que ha construido toda su obra sobre la memoria, sobre la revelación de la ocultación y las dificultades de la culpa histórica, sea en este sentido un símbolo extremadamente importante.

Dijo Hermann Broch que la única moral de la novela es el conocimiento. Yo también lo creo. Y que tenemos por ello los escritores y los artistas una particular responsabilidad de conocimiento y de memoria. Debemos abrir, favorecer, nutrir ese conocimiento de lo sucedido, y permitir que otros, las nuevas generaciones, sepan lo que ha pasado a través del arte. Me parece que la responsabilidad del arte es muy especial, porque el arte posee un poder extraordinario. Pensemos, por ejemplo, en acontecimientos tan terribles y decisivos de la Historia como la Shoah; creo que casi todos nosotros tenemos la impresión de haberlos conocido verdaderamente más a través de la literatura o el cine que de la documentación científica, histórica.

El arte es extremadamente eficaz, porque es, como ya se ha mencionado aquí también, corazón y razón. El arte nos pone -lo decía hace un momento Javier Vitoria- frente a protagonistas de carne y hueso. Nos permite no sólo entender los sucesos sino sentirlos, conmovernos con ellos. Una conmoción profunda porque aún el conocimiento intelectual con la adhesión emocional. Yo creo que la responsabilidad del arte tiene que estar a la altura de la eficacia de expresión excepcional que puede conseguir. El arte y la literatura en Euskadi ya lo han hecho, lo hacen y lo harán. No dejarán de hacerlo en el futuro. Como la literatura y el arte en otros países siguen hablando de su Historia, el arte y la literatura en Euskadi seguirán hablando del horror y la tragedia que ETA ha representado para nosotros.

Y voy a terminar con una frase que viene de muy atrás en el tiempo, pero que a mí me sigue marcando, sigue siendo un faro. Es del poeta latino Horacio. En una de sus odas dice que antes que Agamenón hubo muchos hombres valientes, pero que esos hombres valientes permanecen no llorados (*inlacrimabiles*, escribe Horacio) y perdidos en la noche oscura del olvido porque no tuvieron un poeta. Me parece muy importante ese verso y ha orientado también mi carrera literaria: yo también he querido hacer mi pequeña contribución para no dejar sin poeta, para que esos héroes cotidianos de Euskadi tuvieran su poeta, y no permanecieran no llorados, perdidos en la oscuridad de la falta de reconocimiento y del olvido. Creo que hay y habrá cada vez más voces que impidan el olvido y que busquen a través de las propuestas del arte, que siempre son estéticas y éticas, contar lo que aquí ha pasado, dar una forma justa a ese fondo terrible y trágico que hemos vivido.

Gracias.



#### Mesa 4. “La relación de las víctimas del terrorismo con su entorno social”

Modera: Idoia Estornés (Historiadora y escritora)

- **Patxi Elola** (Víctima de ETA)
- **Pili Zabala** (Víctima del GAL)
- **Paúl Ríos** (Lokarri)
- **Fabián Laespada** (Gesto por la Paz)



Para acceder al vídeo de esta ponencia:  
<https://goo.gl/BIAkJK>

## ponencias



#### PATXI ELOLA

Zarautz (1956). Jardinero de profesión. Perteneció a ETA en las postrimerías del franquismo siendo un chaval; posteriormente se incorporó EIA, EE y PSE-EE.

Actualmente es concejal en Zarautz, desde 1999, por el PSE-EE. Sufrió un atentado en el pabellón de trabajo en octubre de 1999, a los pocos meses de ser nombrado concejal. Posteriormente ha sufrido innumerables amenazas (pintadas, pasquines...), por todo lo cual “ha vivido” escoltado más de doce años (la mayor parte por la Guardia Civil), al margen de otras medidas de seguridad como los cambios de domicilio, etcétera.

Participó en la película-documental de Elías Querejeta y Eterio Ortega “Perseguidos”. Asimismo ha participado en los encuentros entre víctimas de Glenree.



Kaixo, eguerdi on guztioi. Buenos días a todos. Bueno, gracias, Idoia, por la presentación. Tengo que decir que yo soy concejal del Partido Socialista desde el año 1999 y he sufrido la violencia de persecución, creo yo que en su más dura expresión. Soy víctima del terrorismo. Entiendo yo que soy víctima, aunque ese término no guste a todos, y quizás habrá que reflexionar, pero yo sí me considero víctima y considero víctimas a otra mucha gente. Es un término que utilizamos ahora y es difícil, como tú has dicho, cambiarlo ahora.

Bien, pues soy víctima del terrorismo por luchar por la libertad, por dar la cara contra la barbarie del terrorismo y solidarizarme por las víctimas, antes de serlo también. Quiero recordar eso porque en los pueblos la gente te dice cosas sin saber.

Como se ha mencionado, pertencí a ETA político-militar al final del franquismo, posteriormente a Euskadiko Ezkerra, hasta la convergencia con el Partido Socialista y Euskadiko Ezkerra. He estado en algún otro acto y cada vez que se me presentaba anunciaban que había sido de ETA, como si fuera una sorpresa. Han utilizado el factor sorpresa anunciando eso, cuando yo no tengo nada que ocultar. Y esta vez, cuando me pidieron el currículo puse: "he sido de ETA", para que Idoia diga lo que quiera decir y el resto piense lo que quiera pensar.

Bueno, dicho esto, empecé a movilizarme contra el terrorismo antes de ser amenazado y perseguido, y por defender la libertad en contra de la intolerancia de ETA y la izquierda *abertzale*, tal como lo hice contra el franquismo. Participé en Gesto por la Paz de Zarautz desde sus inicios hasta su disolución. Y fue en esta época cuando comenzaron los primeros señalamientos, amenazas. A finales de los 70 y en los 80 me consideraban y me llamaban arrepentido, posteriormente me catalogaron de traidor y tras mi participación en Gesto por la Paz acabé siendo un *españolazo*. No soy el único. Conozco a otros muchos que han tenido mi misma trayectoria o parecida. Con estos calificativos, y ya siendo elegido concejal en 1999, estaba claro que para la izquierda *abertzale* era un objetivo claro. Yo así me consideraba y luego me remito a lo ocurrido.

A los cuatro meses de ser concejal, y en plena tregua, no olvidemos esto, en plena tregua, sufrí un atentado en mi empresa de jardinería, lo ha mencionado Idoia, resultando calcinados el almacén, la furgoneta, maquinaria y todo tipo de herramientas y utensilios necesarios para desarrollar mi trabajo. En estos casos

la pérdida material y económica sí es importante, pero bastante más me afectó, y creo que a las víctimas en general les puede afectar, el daño moral que supone esto. Porque a partir de ese momento tú sabes que si antes preveías que podías ser un objetivo, ya te han marcado como objetivo y es una ratificación de lo que a partir de entonces puede pasar, como de hecho ha pasado.

Es verdad que aparte de ese daño moral, económico..., porque el económico y el material siempre se pueden sustituir, y eso se puede arreglar, el moral y en el caso de otras víctimas que han sido asesinadas, eso ya es insustituible. Pero es verdad que yo he sentido el cariño y la solidaridad de muchos zarautzarras e incluso sin ser zarautzarras. Y eso reconforta y anima también. Hay que decirlo.

Llegado a este punto, después del atentado que sufrí, continuaron las amenazas, los insultos, las pintadas, los pasquines. Fue una persecución muy dura, muy dura. En este tiempo en que yo sufría estas amenazas finalizó la tregua, aquella tregua llamada "tregua trampa", y comenzaron los asesinatos. El primero fue en enero, el segundo fue el de Fernando Buesa y Jorge Díez, continuó con José Luis López de Lacalle, y así un sinfín de asesinatos. Es en ese momento cuando me pusieron escolta porque se entendía que podía ser un objetivo. Y es curioso que los escoltas que tuve yo durante más de seis años, siete, eran guardias civiles, y como todos los guardias civiles conocían mi trayectoria, pues también sufrí en ese sentido, con algunos, no con todos, la circunstancia de que muchos no querían estar conmigo. Pero bueno, así es la vida, y cuando uno está tranquilo y está convencido de lo que hace pues sigue adelante. Y la verdad, y quiero aprovechar el momento, quiero agradecer a la Guardia Civil y a los escoltas porque gracias a ellos y gracias a la labor de seguridad que he tenido hoy puedo estar aquí contando mi historia. Como veréis estoy narrando un poquito lo que es mi trayectoria personal en cuanto a mi vida política, que también puede ser parecida a otras muchas.

El problema cuando uno es amenazado y lo asume es que sabe a qué se arriesga y qué es lo que puede suponerle. Pero el mayor problema es cuando esa situación, esa presión, ese miedo se traslada al entorno más directo que suele ser la familia. Yo tengo una mujer y un hijo que ahora ya tiene dieciocho años, hermanos y padres, que también han sufrido eso que se denominan daños colaterales. Toda esa gente, lo mismo que yo, han sufrido, mi familia y



mi entorno, como las víctimas; en este caso estoy hablando de las víctimas de persecución. Todos tienen su familia, todos tienen su entorno y estoy convencido de que todos han sufrido con las propias víctimas. Por eso quiero, en un paréntesis, recordar la situación de las familias de los sufridores, y en este caso, de las víctimas de la violencia de persecución. En este momento se habla mucho del acercamiento de los presos de ETA. Una de las razones por las cuales se plantea este acercamiento es porque hay un sufrimiento injusto que sufren los familiares porque se tienen que trasladar a visitarles a muchos kilómetros, con lo que supone eso, la distancia, el alejamiento, y entiendo yo que es un tema que habría que tratarlo, y que desde luego ni nos olvidamos, ni la gente nos hace olvidar. Pero sí quiero reivindicar el sufrimiento de muchos familiares de otros muchos concejales o amenazados que como en mi caso han sufrido. Cuando digo concejales me refiero a un colectivo más grande, no sólo concejales sino cargos públicos y el resto de amenazados.

En todo este recorrido he querido ser un sobreviviente o superviviente. He asumido las medidas de seguridad que correspondían en cada momento y gracias a ello hoy puedo estar aquí con vosotros. Todo esto, la verdad, lo he contado en dos minutos pero podría ser mucho más amplio. Creo que siendo esquemático también se puede entender, porque veo que hay mucha gente aquí que ha vivido la misma situación que yo, y otra gente no habrá sido ajena a estas vivencias. Entonces, digo, esto que os he contado en un abrir y cerrar de ojos ha hecho que cada día y cada noche de estos años hayan sido muy, muy largos y muy penosos.

Bien, siendo concejal, hace cuatro años o así, recibí una invitación para participar en los encuentros Glencree con otro tipo de víctimas. Víctimas de distinta tipología y sensibilidad, y de distintas opciones políticas. En un principio fui muy reacio. Yo no tenía ganas de acercarme a nadie. Yo quería estar en mi tribu, quería estar con los míos, quería estar arropado, no me apetecía nada en absoluto acercarme a nadie que no fuera de los míos. Pero recibiendo la invitación de quienes la recibí, que fueron Maixabel Lasa y Txema Urkijo, y conociéndoles y sabiendo la buena labor y la trayectoria que llevaban desde el Departamento del Gobierno Vasco de Atención a las Víctimas, pues, no me pude negar. Una vez más he participado gracias o atendiendo a la invitación de esas dos personas. Fui a desgana, lo reconozco, fui muy a desgana, pero me convencieron, tenían capacidad de convencer y me convencieron, como luego

me enteré que a otras muchas víctimas también las convencieron. Tengo que decir que los encuentros no fueron en los inicios nada fáciles, porque tienes que escuchar a víctimas, en muchos casos olvidadas, de la época de la transición, de los finales del franquismo, víctimas que no conoces, no las conocíamos ni las conocía prácticamente nadie, pero contaban unas historias realmente dolorosas y escalofriantes. Es verdad que había algunas víctimas allí en esos encuentros que habían sido mucho más mediáticas y que las conocías a través de los medios de comunicación. Pero no es lo mismo conocer a través de terceros una historia que escuchar la narración de boca de un familiar con sentimiento, con dolor. Cambian mucho las percepciones, cambian mucho los sentimientos.

En estos encuentros, cuando los iniciamos, nos tratábamos, entre comillas, como los unos y los otros. Había una gran diferencia entre las víctimas porque poco a poco vas hablando, te vas sincerando y unos nos trataban como si fuéramos las víctimas de unos y nosotros les tratábamos como víctimas de los otros. Entonces conoces cada vez más al otro, término que al final no utilizábamos, pero que al principio sí. A través del sufrimiento común van cayendo barreras. Y a través del conocimiento comienza el acercamiento humano. Concluimos en estos encuentros que ante el sufrimiento injusto todos somos iguales. Tenemos un relato conjunto y adquirimos un compromiso, el de trasladar al resto de la sociedad esta experiencia, comenzando por nuestro entorno.

Voy a leer un pequeño texto de presentación pública que en el año 2013 se hizo sobre la iniciativa de Glencree:

*“Desde la iniciativa Glencree queremos sacar a la luz nuestra experiencia para ofrecer un testimonio veraz y auténtico de lo que ha supuesto su andadura, con una clara perspectiva pedagógica, especialmente dirigida a las generaciones más jóvenes, y con aspiración de influir positivamente en un entorno social que ha padecido la violencia con intencionalidad política, desde el deseo y el compromiso porque esto no vuelva a ocurrir”.*

He dicho que hubo un acercamiento humano importante, aunque a muchos pudiera parecerles poca cosa. Para mí personalmente fue muy enriquecedor y desde luego tengo que decir que sigo manteniendo muy buena relación con



muchos, por cercanía y porque los conoces ahora, y conoces sus casos, y conoces su sufrimiento y, como he dicho antes, los sufrimientos de todos son iguales.

Llegamos a una serie de conclusiones, pero una vez finalizado Glencree, cada uno teníamos que volver a nuestro lugar, a nuestras vivencias. Y entonces, vuelvo a leer otra vez lo que pone en la presentación del Seminario de Fernando Buesa, y voy a tomar este párrafo, que me parece que es de suma importancia y de actualidad, en el cual dice:

*“En estos momentos de cese definitivo del terrorismo, nos preocupa la actitud de la mayoría de la sociedad, que da el terrorismo por acabado sin que ETA se haya desarmado y disuelto, y que prefiere mirar al futuro sin preocuparle la memoria de lo acontecido”.*

La sociedad puede que no sea muy consciente de esta realidad y es preocupante, desde luego. Y si no es consciente, alguna razón habrá para ello. Pero a mí me preocupa mucho más la clase política que ha sido parte de esta macabra historia. Parece que ETA y la izquierda *abertzale* se han dado cuenta de que el terrorismo no es el camino y que no les queda otro remedio que actuar en la legalidad democrática. Pero todavía lo que debemos conseguir es que asuman la democracia con todas las consecuencias. En el tema del terrorismo no se puede admitir la equidistancia entre víctimas y victimarios, lo cual no quiere decir que las instituciones democráticas deban olvidarse de los excesos policiales y otros ocurridos durante la lucha antiterrorista. Deber que le corresponde a

las instituciones, ya que ello está en su naturaleza. Es decir, las instituciones democráticas deben de tratar y resolver cualquier tipo de injusticia. Debemos tener claro que ahora no estamos en un proceso de paz en el que debamos confraternizar dos partes antes enfrentadas, sino que los que antes han luchado contra la democracia deben aceptarla, y si lo hacen con convicción, mejor que mejor. Para ello, no valen atajos ni trampas, como ocurre en algunos casos. Yo principalmente me refiero a mi localidad, que es la que mejor conozco. Hay prisas para hablar y publicitar mesas y foros sobre convivencia, en algunos casos, cuando menos, son sospechosos de buscar réditos electorales, olvidándose de que la convivencia hay que trabajarla y practicarla en el día a día. Últimamente hay una gran proliferación de mediadores, facilitadores, proyectos, etcétera, etcétera, pero la realidad de nuestros pueblos es otra. Se siguen ensalzando a los terroristas sin importar el dolor que esto pueda causar a las víctimas.

Entiendo que se habla y que hay interés de hablar de convivencia. Yo por mi experiencia veo que no se practica y cuando se habla de esa empatía con las víctimas tampoco la percibo cuando veo las pancartas en mi pueblo ensalzando, en algún caso al terrorismo y en algunos otros casos reivindicando a los presos que desde luego pueden ser legítimas, pero en la forma en que se hacen pueden ser muy dolorosas para muchas víctimas.

Para hablar de convivencia y para trabajar por ella hay que ganar primero la credibilidad. Y yo en este caso soy bastante escéptico. Espero que con mi intervención no haya herido a nadie. Y sin más, acabo aquí.

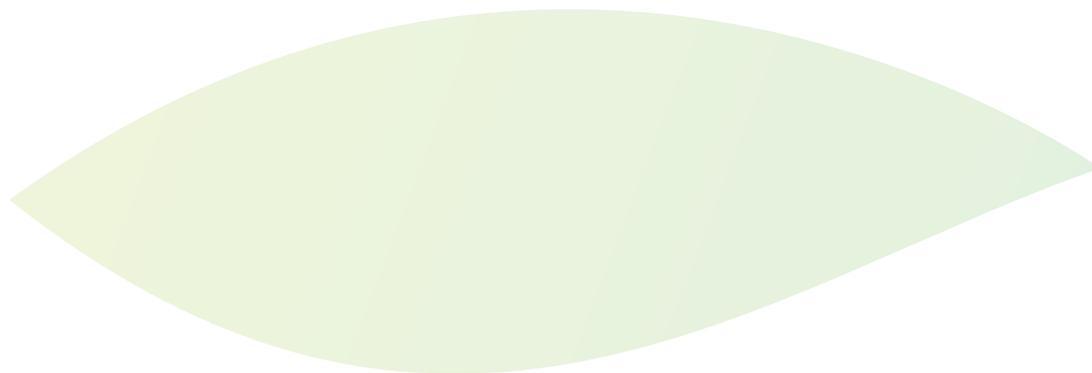




## PILI ZABALA

Tolosa (1968). Ha realizado estudios Universitarios de Odontología en la UPV/EHU (1992) y cursos de Doctorado de Epidemiología y Salud Pública en la UPV/EHU (1996-1998). Funcionaria de carrera del Departamento de Educación tras las oposiciones del 2008 por la especialidad de Procedimientos Sanitarios y Asistenciales. Experta en Odontología Forense por la Universidad de Granada (2011).

Ha colaborado junto a Paco Etxeberria y otros profesionales de la Facultad de Medicina de la UPV/EHU en la identificación de los restos óseos de la fosa de Loma de Montilla (Burgos). Máster en PNL (Programación Neurolingüística) por el CPI (Centro de Psicología Integral) en 2012.



Es la quinta de seis hermanos. Su hermano José Ignacio Zabala, nacido el 6 de enero de 1962 (el segundo de los seis), desapareció el 15 de octubre de 1983 junto a José Antonio Lasa. La acción no fue reivindicada por los GAL hasta ser identificados los cuerpos, el 21 de marzo de 1995, tras casi doce años desde su desaparición forzada.

En noviembre de 2011 realizó un curso para poder entender el sufrimiento humano y ahí comenzó a tener fuerzas para poder hablar en público sobre su experiencia vital. Hoy en día, además de participar en el proyecto Adi-Adi del Gobierno Vasco y de dar mi testimonio en las aulas a alumnos de entre quince y dieciocho años, intenta ser lo más coherente posible y escribir artículos de opinión que son publicados en diferentes periódicos.





Egun on, buenos días a todos. Ante todo quiero agradecer el gesto amable a Marta y su interés en invitarme a participar en este coloquio, dentro de la fundación que lleva el nombre de su padre.

Yo voy a contar cosas que aquí no se han oído, que son muy, muy, muy distintas, pero es que las tengo que decir. Eso sí, desde mi más firme respeto a todos los aquí presentes y, sobre todo también, a los que no están porque les han arrebatado la vida.

Para explicar lo que a mí me ha sucedido quiero que tengáis siempre en cuenta, y yo siempre recalco lo mismo, que yo respeto todas las sensibilidades políticas, y cuando intento transmitir mi dolor, mi vivencia, mis críticas para algunos sectores políticos, siempre pienso que voy a estar siempre del lado de toda víctima, de toda víctima del terrorismo, y que toda víctima merece mi respeto, sea más o menos conocida, y que por eso considero que a mí también se me tiene que tratar con ese respeto. Durante muchos años he sufrido mucho dolor, por una sinrazón y una injusticia que durante demasiado tiempo ha estado oculta, no ha interesado divulgar. Y ese desprecio callado que yo he vivido, responsabilidad de muchas entidades oficiales, me ha causado mucha tortura psicológica.

Yo tengo mucho pasado que contar, y este empezó hace treinta y un años. Ayer se cumplían justo treinta y un años del secuestro, desaparición forzada y posteriormente, como supimos, torturas y asesinato de mi hermano José Ignacio Zabala Artano y de José Antonio Lasa Aróstegui.

16 de octubre de 1983. Estábamos en democracia y una desaparición forzada ocurre solo en una dictadura. Primera reflexión. ¿Qué se hizo mal en la democracia para que dos desapariciones forzadas no se hubieran esclarecido? Esta es mi primera reflexión.

Para mí es muy importante. Hace ya treinta y un años que sucedió esto y he estado aproximadamente veintiocho, veintinueve años sin hablar. Sin hablar porque no podía hablar, el dolor era superior, y no podía contar mi relato porque me emocionaba y lloraba. Desde entonces llevo muchos años reflexionando, pensando. Siempre he tenido libertad de pensamiento, y esa libertad de pensamiento me ha hecho ser persona, con un criterio propio, no distorsionado ni contaminado por otra serie de factores. Siempre me ha parecido muy importante,

y yo siempre digo, yo no pertenezco a ninguna tribu, yo no he tenido el apoyo solo de una tribu, y ahora hablaré de eso.

Para mí, mi tribu es el conocimiento y el saber la verdad, el conocimiento. Me refiero a que hoy en día lo más importante para mí es utilizar todas las herramientas disponibles del saber, de las diferentes disciplinas del conocimiento humano, para poder conseguir lo que todos queremos conseguir, que es la paz, la convivencia y la reconciliación. A algunos no les gusta la palabra reconciliación, lo dejaremos en convivencia.

Respecto a mi pasado. Para mí hay unos sucesos claves que definen mucho mi personalidad. Principalmente es el secuestro y desaparición forzada de mi hermano. Yo nací en mayo del 68 y yo era la quinta de seis hermanos. Mi hermano José Ignacio Zabala Artano nació en enero, el día de reyes de 1962. Tenía seis años más que yo. Y recuerdo, era el 6 de noviembre de 1981, cuando dos personas, yo no sabía quiénes eran, llegaron a mi casa. Luego nos dijeron que eran policías nacionales y que venían a buscar a mi hermano, que había intentado atracar un banco en Tolosa con otras tres personas. Para mí ese fue el primer golpe más duro en mi vida. Tenía trece años. Para mí, que he estudiado y he sido educada en la educación cristiana, el mandamiento de robar, la acción de robar, no era correcta.

Estos policías no nos dijeron que mi hermano era de ETA, pero luego ya, posteriormente, se oían rumores. A mí mi hermano nunca me dijo que él era de ETA. Por eso me duele mucho cuando me presentan como la hermana del etarra. Yo soy la hermana de José Ignacio Zabala Artano, y me llamo Pili Zabala Artano. Y no quiero que exista esa connotación para que se me presente de esa otra manera.

Tras este suceso, obviamente, en mi casa se instaló el miedo, el dolor, y no tuvimos noticias de mi hermano hasta que se refugió en el Estado francés y consiguió el estatuto de refugiado vasco. Durante dos años solíamos irle a visitar, y en lo que sí quiero hacer hincapié es que en enero de 1982 la Guardia Civil, con las metralletas, a las dos de la mañana, entró en mi casa, nos despertó a todos, y nos reunieron a todos en una habitación. Estaba mi madre con cuatro hijos, el mayor estaba haciendo la mili en Canarias y mi padre no estaba. Aquel suceso



también nos aterró a todos, porque ver que entran en tu casa unos guardias civiles con metralletas, que te están interrogando, y luego además estás escuchando cómo están tirando las cosas, hay violencia, y luego además se quieren llevar detenidas a tus hermanas, no sé por qué, pues, pues ese suceso nos marcó.

Nos marcó y se me quedó grabada una frase de mi madre: “*No contar, no decir, mejor que no se sepa nada. Es mejor que nadie sepa nada*”. A mí esa frase, “*no contar, no decir, es mejor, hay que protegerse*”, me marcó. Me condicionó de tal manera que he estado veintiocho años sin hablar. Sin hablar pero pensando, analizando, examinando y reflexionando.

Y el otro suceso que ha marcado y definido mi personalidad, por supuesto, ha sido que en 1983, el 16 de octubre, secuestraron a mi hermano. Y recuerdo cómo el 18 de octubre, el día de San Lucas, dos personas -siempre han venido dos personas; en este caso eran representantes del Comité de Refugiados Vascos- nos dijeron que mi hermano había desaparecido junto con José Antonio Lasa Aróstegui. Yo no era consciente en ese momento de todo lo que aquello supondría a lo largo de mi vida. Pero para mí fue tan nocivo el apoyo que sentimos por parte del sector abertzale -en ese momento era Herri Batasuna-, me producía tanto dolor, porque veía que al mismo tiempo ellos no reconocían otra serie de vulneraciones de derechos humanos, como el olvido, el desprecio callado del resto de los dirigentes políticos de aquella época. Y, por supuesto, desde el Ministerio de Interior, todo lo que se decía era que “*estos chicos se habrán ido a Méjico, estos chicos tal y tal*”, y no querían afrontar realmente lo que sabían que estaba sucediendo.

Entonces, para mí es tan doloroso un hecho como otro. Y yo, desde el primer momento, desde que sucedió esto, siempre he sido muy crítica con todo grupo político que de forma, digamos, no visible, defiende la violencia. Para mí, lo tengo que decir y, de verdad, sé que va a doler, para mí el GAL no reivindicó la primera acción, que fue el secuestro y torturas de mi hermano, para mí el GAL en aquel momento era el Partido Socialista, y de hecho luego se demostró con absoluto rigor científico lo que digo. Entonces, sabes que quienes te están gobernando son quienes te han provocado y ejercido el mayor dolor y han destruido tu vida. La verdad que es realmente doloroso. No teníamos pruebas, no podíamos hacer nada. ¿A quién acudir?

En mi casa mis padres han sido muy sabios, y a pesar de no haber tenido una cultura universitaria siempre han sido, no sé si por educación cristiana, muy respetuosos con el dolor y no nos han inculcado el odio. Tal vez yo soy así por ellos y se lo debo de agradecer.

Por otro lado también me resultaba muy doloroso que por parte del Gobierno Vasco, el *lehendakari* en aquella época era Garaikoetxea, no se demostraba ningún tipo de apoyo. Y claro, pues es muy doloroso que otra serie de instituciones, como la Iglesia que tampoco nos apoyó, la Diputación o el Ayuntamiento o la comunidad educativa, no alcen su voz contra toda vulneración de derechos humanos. Aquí antes Luisa nos ha hablado de ese suceso, de ese atentado en Oiartzun, que mataron a un guardia civil. Yo he de decir que en Tolosa, en octubre del 83, los Escolapios, donde estudiaba mi hermano, no hicieron nada una vez ocurrido este suceso, no hizo nada por reivindicar o actuar. Mientras que luego, posteriormente, desgraciadamente hubo un atentado de ETA, en el que fue asesinado el empresario Arin, que era amigo de nuestra familia, y ahí sí optaron por hacer una huelga.

También es importante recalcar que con quince años todavía no tienes una personalidad forjada, eres una persona en la que las influencias externas tienen mucho peso. Para mí era muy importante ver que mi entorno no era sólo *abertzale*. Yo era una estudiante de 2º de BUP y tenía muy claro que lo que tenía que hacer era estudiar. Estudiar porque el conocimiento es lo que nos hace ser mejores personas. Estudiar y utilizar ese conocimiento para que realmente se sepa la verdad. Yo tenía muy claro, siempre me ha gustado la medicina, y al final me decanté por la odontología, y me quería ir de Tolosa. Yo lo que tenía muy claro también era que a mí las pintadas que aparecían por ahí, pidiendo la liberación de mi hermano, a mí no me interesaban esas pintadas, ni las pancartas. Y de hecho, hoy en día son símbolos que me producen dolor. A mí cualquier tipo de testimonio que alude a no sé qué heroicidad de ciertas personas que han causado daño, me produce dolor, me ha producido dolor desde entonces.

Quiero hacer hincapié en los casi aproximadamente doce años, bueno, exactamente once años, cinco meses y cinco días de desaparición forzada, porque es un delito que según la Comisión Nacional de los Derechos Humanos es la violación más grave en cuanto a derechos humanos que se pueda



cometer. Esto me parece muy importante. La desaparición forzada constituye una violación de derechos humanos especialmente cruel que afecta tanto a la persona desaparecida como a su familia. Las personas desaparecidas son a menudo torturadas y viven en un constante temor por sus vidas, apartadas de la protección de la ley, privadas de todos sus derechos y a merced de sus captores. Es una violación constante que con frecuencia persiste durante años después del secuestro inicial. Su familia, nosotros, que desconoce la suerte corrida por su ser querido, espera, en ocasiones durante años, unas noticias que quizás nunca lleguen. No saber si su ser querido volverá algún día, porque no puede llorarle ni hacerse a esa pérdida.

Yo os comentaré que al año de la desaparición mis padres, al poseer firmes creencias católicas, siempre celebraban una misa cada 16 de Octubre, donde intentábamos recordar, recordar a mi hermano, recordar cómo era, recordar a un chaval joven de veintiún años. Y se decidió, cerca de Tolosa, colocar una escultura en recuerdo de mi hermano José Ignacio Zabala Artano y de José Antonio Lasa Aróstegui. Siempre nos juntábamos en ese lugar. Ese lugar para mí ha sido sagrado durante años. De hecho, yo tengo el hábito de correr, me gusta, me relaja, me permite revisar el día a día, reflexionar y pensar, pensar en positivo, pues muchos años mi recorrido era ese, salir de casa de mis padres e ir a ese monolito, hablar con mi hermano, darle un beso, llorarle, si quería llorar. Desgraciadamente ese monolito, la Guardia Civil, con explosivos, lo derribó.

Quiero decir que mi historia está llena de muchos sucesos trágicos. Por supuesto, afortunadamente, luego lo pudimos volver a colocar. Pero tener y conocer tanto dolor de cerca, que nunca se ha publicado, me obliga a ser transmisora de esta memoria, de esta memoria de mi hermano, de esta memoria que es parte de nuestro pueblo, junto con otras muchísimas memorias.

Afortunadamente me fui a estudiar Odontología a la Universidad del País Vasco, y es cierto, había una asignatura en cuarto de carrera, odontología forense. Y mi hermano no había aparecido. Y yo siempre pensaba, esto será vital para si algún día alguien tiene la valentía y la integridad moral de intentar esclarecer este suceso. Por supuesto, lo más importante era identificar los cadáveres. Esa asignatura ha estado siempre zumbando en mi cabeza. Yo acabé la carrera de Odontología, realicé diferentes estudios posteriores, inicié mi andadura profesional

en Zarautz, donde junto con otra persona abrimos una clínica dental, y con el tiempo, afortunadamente, llegó una noticia de la Audiencia Nacional, en diciembre de 1994, diciéndonos que posiblemente unos cadáveres encontrados en Alicante podían ser el de mi hermano y el de José Antonio Lasa. Afortunadamente, no sé por qué circunstancias, los cadáveres fueron identificados y fue de vital importancia la odontología forense.

Una vez identificados los cadáveres, el 21 de marzo de 1995 se publica esa noticia, con mucho eco a nivel de medios de comunicación, pero tuvimos que esperar hasta junio del 95 para poder trasladar los cadáveres a Tolosa. No os voy a contar lo de la carga policial del cementerio de Tolosa. ¡Qué os voy a decir!

Yo siempre digo lo mismo: yo he sido maltratada, vilmente tratada por las instituciones, tanto policiales, fuerzas de seguridad del Estado, Guardia Civil, Policía Nacional, *Ertzaintza*, por las fuerzas políticas, porque para mí el apoyo del sector *abertzale* no me producía ningún tipo de alivio, y el olvido del resto de formaciones políticas gobernantes me ha producido mucho dolor. Y además otro tipo de instituciones, como las judiciales. Como sabéis, a finales de diciembre del 99, hasta marzo, abril del 2000, estuvimos en el juicio en la Audiencia Nacional con los imputados o supuestos asesinos. Tuvimos que ver todos los días sus caras, tener que apreciar su soberbia, saber que ellos están protegidos, ellos lo demostraban claramente. Bueno, sabían que no les iba a ocurrir nada, a pesar de todo lo que habían realizado. Tener que escuchar en el juicio todo lo que se les hizo a Joxi y a Josean, todas las torturas a las que fueron sometidos, todo el calvario que tuvieron que padecer, la verdad que es muy duro. Es muy duro, pero todavía es más duro cuando ves que la sentencia del Tribunal, de la Audiencia Nacional, les condena a más de setenta y cinco años de cárcel, les condena el Tribunal Supremo, les condena el Tribunal Constitucional, les condena el Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo, el 10 de noviembre del 2010, llegó esa resolución, ¿y dónde están?, ¿es esta la justicia que nos merecemos nosotros, los familiares de José Ignacio Zabala Artano y de José Ignacio Lasa Aróstegui? Otra reflexión que creo que es importante: el sistema judicial, las leyes, hay que revisarlas, ¿verdad?

A mí me gusta hablar en positivo. Soy una persona optimista. Afortunadamente creo que pensar es la facultad de la mente que permite cuestionar reglas injustas



admitidas por la sociedad, y me parece muy importante que cada individuo tenga la capacidad de poder expresar un juicio propia. Yo creo que también es importante la democracia política. Yo creo que hoy por hoy es insuficiente. Y yo creo que es insuficiente porque todavía no somos ciudadanos educados en la democracia, todavía no tenemos una mentalidad abierta, existe mucho dolor todavía, mucho dolor como el que hemos visto reflejado antes, en los anteriores ponentes. Yo creo que el gusto por la democracia requiere de un aprendizaje. Y yo me pregunto, ¿es que no están pisoteados mis derechos como víctima de los GAL?

Hoy en día el Gobierno español sigue sin reconocernos. Y os remito a la última resolución de la Ley de Reconocimiento y Protección Integral a las Víctimas del Terrorismo. No nos consideran víctimas del terrorismo. Me parece que el respeto universal es uno de los principales impulsos para alcanzar y mantener la paz entre los pueblos. Cuanto más efectiva, más fortalecida resultará la paz mundial. Creo que hoy en día todavía estamos muy condicionados y contaminados. Tal vez me equivoco, pero, desde mi humilde opinión, hay que enseñarles a los alumnos y a la opinión pública que no nos podemos quedar con las fuentes de información concretas y determinadas, que ya están, ya tienen un juicio, ya tienen un juicio de valor. No, hay que abrir el espectro de las fuentes de información. Y por eso me parece muy importante el *Informe base de constatación de vulneraciones de derechos humanos*, realizado por Monseñor Uriarte, Ramón Mújica, ex-concejal del Partido Popular de Bilbao, Jon Mirena Landa y Manuela Carmena. Porque ellos nos dicen: “*Es muy importante partir de la realidad ocurrida y no de la realidad construida*”. La memoria nos juega muy malas pasadas. Pero vayamos a los hechos, investiguemos todos los hechos, todos aquellos que están sin esclarecer, y vayamos a la realidad ocurrida. Investiguemos el GAL, no se ha querido nunca investigar, los papeles del CESID, tampoco se han querido nunca investigar.

Las sociedades que han sufrido graves daños, como son las pérdidas irreparables de tantos seres queridos, derivadas del uso de la violencia política, deben dar prioridad a la sabia decisión de invertir en cultura de paz. Esto es para el presente. Hay que invertir en cultura de paz, para poder detectar a tiempo los factores de riesgo. Esos factores de riesgo que pueden hacer tambalear la sociedad a la que aspiramos, esa sociedad de bienestar, de convivencia entre todos.

Y por eso creo que aquí tienen un papel muy importante los dirigentes políticos. Creo que ellos nos deben dar ejemplo para que la ciudadanía aprenda nuevos patrones de comportamiento. Al final lo más importante es interiorizar comportamientos humanos dignos, dignos de una sociedad civilizada, donde la conversación entre diferentes desde el respeto a todos los proyectos legítimos no sea blasfemada con palabras, gestos o acciones ofensivas.

El presente y el futuro yo creo que están un poco relacionados, ¿verdad? Yo actualmente colaboro con el proyecto Adi-Adian del Gobierno vasco, y cuento mi testimonio a jóvenes de entre quince y dieciocho años. Me parece muy importante. Yo tenía quince años cuando todo esto sucedió y la verdad es que la sensación de indefensión suprema, desorientación, no saber quién eres, todos tus valores, a mi de un día para otro todos mis valores y mis creencias fueron destruidos de un día para otro. Yo creía en Dios y dejé de creer en Dios. Afortunadamente, y lo digo con mucho cariño, me gustaría creer, creer en Dios, pero no puedo. Pero mi educación es judeocristiana, y las bases de la educación impartida por mis padres están ahí, y es lo que me hace ser persona. Por supuesto, los esfuerzos que yo he realizado posteriormente por formarme han sido míos, pero el mérito más importante es el de mis padres.

Me parece muy importante cuando doy mi testimonio contarles a los chavales una historia olvidada, no conocida, porque ellos están puros, y esa pureza, esa escucha activa es muy importante. Porque ves la historia con otros ojos, pero sobre todo ves, y para mí esto es muy importante, la honestidad, flexibilizar posturas, sabiduría de querer conocer y reconocer por igual todas las conculcaciones de derechos humanos cometidas en nuestro pueblo con transparencia, ya que los hechos históricos hablan por sí mismos, aunque queramos contar la historia contextualizando las acciones en determinadas circunstancias concretas. Yo tengo muy claro, y ellos lo tienen muy claro, qué está mal y qué está bien, y pretendo que diferencien lo correcto de lo incorrecto. En nuestro caso concreto, el mal lo ejerció el Estado español, y el comportamiento incorrecto, la detención ilegal, el secuestro, torturas, desaparición forzada y asesinato, los condenados a más de quinientos años de prisión (políticos socialistas y guardias civiles), pero todos ellos libres en sus casas, sin apenas haber cumplido dos, tres o cuatro años de condena.



Para evitar estos agravios comparativos debería considerarse adecuada la participación de una Comisión de la verdad, por su amplia experiencia en este tipo de resolución de conflictos. Yo no considero que me hayan garantizado que se han cumplido todas aquellas decisiones judiciales en igualdad de condiciones que el resto de víctimas. Por tanto, es inaceptable que en una sociedad se justifiquen actos de violencia, y mucho más grave que el gobierno oculte sus acciones terroristas, obstaculice las investigaciones de dichos hechos, desvíe y malgaste los fondos reservados para pagar a una serie de personas para que cometan un crimen. Ese tipo de comportamientos inaceptables se deben denunciar y dejar claro que en un Estado de Derecho sólo el uso de los instrumentos legales ha de servir para defender las ideas, denunciando las injusticias y los abusos.

Gracias por todo.



## PAÚL RÍOS

Getxo (1974). Licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto.

Comenzó su participación en asociaciones pacifistas en 1989. Desde 1993 fue miembro de Elkarri, movimiento social en el que desempeñó diversas responsabilidades al frente de la organización en Navarra, coordinador de áreas y portavoz.

Tras la transformación de Elkarri, en el año 2006 y hasta 2015, ha sido director y portavoz de Lokarri, Red ciudadana por el acuerdo y la consulta. Lokarri ha sido una de las entidades organizadoras de la Conferencia Internacional para la resolución del conflicto que se celebró el pasado 17 de octubre de 2011. Tras dicha conferencia, en la que participaron relevantes personalidades internacionales, ETA anunció el cese definitivo de su actividad armada.

En otro orden de cosas, ha publicado diversos artículos en revistas especializadas sobre paz, diálogo, reconciliación y participación ciudadana.



En primer lugar, quería reiterar los agradecimientos a la Fundación y al Instituto Valentín de Foronda por la organización de estas jornadas. En estos momentos es muy importante que haya espacios como este, donde se pueda hablar constructivamente sobre lo que nos ha sucedido y lo que tenemos que hacer en el futuro. Se agradece que se pueda hablar con tranquilidad, con seriedad, con seguridad, escuchando mensajes que aunque puedan ser dolorosos y duros de entender hace falta tener. Lo que no podemos hacer es simplemente rehuirlos.

Quería adelantar que esta invitación me llegó en un momento muy especial para mí. La organización de la que soy portavoz, Lokarri, decidió concluir sus actividades en marzo de 2015. También es un día muy especial en lo personal y para mi organización. Hoy hace ya tres años, justo a esta misma hora, estábamos recibiendo a las personalidades que participaron en la Conferencia Internacional de Donostia-San Sebastián, que es conocida como la Conferencia de Aiete. Sé que hemos sido alabados y criticados a partes iguales por haber organizado dicho evento, pero la verdad es que cada vez que miro hacia atrás y pienso en lo que sucedió hace tres años y veo cómo estamos ahora, sin violencia y con las mejores condiciones de nuestra historia para construir la convivencia, estoy muy contento y satisfecho por lo que ocurrió ese día.

No sé cómo se recordará en el futuro este evento porque nos encontramos en plena batalla por el relato. Esta es una batalla que durará muchos años, hasta que, como dice la filósofa Amelia Valcárcel, las diferentes narrativas pasen por el crisol y se resuman en una breve narrativa compartida, que será la que nos tenga que unir como sociedad.

Una parte importante de esta narrativa se va a referir al papel de la sociedad vasca durante todos estos años, no solamente en relación a la violencia y las vulneraciones de los derechos humanos, sino también muy especialmente a la actitud que ha tenido la sociedad vasca respecto a las víctimas de la violencia, que es la pregunta que nos planteaba la Fundación Fernando Buesa para esta mesa.

En esto podría hacer un análisis, entre comillas, de experto, que no lo soy, e intentar aportar aquí algunas ideas. Pero creo que, como también se decía en la mesa anterior, es conveniente que cada uno lea su página, su propia página de lo que ha hecho o ha dejado de hacer durante estos años. Aprovechando

la ocasión, he intentando leer la página de cómo he actuado yo, de cómo ha actuado mi grupo, aportando algunas cuestiones sobre cómo ha actuado la sociedad respecto a este tema.

El primer contacto que tuve con víctimas del terrorismo fue en el año 1993. No voy a dar los detalles de quién fue la persona asesinada, porque creo que no es lo fundamental para este tema. Yo era entrenador de baloncesto de un equipo de chicas. ETA asesinó al padre de una de ellas. Fue un momento bastante complicado. Yo era bastante joven, aunque ya participaba en Elkarrri, pero todavía me faltaba mucha formación. Pensé que hacer un homenaje, un minuto de silencio, iba a ser suficiente, pero me encontré en el vestuario a diez niñas de doce años que me preguntaban por qué habían matado al padre de su compañera. La verdad es que era una pregunta difícilísima de responder. Intenté dar la explicación que yo consideré mejor, teniendo en cuenta que podía ser un tema que luego ellas podían contarlo en casa. Yo no sabía qué podían opinar los padres. Pero lo cierto es que me encontré con una realidad con la que no había tenido absolutamente ningún contacto; una realidad muy dura.

A partir de entonces he mostrado mucha más empatía y mucha más cercanía con las víctimas que he tenido más cerca de mi forma de pensar, aquellas que han defendido el diálogo, que han defendido los derechos humanos, que han defendido el entendimiento. Víctimas que no son muy numerosas, que incluso han intentado acercarse a personas con las que no tenían ninguna relación con su manera de pensar. Reconozco que he tenido muchas dificultades para acercarme a las víctimas que he tenido más lejos de mi forma de pensar. Supongo que en parte será que tengo muchos problemas personales para afrontar el sufrimiento y que en muchas ocasiones me he acercado a este tema justo con lo que hemos criticado, con emotividad momentánea y contextualizando lo sucedido en un escenario de violencia y enfrentamiento.

Después de cada atentado o vulneración grave de derechos humanos mi respuesta a eso era: hay que terminar con esto. No se me pasó por la cabeza la pregunta de ¿ahora cómo estará esa familia? Es algo que por lo menos a mí me ha costado mucho: empezar a incorporar ese elemento también a mi manera de pensar.



Una vez pasado el momento de los homenajes, de recordar, he acudido a las frases manidas de que hay que reconocer a todas las víctimas, hay que trabajar para que su memoria sea preservada, pero no nos damos cuenta que al final esa persona, cuando se acaban los homenajes, se queda casi sola, con un dolor que es total, perdurable, que es irreversible, que es radical. Yo he tranquilizado mi conciencia durante estos años acudiendo a una frase que decía el sacerdote Alec Reid: “*Yo trabajo para las víctimas del futuro*”; es decir, para que no haya más víctimas a partir de ahora. Pero he olvidado que por muy noble que pueda ser este objetivo, se corre el riesgo de olvidar la terrible tragedia que han sufrido todas las personas a las que la violencia ha dejado marcadas para toda la vida. Eso es algo con lo que vamos a tener que cargar también en nuestro futuro.

Yo creo que parte de esta crítica también se puede trasladar de manera colectiva a Lokarri. Nosotros tardamos en entrar a valorar esta cuestión relacionada con las víctimas. Fue en el año 1999, con un documento publicado por Elkarri, en el que planteábamos una autocrítica por nuestra tardanza en acercarnos a la realidad de las víctimas. En la trayectoria que hemos tenido como Lokarri hay errores que hemos vuelto a repetir. He acudido al documento publicado en 1999 para volverlo a leer. Decíamos: “*Nuestra actitud ha sido parcial, generalizadora*”. O sea, parcial porque ha sido más sencillo acercarnos a las víctimas más próximas a nuestra planteamientos que a otras; generalizadora porque no veíamos a las víctimas como individuos que han sufrido, sino como colectivos: esas son las víctimas del GAL, las víctimas de ETA, las víctimas de violaciones de derechos humanos...

A estas alturas no sé si esto tiene mucha solución, dado que en breve concluirá nuestra trayectoria. Yo, para recuperar la confianza de las víctimas y acercarnos a ellas como se merecen, necesitaré mucha dedicación. No pretendo borrar de un plumazo mis posibles errores, pero sí quiero que quede constancia de que hay algunas cosas que se nos han criticado en relación a nuestra actitud hacia las víctimas que posiblemente sean verdad.

Para finalizar solamente quería añadir dos ideas muy rápidas. En primer lugar, creo que afortunadamente se ha pasado de una situación, que ya se ha comentado en esta mesa, en la que se justificaba la violencia. A partir de mediados de los 90 nos empezamos a dar cuenta de la realidad de las víctimas cuando

empiezan a atentar contra las personas hacia las que sentimos cierta empatía: cargos políticos, amenazas a periodistas, etcétera. A partir de finales de los 90 se entiende que las víctimas son la piedra angular de todo el sistema de convivencia, recogiendo las claves que se estaban aportando desde Naciones Unidas, en el sentido de que había que trabajar por la dignidad, la verdad, la justicia y la reparación de todas las víctimas de la violencia. A partir de entonces se empezó a dar mayor reconocimiento y mayor cobertura a las víctimas de la violencia. Llegamos al momento actual en el que el déficit que tenemos, aunque ya se está trabajando para solventarlo, por ejemplo desde el Gobierno Vasco, es el de reconocer a las víctimas de violencia de motivación política o víctimas de abusos policiales.

Pero también tenemos un problema. En el Sociómetro Vasco del año 2012 se decía que la mayoría de las víctimas habían tenido una buena actitud respecto a la convivencia. La sociedad consideraba que estaban suficientemente reconocidas y apoyadas, y el 58% consideraba que las víctimas no habían incitado al odio. Pero, en cambio, en el año 2014, en el último Sociómetro, se consideraba que el 56% de ellas estaban excesivamente politizadas. Esto debería conducir a la reflexión, sobre todo a las grandes asociaciones de víctimas, pero también a nosotros como sociedad, para saber qué es lo que puede estar ocurriendo.

Para terminar, tengo que reconocer que tengo más preguntas que respuestas en este tema relacionado con las víctimas, la memoria, la convivencia, la reconciliación. Porque al final, ¿cómo podemos preservar la memoria sin quedarnos anclados en el pasado? Pero también, ¿cómo podemos construir la convivencia del futuro sin caer en el olvido? ¿Cómo mejorar y acercarnos más a las víctimas, tanto desde lo personal como desde lo colectivo? Sobre todo, ahora que mis hijos empiezan a preguntar a qué me he dedicado yo estos años, y qué es esto de la paz, y qué es esto de la violencia, quisiera estar seguro de que les podré dar una explicación mejor que la que di hace veinte años a aquellas jugadoras de baloncesto. También me pregunto si nuestra generación será capaz de asentar la convivencia, evitando que las futuras generaciones tengan que afrontar una tarea inconclusa, como la que han tenido que encarar los nietos de aquellos que fueron represaliados en el franquismo.

Eskerrik asko.



## FABIÁN LAESPADA

Bilbao (1960), Profesor de Lengua y Cultura Vasca en la Universidad de Deusto.

Fue miembro de Gesto por la Paz y desde el año 2000 hasta su disolución formó parte de su Comisión Permanente. Ha participado y organizado encuentros con víctimas del terrorismo y de la violencia de carácter político.

Eskerrik asko hona etortzeagatik. Fundación Buesari eskerrik asko gonbidapen hau gustura jaso dugulako. Eskerrik asko hildakoen ahots bat berpizten saiatu zaretelako ere bai

Llevamos más de un año siendo una voz apagada, pero habéis insistido en que queráis oír la opinión de Gesto. Para mí es un grandísimo honor estar hoy aquí con vosotros. Me esperaba un foro muchísimo más joven y mucho menos docto en la materia. Me voy a tener que esmerar porque creo que ya no vamos a hablar de cosas que no se saben, sino de asuntos que todos ustedes conocen bien.

Siento un aturdimiento tremendo después del testimonio de Patxi y del testimonio de Pili, porque quienes, afortunadamente, no hemos sufrido directamente la violencia, quienes hemos tenido la suerte de poder caminar con un lazo azul o con una pancarta y hemos sido razonablemente agredidos, -porque en este país hemos sido razonablemente agredidos muchísimas personas-, no podemos contar mucha cosa al lado del terror sufrido por tantas personas. Quienes en esta tierra hemos levantado la voz para decir no a la violencia, cuando nos indignábamos con casos como, yo me acuerdo del de Mikel Zabalza, con González de Viñaspre, con un buen número de desaparecidos que hubo en la época de la transición, posteriormente hemos visto cómo un grupo terrorista que en principio parecía que era un ejército de salvación, que nos iba a librar de las garras del Estado español, al final se acaba convirtiendo en un terror. Bueno, pues todas esas personas que hemos estado a este lado de la vida oímos estos testimonios y decimos, qué suerte hemos tenido porque en nuestra casa no haya habitado la tristeza inmensa que acaba de contar Pili, o porque no nos hayan quemado parte del negocio o que no anidase en todos nuestros seres queridos un temor a no llegar vivos a casa.

Decía que para mí es un honor estar aquí entre todos ustedes. Yo represento a una asociación ya extinguida. Como saben, cerramos ya el año pasado, y estamos ahora recopilando las cosas, limpiándolas, guardando en archivos, intentando contar las actividades que llevamos a cabo en su momento.

Las cosas que vaya a decir aquí, desde luego, son herederas de todo lo que se ha dicho en Gesto por la Paz en sus veintiocho años de existencia. Hay algunas opiniones, algunos ejemplos que yo he entresacado de los últimos meses o de otras historias que han sucedido en los últimos treinta y cinco o cuarenta.



Se nos pregunta por las víctimas del terrorismo, pero víctimas del terrorismo son todas, estén consideradas como tal o no. Lo son Pili Zabala y su familia, y los son los familiares de Miguel Ángel Blanco. Su condición es prácticamente la misma, no tiene ninguna diferencia. Gesto solicitó a finales de los 90 la declaración de banda terrorista a los GAL. Decía Pili, lo he apuntado, voy a decir cosas muy distintas. Yo creo, Pili, que no has dicho cosas muy distintas. Es decir, el sufrimiento, el horror es el mismo, el padecimiento es exactamente igual, la injusticia sufrida también, el olvido, la espalda que te da el Estado, la espalda que te dan los vecinos, la espalda que te encuentras en la administración, es la misma.

Ya ha explicado Idoia que en parte veníamos de la Asociación por la Paz de Euskal Herria, surgida en Donostia. En Bilbao surgieron espontáneamente unas concentraciones y, al final, se conformó Gesto por la Paz, desde noviembre de 1985, y acabamos confluyendo en el año 1989. En Álava grupos de parroquias, colegios y demás se suman. A partir de ahí empezamos a trabajar como coordinadora pacifista, lógicamente en la no violencia, en la búsqueda de los caminos para la paz, y entendimos que los caminos para la paz estaban en el rechazo contundente al terrorismo, en el desmontaje de la épica alrededor de, especialmente, ETA. Pero cuando nosotros nacimos nos encontramos con una violencia tremenda. De una parte estaba el GAL todavía pegando tiros, muchas bombas y, además, perdónenme pero esto hay que entrecomillarlo, “confundiéndose” en muchos de sus objetivos; y una ETA también absolutamente desatada y matando por todos los lados. Es más, el primer gesto que hicimos fue en la Plaza Circular, el 25 de noviembre de 1985, pero ya el 26, al día siguiente, había que hacer una nueva convocatoria. Y las convocatorias entonces eran complicadas, como todos ustedes saben, pues no había teléfonos móviles, ni había email, ni había nada. Aquello era un llamarnos por teléfono y a ver si alguien podía llevar una pancarta, que ya iba siendo hora de llevar un mensaje. Eran tiempos realmente complicados.

Bien. Desde el principio abordamos el asunto de cómo mirar a las víctimas. Y los primeros encuentros que hicimos con ellas tenían que ser, lógicamente, discretos; nosotros no éramos, además, nada. Y nos dábamos cuenta de que lo fundamental de las víctimas era el sentimiento de culpabilidad, el sentimiento de olvido; era tremendo, era desgarrador el escuchar cosas como: “pero claro,

es que mi marido como era guardia civil en el País Vasco...” Era un “casi se lo tenía merecido”. Fijense qué inoculada estaba la justificación en las personas. Fijense ustedes también de dónde venimos: de una legitimación absoluta del hecho violento.

Leo rápidamente: “Algunas víctimas con las que hemos entrado en contacto -esto fue una rueda de prensa que hicimos en el año 1993- nos han descrito su situación. En general el apoyo de la gente, y de las personas que les rodean, ha sido la justa, la precisa, pero también hemos constatado -desde Gesto- el desprecio que sienten por su propia vida y la sensación de ser los que más sufren, y además, los que más ceden”.

Veinte años más tarde, cuando la sociedad vasca, en general, ha interiorizado el sufrimiento de las víctimas y la humanidad que residía en ellas, cuando hemos avanzado en el reconocimiento hacia el sufrimiento ejercido contra otras personas de nuestra sociedad, sobre todo en los últimos años por ETA, pero antes por muchos más grupos, nos damos cuenta de que la víctima debe ser algo más, la víctima tenía que ser necesariamente el punto de inflexión que nos llevara a deslegitimar la violencia. La mirada de una víctima es el mensaje de “esto no tiene sentido y la violencia no nos lleva a nada bueno. Con el terror solamente conseguimos dolor. La violencia nunca conseguirá réditos políticos, y además habrá que resistir para que jamás lo consiga”. Este era el mensaje que nos inundaba cuando en Gesto oíamos hablar a una víctima de su sufrimiento.

Voy a echar una mirada atrás, porque la victimización de las personas atacadas, en gran medida, ha sido alimentada por la displicencia, el desprecio y el silencio que gran parte de la sociedad vasca ha tenido hacia ellas. Yo creo que cada cual hemos tenido nuestro recorrido. Patxi ha contado el suyo, yo les puedo contar personalmente el mío, pero lo podemos hacer luego en la comida, en fin, todos tenemos diferentes evoluciones, pero es cierto que venimos de una época, por lo menos los que rozamos la cincuentena, en la que lanzábamos los jerséis al aire celebrando que Carrero hubiera sido asesinado.

Así pues, cuando en Gesto hemos intentado acercarnos a las víctimas y darnos cuenta del horror, se empieza a tomar cierta distancia de los prejuicios sociales y comienzas a desnudar la violencia. Pero te das cuenta de que hay muchísima



gente que todavía se queda ahí, en el estadio anterior, que el Rubicón lo has pasado, pero que hay una parte importante de la sociedad que continúa diciendo cosas tremendas a cuenta de las personas asesinadas en las aceras. Hay muchos testimonios de gente asesinada cuya familia, luego, ha recibido una llamada con el “*izorra hadi!*” (“*¡ya te puedes joder!*”) o con el “*devuélvenos la bala*”. Eso no son mitos. Son realidades; esas cosas las hemos vivido.

Hemos sido, últimamente, testigos de algunos pronunciamientos que la izquierda abertzale ha realizado acerca de todas las víctimas. Son un tímido paso en la buena dirección, pero son tan insuficientes y tan faltos de convencimiento que aunque resulten altamente positivos les falta credibilidad. No tanto porque podamos dudar de su sinceridad en estos momentos, sino porque la trayectoria y actuación de la izquierda abertzale tradicional durante décadas ha sido absolutamente la contraria a la que hoy pretenden hacernos ver. Es labor exclusivamente suya la de convencernos con hechos de su apuesta por la paz, y que esa apuesta es completa y sincera, para lo cual deben hacer no solo una autocrítica, sino que, en eso que se viene llamando el relato, el contar lo sucedido, han de ser capaces de escribir los graves errores cometidos en el pasado y de reconocer el error de no condenar los asesinatos de ETA. Porque, incluso, habría sido coherente no condenarlos, como una especie de táctica militar, pero si al mismo tiempo han exigido el cumplimiento de los derechos humanos para con su gente, la incoherencia es palmaria. Por lo tanto, que lleguen a la condena de los asesinatos de ETA, y además que reconozcan que ellos mismos tuvieron una responsabilidad directa en muchos asesinatos. Esto es algo que se espera oír de ellos.

Me estoy acordando de la Casa del Pueblo de Portugalete en el año 1987. No sé si ustedes recordarán. Un *comando Y* -violencia de baja intensidad: esos eufemismos tan graciosos que se utilizaban para ocultar la realidad de que eran los chiquillos de ETA, aunque luego resultaron ser también los militantes- perpetró una acción tremenda que dio lugar a que Herri Batasuna se mostrara en contra de esa acción. La condenó incluso, dijo que eso estaba muy mal, quemar sedes políticas, hasta que supieron que había varios chavales de Portugalete por detrás, siete, exactamente, y que además iban a la Herriko Taberna. La reacción de rechazo se deshizo en el aire. Allí murieron dos personas: Maite Torrano y Félix Peña. Esto ha ocurrido porque ha habido una base que ha sustentando todo

esto. Esto ha ocurrido porque le ha hecho los deberes a ETA, una base que se presentaba a las elecciones. Por ejemplo, ¿quién dio el chivatazo en el frontón de Tolosa cuando Juan Marí Jáuregui fue asesinado? ¿Quién hizo las pintadas ocho días antes de *Juan Mari ez zaitugu barkatuko?*

Por lo tanto, muchos creemos que esta izquierda abertzale debe trabajar honestamente en este sentido. Quienes durante años han legitimado, justificado y apoyado la violencia de ETA, tienen una enorme responsabilidad respecto a las víctimas, a todas las víctimas, y especialmente a las generadas por ETA, y no pueden eludirla en base a que existen otras víctimas. Tendrán que reconocer la existencia de todas ellas, con una rigurosidad que, desde luego, todavía no están aplicando. Y tendrán que expresar la solidaridad debida. Pero a ello deberán añadir el reconocimiento específico de su propia responsabilidad en la sustentación de esta situación durante décadas. En algún momento, además, habrán de reconocer el dolor causado activamente; también tendrán que asumir el error que supuso la existencia de la organización terrorista ETA.

Pero está el riesgo de pasar página sin cerrar bien las heridas. La mejor manera de que el olvido no se adueñe de los hechos, para que la víctima, es decir, el ausente, lo sea un poquito menos, para aliviar el dolor, para construir un futuro digno en una sociedad maltratada, es construir una memoria de lo sucedido. Una memoria -en esta mesa lo hemos escuchado hoy y es muy importante- que se haga con una carga ética profunda, donde el mal sea condenado sin paliativos y donde las víctimas sean las fedatarias de la deslegitimación de la violencia.

En Gesto, en nuestras jornadas de solidaridad hacia las víctimas, hemos intentado elevar su voz, porque no sólo es que estuvieran calladas, es que, como contaba Pili, estaban olvidadas. Hemos intentando crear jornadas de acercamiento de los testimonios de las víctimas a la sociedad vasca. Hemos organizado actos de solidaridad y acercamiento a víctimas, en torno a las navidades, cada año en Bilbao, con un mensaje claro de solidaridad, justicia, verdad, reconocimiento; también mesas redondas en las que el testimonio de las víctimas era el eje principal del acto. Es decir, dar a conocer lo que ellas decían en privado.

Les traigo un pequeño testimonio y ya acabo. Lucia Nieves fue una mujer que trajimos a Bilbao. Ella tuvo la gran suerte de ser la mujer, no la viuda, sino la



mujer de un policía, Paco Zaragoza, gravemente herido, pero que salió con vida de un atentado en el que murieron dos compañeros suyos y cuatro resultaron heridos. Ella vino y nos contó un relato realmente estremecedor. Nos decía, y esto es literal:

*“Yo no podía dejarle solo a él. Él estaba herido, malherido en casa, porque tenía amnesia y además resulta que se quería tirar por el balcón. Eso era tremendo. Los niños se quedaban en el colegio a comer, estaba cerca de casa el colegio, pero así los tenía apartados, era mejor que no vieran esta situación y además jugaban con los demás niños. Yo no cobraba, bueno, teníamos un pequeño sueldo, tuve que ponerme a trabajar cuando alguien podía quedarse en casa con él, no lo podía dejar solo, pero mi marido no cobraba. Estuvimos cuatro meses así, sin cobrar. Una persona que ha tenido un atentado terrorista y que no se ocupaban de nosotros, que pasó por tres tribunales médicos, que parecía aquello una odisea, y aquello era horrible. Yo tenía que demostrar que mi marido había sido víctima de un atentado. Venimos -decía ella- porque el tribunal nos ha mandado y nos ha llamado aquí. Y le dice el funcionario: ¿Que ha tenido un atentado?, ¿y cómo lo sabemos?, ¿cómo me demuestra usted que ha tenido un atentado? Y decía ella: Yo tengo que demostrar que mi marido ha sido atacado. Continuaba: La propia administración es la que nos ha hecho más daño. No nos han ayudado, no nos han cogido de la mano y nos han dicho por aquí o por allá. Nosotras no hemos sido nada. Llegó un momento en que me dijeron que si quería cobrar que fuera preparando los papeles. Y yo trabajar, podía trabajar, pero solo cuando alguien se podía quedar con mi marido. Claro, cuando se quedaban con él, yo me puse a trabajar. Trabajaba desde la tres de la tarde limpiando un centro comercial hasta las diez de la noche, y a las diez de la noche me metí en otro sitio, en la Feria de Muestras, y hasta las siete de la mañana, y así sin parar. Y luego llegar a casa y poder dormir a su lado”.*

Este es el testimonio de Lucía Nieves.

Es verdad que hablamos de víctimas de hace muchos años. Lo que resulta más grave, si cabe. Y algo empieza a cambiar. Es decir, desde que, pongámonos un poco bruscos, el abanico de ETA se abre y empieza a matar políticos, año

1995, con el señor Ordoñez, a muchos nos llega bastante más cerca y, por lo visto, el dolor y el reconocimiento de las víctimas es mayor. Pero atrás quedaron cuatrocientas cincuenta personas muertas, asesinadas sin reconocimiento, sin saber de ellos, prácticamente.

Yo creo que la sociedad vasca y española trataba con displicencia y distancia, incluso desprecio, a las víctimas del terrorismo, no sabíamos cómo mirarles. Era una realidad muy incómoda. Prácticamente nadie ha sabido en el pasado mirarles, escucharles, oírles, atenderles. Padecieron una muerte al cuadrado, tanto la muerte física como la muerte social en muchos casos. Pili nos ha apuntado por ahí algo. Y hubo además una tercera puntilla sobre el cadáver: la justificación del crimen.

El caso, por ejemplo, de Isidro Jiménez Dual es el del asesinato de un supuesto traficante. Porque estas cosas se decían así antes: “es traficante”. Se lo cargaron, tenía cinco hijos, y prácticamente les desahucian de la casa porque el hombre ya no podía pagar. Lógicamente, desde la tumba no se pagan hipotecas. Y prácticamente los desahuciaron. Fue en enero de 1991

Por lo tanto, hemos estado de espaldas, muy de espaldas a las víctimas, aunque llevamos unos años haciendo algunas cosas, y gracias, por ejemplo, a la Fundación Buesa, oír estos testimonios resulta necesario.

Nada más que un apunte: ¿y cómo les llamamos? Yo creo que no vamos a cargar encima de las víctimas la tarea de decir ¿cómo os llamamos para que no haya malas víctimas?, porque, en mi humilde opinión, lo mejor es prestigiar el término víctima. Víctima es alguien que ha sufrido injustamente. Por lo tanto, esa injusticia tenemos que asimilarla, tenemos que hacerla nuestra, y mirarles y decirles: “Tú eres un colega, tú eres un compañero, y en el dolor, ahí es donde nos vamos a encontrar, en el reconocimiento de la injusticia”.

Afortunadamente, la sociedad vasca en general mantuvo durante la democracia una postura de rechazo a la violencia, y el 20 de octubre -dentro de tres días se cumplen tres años felices- ETA, acosada, perseguida y deslegitimada, tuvo que declarar su final y ahora todos estamos muchísimo mejor, creo.

Y muchas gracias por habernos escuchado.



2014  
Sociedadad

gizartea



- **Antonio Rivera.** Vocal del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda
- **Jesús Loza Aguirre.** Patrono de la Fundación Fernando Buesa Blanco



Para acceder al vídeo de la clausura:  
<https://goo.gl/vYMjiH>

# clausura



## JESUS LOZA AGUIRRE

Patrono de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

Eguerdi on guztioi. Muchas gracias a todos y a todas, buenos días. Muy brevemente, no son horas ya de discursos. En primer lugar, mostrar el agradecimiento de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa, primero a los ponentes, tanto por las reflexiones como por los testimonios que invitan a la reflexión. Gracias a todos ustedes, que son parte de la sociedad vasca, de una parte de la sociedad vasca comprometida, siempre. Como sucede en las iglesias, el sermón se dirige a los convencidos aunque a los que hay que dirigirlo es a los de fuera. Y gracias al Instituto Valentín de Foronda porque nos hemos embarcado desde hace ya un par de años en una aventura que mira fundamentalmente al futuro. Y es que el objetivo central de esta jornadas no era tanto el de conocer cuál ha sido la actitud de la sociedad vasca hacia el terrorismo y hacia sus víctimas, algo que conocemos, y de lo que no nos sentimos precisamente orgullosos, sino el de abrir un debate sobre el futuro de dicha relación, y hacerlo en un momento, a mi juicio, delicado. Voy a utilizar este término para huir de otros más derrotistas que a muchos se nos pueden ocurrir para definir el momento.

¿Y por qué digo esto? Pues porque la mayoría de nuestra sociedad da el terrorismo por terminado, por amortizado, se decía ayer, algo en lo que prácticamente todos coincidimos, y centra su preocupación sobre otros asuntos ligados a la crisis económica, algo perfectamente comprensible. Pero, junto al alivio general por el fin del terrorismo y la preocupación por la economía, no vemos en nuestra





sociedad preocupación por articular una convivencia en paz y libertad, que se imponga a la subcultura del fanatismo y del odio que aún pervive en una parte minoritaria pero significativa de nuestra sociedad, y más en algunas zonas rurales que en las capitales.

Podríamos pensar que este papel lo debieran asumir las instituciones. Por supuesto. A nuestro juicio, se perdió una oportunidad de oro al aprobar, sin consenso, el Plan de Paz y Convivencia, sobre el que tanto la Fundación como el Instituto nos manifestamos de forma claramente crítica. Debía haber constituido, a nuestro juicio, uno de los elementos fundamentales de la articulación del tiempo posterior a ETA. Desgraciadamente no fue así, y sigue sin serlo. Basta con ver las reacciones ante el Programa Hitzeman presentado hace dos semanas. No existe consenso, no se busca, y lo que a nuestro juicio es más preocupante, es que tampoco parece existir suficiente preocupación en la construcción de la convivencia en nuestros responsables públicos, más centrados, como decía, en la crisis económica.

Vemos cómo las asignaturas pendientes que nos dejó el final del terrorismo continúan bloqueadas. La disolución de ETA no parece próxima, la política penitenciaria no busca la reinserción de los presos etarras, y quienes les apoyaron y jalearon a ETA siguen sin realizar una autocrítica de su pasado y sin apoyar de forma decidida dicha reinserción.

Podríamos pensar que ante la magnitud y complejidad política de la tarea, los grupos políticos prefieran no arriesgar. De acuerdo. Saben que desde un punto de vista electoral el encarar de frente estas cuestiones tiene o puede tener más riesgo que beneficio ante una sociedad que ya ha declarado la paz y por diferentes lugares.

Y alguien podría pensar que si las instituciones no lo hacen, tendrá que ser la sociedad civil organizada quien se lo exija. Lo que sucede es que dicha sociedad civil está en crisis. Tras el anuncio de ETA, Gesto por la Paz se disolvió. El año pasado por estas fechas desaparecía Bakeaz, y un año después se anuncia el final de Lokarri para marzo. Y el resto de organizaciones estamos en precario debido a los recortes que acompañan a la crisis.

En resumen. Hay sociedad vasca desmovilizada, una sociedad civil organizada en precario, unas instituciones que no terminan de ponerse de acuerdo para desbloquear el final definitivo de ETA, uno de los pilares de la convivencia, paz y libertad, junto a la deslegitimación ética, social y política del terrorismo.

El año pasado, si ustedes recuerdan, hablábamos sobre la memoria, donde existía un bloqueo similar: Memorial de Víctimas bloqueado, Instituto de la Memoria bloqueado, lugares de memoria bloqueados y el Día de la Memoria deslavazado, por decirlo de una manera suave. Bien, un año después, y es justo reconocerlo, la situación parcialmente ha mejorado, y hay que reconocerlo y decirlo, y creo que en algo hemos contribuido a ello.

Pues bien, y termino. Desde la Fundación no queremos ser derrotistas, nunca lo hemos sido, pero sí somos conscientes de la situación. Nuestro objetivo va a seguir siendo el de seguir trabajando desde la palabra, desde la reflexión y desde el impulso para cambiar las cosas. Y en este sentido, continuar exigiendo a los grupos políticos y a las instituciones que lideren a la sociedad vasca en este tiempo del post terrorismo. Liderazgo necesitamos. Y que apoyen a la sociedad civil organizada en el trabajo de extinguir los últimos rescoldos del fanatismo y del odio que, como decía, aún anidan en una parte minoritaria pero significativa de la sociedad vasca.

Muchas gracias, eskerrik asko, y esperamos seguir trabajando juntos Instituto y Fundación, historia y relato, en el futuro. Gracias.





## **ANTONIO RIVERA**

**Vocal del Instituto Universitario de Historia Social**

**Valentín de Foronda**

La historia es un relato, otro relato, que como ya hemos visto aquí durante este par de días tiene la importancia que se le otorgue; pero es otro relato, no otra cosa. En estas dos jornadas he intervenido en algunos de sus debates tratando de advertir y reivindicar la importancia de una “mirada histórica”, una perspectiva del historiador en el conjunto de la reflexión que nos ocupa. Desde esa dimensión y lectura, casi de cronista, voy a intentar sintetizar lo que han dado de sí estas exposiciones y discusiones, y lo que aportan al objeto de nuestra reunión.

La hipótesis de trabajo con la que se convocaban estas dos jornadas básicamente trataba de comprobar una relación causal entre la actitud que mantuvo la mayoría de la sociedad vasca durante el tiempo en que duró el terrorismo y su posible relación con las posiciones que ahora adopta esta una vez que ha terminado lo principal de ese trauma social. Es decir, si partíamos de que la sociedad vasca había mantenido durante demasiado tiempo una actitud casi de espectadora, podría interpretarse que lo que se correspondía en el momento en que termina el terrorismo es una voluntad por olvidar todo aquello, empezando por su responsabilidad particular y colectiva en esos años; o lo que se ha denominado

aquí en varias ocasiones con un término afortunado, un “blanqueo de memoria”. Esta era la hipótesis dura, por decirlo de alguna forma. He de adelantar que la misma no se ha comprobado o, por lo menos, que no lo ha hecho en los términos que requiere un mínimo de “ciencia histórica”.

No se ha comprobado básicamente por dos razones. La primera de ellas es porque no está del todo claro que haya sido una sociedad espectadora, o porque por lo menos no tenemos suficientemente trabajada esa afirmación. Es cierto, y lo explicaba el profesor Castells en su intervención de ayer, que haciendo una todavía burda y somera identificación de cuáles habían sido las respuestas a determinado tipo de actuaciones terroristas, sí que se apreciaba que había habido esa actitud espectadora. Pero inmediatamente se incorporaba un factor no despreciable, como es el miedo, capaz de atenzar a los individuos y a los colectivos. En consecuencia, ambos argumentos se debían poner en planos similares a la hora de la interpretación, para evitarnos que a la altura todavía de octubre de 2014 podamos hacer afirmaciones tan rotundas.

En lo que sí que parece que había una general coincidencia es en el hecho de que no se puede atribuir a la actitud general de la sociedad vasca el final del terrorismo. Aparecerá como un factor más entre los que contribuyeron a ello, pero los historiadores tenemos la costumbre de establecer razonamientos multicausales a la vez que señalamos una jerarquía de importancias entre todos ellos. Posiblemente esta intervención de la sociedad para acabar con el terrorismo aparecerá en una posición no principal, frente a lo que desde algunos lugares se reitera.

Y esto sí que da lugar a una consecuencia muy inmediata, no tanto en lo referido a las actitudes que manifiesta la sociedad vasca después del terrorismo como en cuál es la fortaleza sobre la que se asienta el futuro de esa sociedad, que es un poco lo que a nosotros nos interesaba.

El conocimiento de experiencias de grandes traumas colectivos en otros lugares nos ha servido también para acotar la comprobación de la hipótesis fuerte formulada. Desde la experiencia alemana trasladada por el profesor Bernecker -y también la de otros países después de tragedias extraordinarias como la Segunda Guerra Mundial o el Holocausto-, entre lo ocurrido y lo vivido y su narración, racionalización y objetivación media un determinado espacio



temporal, mayor o menor, para que sea posible afrontar lo que podíamos llamar la asunción de responsabilidades.

Por lo tanto, esa advertencia de lo ocurrido en otros lugares añade nueva dificultad y complicación al empeño de hacer rápidamente tanto memoria como historia. No debemos demorar, no debemos dejar pasar el tiempo, por razones diversas y evidentes, pero también debemos de ser conscientes de que no es tan fácil hacerlo de un día para otro, ni es posible realmente.

Pero hay que añadir un segundo factor a todo esto: las correlaciones sociopolíticas del tiempo pasado, que permitieron la durabilidad del fenómeno terrorista en el País Vasco, son más o menos las mismas que tenemos cuando el terrorismo ha terminado. Por tanto, ni política ni socialmente se establecen ahora exigencias diferentes de las que primaron en las décadas anteriores.

Incluso se concluía con un tercer argumento, no menor: constituiría una suerte de farsa si se pretendiera establecer una especie de acuerdo de memoria básicamente entre las cuatro grandes culturas políticas que hay en nuestro país. Es decir, sería forzar la realidad mediante una falsificación que, efectivamente, no nos llevaría a ningún sitio. De nuevo la política de necesidades inmediatas y la reflexión más sosegada se mueven en planos temporales y de exigencias distintos.

No hemos confirmado la hipótesis con la que hemos trabajado estos dos días, pero eso mismo constituye ya un avance. Además, en el tránsito hacia esa irresolución han quedado claros y advertidos diversas amenazas y peligros que rondan sobre esta situación de impasse, sobre este silencio que acompaña al último disparo, situación que se ha vivido en la historia de la humanidad muchísimas veces.

He apuntado media docena de ellos y rápidamente los enuncio. Primero, mucho cuidado con el hecho de que quien se ocupó de “socializar el sufrimiento” no acabe socializando ahora el olvido, en una afortunada reflexión que incorporaba el profesor Salaburu.

En segundo lugar, que no se impongan lecturas de violencias enfrentadas y equilibradas o mutuamente compensadas, como antes y ahora han pretendido importantes sectores de la política y de la sociedad vascas.

En tercero, que no prospere esa idea remotamente *foucaultiana* que nos señala a todos como genéricamente culpables para, a continuación y en consecuencia, disipar cualquier atisbo de responsabilidad en cualquier organismo o persona.

En cuarto, que no aceptemos memorias e historias particulares e inciertas. Este mundo posmoderno tampoco nos da licencia para todo. Cuando todo vale, es que nada es válido. Hay que tener cuidado con eso también y hay que reivindicar nuevamente un tratamiento exigente del pasado si se quiere asentar la sociedad vasca futura sobre bases firmes y compartidas. Lo otro, lo de que “*cada cual tiene su memoria*”, es empeñarnos en repetir errores de antaño, dejar medio abiertas las heridas, para que puedan sangrar a la siguiente coyuntura crítica.

En quinto, reiterando el punto anterior, que debemos encarar el futuro con el apoyo de una interpretación histórica y política de lo que aquí ha ocurrido, y con una consiguiente reafirmación democrática para ahuyentar ciertos fantasmas tan presentes en la comunidad.

Y en sexto y último lugar, la coincidencia general que se ha expresado estos días de que debemos ser conscientes de que el terrorismo ha roto demasiadas cosas en la sociedad, cosas tangibles, pero sobre todo muchos intangibles, y que la nueva sociedad se tiene que constituir restañando esas heridas, físicas, pero también las de los valores que hemos perdido o que hemos erosionado demasiado durante este tiempo pasado.

La conclusión final es alentadora, sobre todo en la medida en que no es ni precisa, ni rotunda, ni única. Es alentadora porque dice que la dificultad es extraordinaria, pero tanta como la obligación y la necesidad como ciudadanos o como profesionales de encarar la misma y proponer soluciones. Y se nos advertía al trasladarnos el ejemplo de otros dramas, de otras tragedias, por lo menos europeas, de que si encarar la historia inmediata que hemos vivido es ineludible, ello también puede tener un precio elevado. Aunque ha rondado por la sala estos días, no se ha suscitado el debate de una cuestión que es habitual en estos casos: ¿qué relación establecemos entre verdad, justicia y paz? Porque, como decía Kepa Aulestia, y creo que algunas intervenciones más, la paz es esto, no hay otra cosa. Es decir, el que pensara que tras la desaparición del terrorismo íbamos a acabar en una suerte de nirvana estaba engañado. La



eliminación de esa losa no hace sino devolvernos a la gris realidad de la existencia humana, a los problemas genéricos del resto de nuestros congéneres, pero sin esa insoportable coacción.

A la vez, o pensado esto mismo de otra manera, al final todos aspiramos a que haya verdad, justicia y reparación, y paz, pero las experiencias que tenemos del pasado es que es muy difícil conseguir, por lo menos de inmediato, todas las cosas al mismo tiempo. Al final, los historiadores, que tenemos, decía Walter ayer, esa visión de *longue durée*, advertimos de que el mayor problema que nos amenaza es que este es un pequeño país que en el corto espacio de dos siglos está demasiado, no sé si acostumbrado o condenado, a repetir traumas que se cierran en falso, situaciones donde los perdedores de la guerra se acaban convirtiendo en ganadores de la paz, y viceversa, donde memorias particulares permiten que lo que no se cierra en conjunto nos acabe persiguiendo de nuevo a lo largo del tiempo, de manera que cuando surge uno más de los muchos problemas que tiene la sociedad, a alguien se le ocurre convertir ese problema en problema con mayúscula, y echar mano de los viejos e inaceptables argumentos. Y ese sí que es un pasado que no debe volver a pasar.



## agradecimientos

Agradecemos a los intervinientes y asistentes su participación en el XII Seminario Fernando Buesa celebrado los días 16 y 17 de octubre de 2014 en Vitoria-Gasteiz.

